David Castells-Quintana

LA ESQUIVA BÚSQUEDA DE LA PROSPERIDAD

UNA BREVE HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO



El espejo y la lámpara

LA ESQUIVA BÚSQUEDA DE LA PROSPERIDAD

UNA BREVE HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

David Castells-Quintana

LA ESQUIVA BÚSQUEDA DE LA PROSPERIDAD

UNA BREVE HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

20

El espejo y la lámpara

Este libro se ha publicado con la colaboración del Departamento de Economía Aplicada de la Universidad Autónoma de Barcelona y ha contado con una aportación económica del Grup de Recerca en Economia Aplicada (2017SGR-1301) de la Generalitat de Catalunya.

«De acuerdo con las culturas indígenas, sobre todo la inca, el significado del árbol de la abundancia proviene de una leyenda en la que se asocia este arbusto con el agua y la comida en abundancia —es, por tanto, un símbolo de prosperidad y de riqueza— y, en consecuencia, con la buena fortuna».

Edicions UAB
Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona
Edifici A
08193 Bellaterra (Cerdanyola del Vallès)
Tel. 93 581 10 22
sp@uab.cat
www.uab.cat/publicacions

ISBN: 978-84-123249-1-4

Índice

Prólogo

Los grandes maestros de la Economía siempre acudieron al estudio del pasado para averiguar cómo se había ido construyendo la teoría económica, cómo surgían los problemas económicos y cómo se habían intentado resolver. Conocer en perspectiva histórica los grandes debates económicos les permitió huir del *provincianismo temporal* en el que están atrapados muchos economistas en la actual crisis económica derivada de la pandemia (surgida en China y extendida por todo el planeta). Además, la historia del pensamiento económico les permitió a los grandes economistas conocer la amplitud de la teoría económica, pero también sus limitaciones. Los economistas tenemos que ser humildes y conscientes de que no hay conclusiones definitivas o medidas únicas y mágicas para resolver los problemas más apremiantes. Si los grandes economistas se equivocaron, el resto de los mortales tenemos que ser modestos, y la historia del pensamiento económico es uno de los mejores antídotos contra la arrogancia intelectual de charlatanes escasamente letrados que se prodigan en los medios de comunicación y en las redes sociales.

Con esta pretensión modesta, David Castells-Quintana nos presenta un texto claro, ágil y fácil de entender, tanto para todo

aquel que se inicie en los estudios económicos como para el público en general. El libro conecta inmediatamente con el lector, empezando ya con sugerentes títulos en las diferentes secciones en las que se desgranan las ideas de los principales economistas, sobre todo en temas como la investigación y la naturaleza de la riqueza de las naciones: «Laissez faire!», «¿Es el capitalismo la solución o el enemigo», «Nada es gratis en Economía», «¿Es suficiente la eficiencia?», «¡Dios salve el mercado!», etc.

Castells-Quintana es profesor e investigador en la Universidad Autónoma de Barcelona y está especializado, entre otros temas, en crecimiento y desarrollo económico. No obstante, el autor hispano-colombiano nos ofrece en el libro que el lector tiene entre sus manos un breve manual introductorio a la historia del pensamiento económico. Este hecho no es sorprendente porque la historia del pensamiento es un área de conocimiento interdisciplinar desde el nacimiento de la Economía como ciencia independiente de la filosofía moral en la época de la Ilustración. Así, entre otros insignes y principales cultivadores, en el libro se encuentran economistas que a su vez escribieron sobre la historia del pensamiento económico, comenzando por el mismo Adam Smith, que realizó una breve historia del pensamiento mercantilista y fisiocrático en el libro cuarto de *La riqueza de las naciones* (1776), Karl Marx (*Teorías sobre la plusvalía*, 1905–1910), Joseph A. Schumpeter (*Historia del análisis económico*, 1954), John M. Keynes (*Ensayos de persuasión* —1931— o el capítulo 23 de la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* —1936— sobre «el mercantilismo, las leyes sobre la usura, el dinero sellado y las teorías del subconsumo»), Friedrich von Hayek (*La tendencia del pensamiento económico: ensayos sobre economistas e historia económica*, 1991), Lionel Robbins (*Teoría de política económica*, 1951) o George Stigler (*Historia del pensamiento económico*, 1965).

Los economistas exponemos y utilizamos teorías de las que emanan las directrices de la política económica, pero tam-

bién tenemos la obligación de transmitirlas al ciudadano no especializado para su comprensión y con el fin de que no se rechacen sin más. En este sentido, la labor divulgadora del profesor Castells-Quintana es destacable y gracias a ella el lector se familiarizará con los temas que han preocupado a los grandes economistas, desde la antigua Grecia hasta la actualidad, y permitirá empequeñecer la resistencia a unos conocimientos que sirven de guía en cuestiones tan importantes como las causas de la riqueza y la pobreza de los países y, en definitiva, sobre el bienestar económico de los individuos. En épocas de crisis es muy aconsejable acudir a los grandes maestros a la hora de acercarnos a las posibles soluciones, y más cuando estas están interrelacionadas con cuestiones medioambientales, sanitarias y poblacionales (los grandes movimientos migratorios), así como con la ampliación de la igualdad de oportunidades y las posibilidades de elegir de los individuos en un mundo cada vez más complejo.

Luis Perdices de Blas
Catedrático de Historia del Pensamiento Económico
Universidad Complutense de Madrid

INTRODUCCIÓN

Nuestra esquiva búsqueda de la prosperidad

Todos queremos tener una vida próspera; queremos ser felices. De hecho, la búsqueda de la prosperidad ha sido una larga aventura para los seres humanos.

Pero, ¿qué significa ser próspero? ¿Tener pertenencias materiales como ropa, muebles y electrodomésticos? ¿Joyas, coches e inmuebles? Queremos una gran variedad de cosas. También anhelamos nuevas experiencias, desde hacer deporte hasta ir al cine o viajar a un lugar nuevo. Además, normalmente lo queremos todo; y cuanto más, mejor. Y a menudo, no todo es suficiente.

Desafortunadamente, no podemos tener todo lo que queremos. Nuestros recursos son limitados y, por lo tanto, vivimos en un esfuerzo constante por encontrar mejores formas de usarlos para satisfacer nuestros deseos. Esta esquiva búsqueda de la prosperidad ha moldeado constantemente nuestro mundo; desde cómo pasamos nuestro tiempo y nuestro estilo de vida hasta la forma en que nos relacionamos, organizamos nuestras sociedades e interactuamos con el entorno natural que nos rodea. Tanto de manera colectiva como individual, buscamos constantemente mejores formas de utilizar los escasos re-

cursos a nuestra disposición para satisfacer nuestras crecientes y aparentemente infinitas necesidades y deseos.

En esta búsqueda, recorrimos la sabana, recolectamos comida y cazamos, comerciamos con otras tribus, domesticamos plantas y animales, creamos ciudades e imperios, luchamos entre nosotros y conquistamos territorios. Rezamos a los dioses y depositamos nuestra confianza en emperadores y reyes. Desarrollamos dinero y mercados, leyes y códigos de conducta. Modificamos el entorno natural que nos rodea y alteramos ecosistemas alrededor del mundo. Además, a medida que nuestras sociedades han evolucionado, hemos llegado a dominar diferentes fuentes de energía, a inventar nuevas herramientas y a desarrollar formas más eficientes de producir lo que queremos. Y a medida que nuestro mundo y nuestra vida han cambiado, también ha cambiado nuestra interpretación del valor, la riqueza y la prosperidad. Así, nuestro progreso ha modificado nuestra idea de prosperidad, solo para que esa idea, a su vez, modifique nuestro mundo.

Pero, ¿cómo ha sucedido todo esto exactamente? ¿Cómo ha cambiado nuestra comprensión del valor, la riqueza y la prosperidad? ¿Y cómo ha moldeado esto nuestras sociedades y nuestro estilo de vida? Y, sobre todo, ¿cómo puede esta comprensión ayudarnos a explicar la forma en que nuestras sociedades complejas funcionan hoy, el cómo saber qué producir, de qué manera y para quién?

Grandes pensadores a lo largo de la historia se han preguntado sobre los determinantes del bienestar individual y colectivo. Hoy en día, el estudio del bienestar de los individuos y la prosperidad de las sociedades es un elemento central de lo que definimos como Economía (la ciencia). Por lo tanto, revisar las doctrinas de siglos de pensamiento económico puede darnos las ideas fundamentales para comprender no solo cómo funciona nuestro sistema económico, sino también lo que le da valor a todas las cosas que satisfacen nuestras necesidades y

deseos. Con esto, podemos comenzar a entender mejor cuáles son las fuentes de riqueza de las naciones y el camino para alcanzar sociedades prósperas e individuos felices.

Pero los conceptos económicos por sí solos no son suficientes. Para comprender adecuadamente la evolución del pensamiento económico y darse cuenta de su potencial para explicar nuestra realidad actual, debemos ser conscientes del contexto sociopolítico detrás de las ideas económicas predominantes a lo largo de la historia. En otras palabras, las ideas económicas solo pueden entenderse plenamente en una perspectiva histórica, mirando los intereses de los diferentes grupos y a la luz de las circunstancias de la época en que se concibieron dichas ideas.

Este libro es una invitación y una oportunidad para conocer la evolución del pensamiento económico, los economistas más importantes y sus reflexiones, así como el contexto sociopolítico en que estas se dieron. Un elemento central del libro es la historia del progreso en nuestra comprensión del valor de las cosas y la fuente de riqueza (material e inmaterial). Esto es imprescindible para llegar a comprender cómo funcionan nuestras sociedades y qué las hace prósperas. Así, viajaremos a diferentes lugares y períodos para encontrarnos con las mentes más destacadas de la historia del pensamiento económico y recuperar las ideas más fundamentales de siglos de pensamiento económico. Desde las ideas de imperios y civilizaciones pasadas, el pensamiento económico de la época medieval, las lecciones de los economistas clásicos, el marxismo, la economía neoclásica y el keynesianismo, hasta la revolución neoliberal y las aportaciones más importantes de la época moderna.

La esquiva búsqueda de la prosperidad captura siglos de pensamiento económico, explicado de una manera simple y clara, y brinda anécdotas históricas, así como ejemplos actuales, todo en un libro breve y fácil de leer. Mi humilde deseo es que el

estudio del pensamiento económico ayude al lector a comprender mejor el significado de la verdadera riqueza, la forma en que trabajamos colectivamente para conseguirla, y los desafíos a los que nos enfrentamos en nuestra esquiva búsqueda de la prosperidad compartida y el bienestar individual.

Permítanme terminar esta introducción con un par de notas sobre el estilo y el contenido del libro. Primero, y en aras de facilitar la lectura, los tecnicismos se reducen al mínimo. Los conceptos clave están en cursiva en el texto y se pueden consultar en el glosario que se incluye al final del libro. En segundo lugar, y dado que la historia del pensamiento económico es larga, tanto en términos de autores como de ideas, hay que resaltar que para proporcionar un libro breve se deben realizar sacrificios. En cuanto a los autores, he optado por priorizar a los economistas más destacados, y para ello he procurado seguir un orden cronológico. Una exploración profunda de las aportaciones de muchos otros autores importantes (mencionados o no en este libro) se deja como posible lectura futura. Con este fin, se proporcionan algunas notas al pie del texto. El lector también puede buscar directamente a los autores mencionados (y las páginas en las que se mencionan) utilizando una lista alfabética que se proporciona al final del libro. En términos de ideas, si bien el libro ofrece una visión breve pero general de la historia del pensamiento económico, mi prioridad reside en presentar la historia de nuestra búsqueda de la prosperidad y, en particular, en interpretar el valor y la riqueza que la Economía nos ha proporcionado a lo largo de la historia.

1. La ciencia de la casa. Economía antigua y de la edad media

La mayoría de nosotros disfrutamos hoy de las facilidades que nos brindan un sinfín de bienes y servicios. Disfrutamos de un nivel de consumo inimaginable hace solo algunos siglos y tenemos acceso a tecnologías que parecerían magia oscura en el pasado. Pero durante milenios la mayor parte de la humanidad vivió en una lucha constante por sobrevivir; la verdadera historia de la humanidad es de pobreza y supervivencia. Los datos históricos sugieren que durante la mayor parte de la historia de la humanidad, al menos hasta mediados del siglo XIX, la mayoría de las personas y en todas las sociedades del mundo tenían un nivel muy bajo de consumo material, apenas suficiente para la subsistencia. La riqueza de emperadores y reyes aparece como una ilusión y, sobre todo, una excepción basada en la explotación del resto. La cruda realidad era una pobreza generalizada y persistente. La prosperidad era una utopía; una búsqueda muy esquiva.

Lamentablemente, incluso hoy la búsqueda de una vida próspera para millones de personas en todo el mundo comienza por poder llevarse algo de comida a la boca, encontrar refugio y sobrevivir. También significa tener acceso a agua pota-

ble, instalaciones sanitarias o electricidad, educación y acceso a servicios de salud. Instalaciones y servicios que en muchos países de bajos ingresos, principalmente en el África subsahariana, siguen siendo un lujo. En esos países todavía menos de la mitad de la población tiene acceso a agua potable, instalaciones sanitarias y electricidad. Cosas que muchos de nosotros, en sociedades más ricas, damos por sentadas. Para millones de personas en países de bajos ingresos la búsqueda de una vida próspera sigue siendo una lucha ardua y diaria.

Así, ¿cómo es posible que algunas sociedades hayan podido escapar de la pobreza mientras que para otras la búsqueda de la prosperidad sea aún casi una utopía? ¿Cómo prosperan las sociedades? ¿Qué ha significado exactamente ser próspero a lo largo de la historia de la humanidad? ¿Cuál ha sido la fuente de riqueza?

Para responder a estas preguntas en perspectiva histórica podemos empezar visitando las antiguas civilizaciones del pasado. Para la mayoría de los estudiantes de Economía, la historia comienza en el siglo XVIII, con la Revolución Industrial y Adam Smith. La ciencia económica comienza con los clásicos (que, por supuesto, trataremos más adelante) como si nada hubiera existido antes. En cualquier caso, se hacen algunas referencias a autores preclásicos de los siglos XVI y XVII. Sin embargo, las cuestiones económicas, incluido el estudio de la fuente de la riqueza y la prosperidad, han estado presentes y han sido debatidas al menos desde la época de los antiguos reinos y grandes civilizaciones como las de Mesopotamia o el antiguo Egipto.

En Egipto, la prosperidad económica dependía principalmente de una cosa: el ciclo regular de inundaciones del Nilo. Pero este ciclo dependía a su vez de la capacidad del faraón y los sacerdotes de los templos para complacer a los dioses. De este modo, las normas sobre cuestiones económicas se diseñaban para complacer los intereses de la élite gobernante de la época.



Fig. 1. Los sedimentos aportados por la inundación anual del Nilo garantizaban las cosechas y la prosperidad en el antiguo Egipto.

Y lo más probable es que para los egipcios la fuente de valor proviniera de la capacidad del faraón y los sacerdotes de complacer a los dioses, y así garantizar tanto la prosperidad del reino como una buena vida después de la muerte. Esta comprensión de la economía prevaleciente en el antiguo Egipto probablemente no distaba tanto de la de otras civilizaciones antiguas.

Pero, lamentablemente, es cierto que no sabemos mucho más sobre el pensamiento económico de este pasado lejano. Los registros que tenemos sobre temas económicos se refieren principalmente a descripciones o reglas, ya sea de producción, organización o contabilidad. Si bien las cuestiones económicas fueron sin duda fundamentales para la civilización antigua, el pensamiento económico, entendido como el ejercicio de reflexionar sobre cómo funcionan los actos y las relaciones económicas, está mayormente ausente en los registros que nos han llegado de estos antiguos reinos y civilizaciones.

En cualquier caso, la historia del pensamiento económico todavía se puede rastrear en el tiempo mucho más allá del siglo XVIII. De hecho, como veremos y como ocurre con muchas otras disciplinas, nuestro conocimiento moderno de la Economía está arraigado en ideas de la antigüedad mucho más de lo que solemos pensar. Una breve «recuperación» de estos inicios tempranos del pensamiento económico puede ayudarnos a entender los temas económicos también como parte de los otros interrogantes que han abordado grandes pensadores a lo largo de la historia. Y no hay mejor lugar para iniciar nuestra investigación del pensamiento económico que la antigua Grecia.

Oeconomicus. La Grecia antigua

La curiosidad es la fuente del conocimiento, así como la filosofía es la madre de la ciencia. La economía no es diferente. Quizás dos de los primeros economistas de quienes tenemos registro son los filósofos griegos *Hesíodo* (750–650 aC) y *Jenofonte* (431–354 aC). Hesíodo, contemporáneo de Homero, era descendiente de comerciantes procedentes del Asia Menor (Anatolia, hoy Turquía) que vivían en Ascra, una antigua ciudad griega cerca del monte Helicón. Aunque Hesíodo es más conocido como poeta, en sus escritos tenemos algunos de los primeros indicios de pensamiento económico. En su poema *Los trabajos y los días* ya encontramos ideas sobre lo que serán algunos de los ingredientes fundamentales de la economía moderna. Hesíodo nos habla del «trabajo como fuente de todo bien», o de que «a través del trabajo los hombres se enriquecen». Otra idea de las obras de Hesíodo es la realidad de la escasez y la consiguiente necesidad de asignar eficientemente los recursos disponibles, una idea hoy fundamental en la disciplina económica. Y finalmente, encontramos que la competencia es

un «buen conflicto» que empuja a las personas a hacer lo mejor que pueden. Hesíodo, al elaborar sus poemas, con toda probabilidad ignoraba que sus escritos le servirían para ser considerado por muchos el primer economista de la historia.

Después de Hesíodo, otros grandes filósofos griegos debatieron sobre lo que puede considerarse cuestiones económicas. Los pensadores sofistas (siglos v y iv aC) creían en el bien del enriquecimiento individual y el comercio. Por tanto, los pensadores sofistas son considerados como algunos de los primeros defensores de lo que ahora llamamos liberalismo económico. *Platón*, así como *Aristóteles*, también desempeñaron un papel importante. Mientras que Platón defendía la propiedad común de los recursos, Aristóteles defendía la propiedad privada, lo que puede considerarse una de las primeras bases del choque de ideas modernas entre capitalismo y comunismo.

Platón, en sus *Leyes*, también escribió sobre la distinción entre necesidades y lujos, así como sobre la búsqueda de la riqueza material. En *La república*, escribió sobre cómo el estado se basaba en las diferentes habilidades de sus ciudadanos. Así, Platón, casi dos milenios antes de Adam Smith, entendió en cierto modo que el valor de la riqueza común provenía de la división y especialización del trabajo.

Pero fue otro de los grandes discípulos de Sócrates quien se iba a plantear explícitamente cuestiones económicas unos dos siglos después de Hesíodo. Este fue Jenofonte, uno de los más grandes historiadores, filósofos y soldados de la antigua Grecia, quien nos dejó muchos escritos sobre diferentes temas. Uno de sus últimos escritos daría nombre a nuestra ciencia. En *Oeconomicus*, Jenofonte escribe sobre la administración de la casa: la «ciencia de la administración de la casa» o la «ciencia de la casa» ahora tiene un nombre. En *Oeconomicus* ya aprendemos sobre principios clave de la economía, como la distinción entre el valor de uso y el valor de cambio de las cosas. Pero, siendo también el comandante de los Diez Mil, uno de los

ejércitos más grandes de su época, Jenofonte escribió no solo sobre la administración de la casa. En *Medios y formas*, Jenofonte escribió sobre cómo dirigir y administrar un estado. En realidad, *Medios y formas* puede considerarse probablemente el primer escrito sobre desarrollo económico. En este tratado encontramos ideas fundamentales relacionadas con el aprovechamiento de la producción a gran escala —lo que hoy llamamos economías de escala, el fomento del intercambio con «comerciantes extranjeros»—, el comercio internacional de hoy, y sobre la necesidad de aliviar la pobreza y abordar las dificultades, lo que ahora llamaríamos política económica. Si se puede considerar a Hesíodo como el primer economista, Jenofonte fue el primer economista del desarrollo.

Hesíodo, los sofistas, Aristóteles, Platón y Jenofonte, grandes mentes adelantadas a su tiempo, dejaron un legado que serviría como base de lo que ahora es una ciencia social central: la Economía. Pero los griegos no estaban solos en el desarrollo de ideas económicas tempranas.

La ciencia de la riqueza material. Pensamiento económico fuera de Grecia

Como ocurre con cualquier gran ciencia, podemos encontrar rastros de los orígenes de la Economía en muchos lugares y épocas diferentes. Es cierto que los griegos desempeñaron un papel clave, pero el pensamiento económico estuvo también presente en otras grandes civilizaciones. Dos ejemplos son la antigua India y China.

Uno de los primeros pensadores económicos fuera de Grecia del que tenemos constancia es *Chanakia* (350-275 aC), antiguo profesor y filósofo indio y uno de los pioneros de la ciencia política (y la Economía) en la India. Chanakia escribió sobre *Arthashastra*, la «ciencia de la ganancia material», pero su

trabajo se perdió y no fue redescubierto hasta el siglo XX. El trabajo de Chanakia fue tan impresionante que ahora se considera un precursor temprano del pensamiento económico clásico.

También encontramos signos tempranos de pensamiento económico en la antigua China. Por ejemplo, ya en el siglo VI aC, *Confucio* (551–479 aC), en sus *Analectas*, al explicar los elementos esenciales para un buen gobierno, sostiene que «el gobernante sabio y bueno es benevolente sin gastar fortunas; pone cargas sobre el pueblo sin ser feroz». ¿Cómo hacerlo? Confucio lo explica: «Simplemente hay que seguir el curso que naturalmente trae beneficios a la gente». De manera similar, *Chuang Tzu* (369–286 aC), pensador taoísta, sugirió que «el buen orden llega espontáneamente cuando las cosas se dejan en paz». Tanto las ideas de Confucio como las de Tzu resuenan como un embrión temprano de la ideología económica moderna del *laissez faire*, basada en la idea del espíritu empresarial individual y las fuerzas del mercado autorreguladoras. Algunos siglos después, y de una manera irónica para nosotros en el siglo XXI, sería otro chino, el historiador *Ssu-ma Ch'ien* o Sima Qian (145–90 aC), quien escribiría sobre el valor del espíritu empresarial individual, central en el capitalismo moderno. Siglos después, a principios del XV, siendo China probablemente el mayor imperio de la época, el gran *Zheng He* (también conocido como Ma Sanbao) lideró la flota comercial más grande hasta la fecha y exploró rutas por Asia, el Pacífico y África. Pero las misiones de Zheng llegaron a su fin cuando China miró hacia dentro, mientras que los imperios europeos, donde los comerciantes y una burguesía en ascenso estaban ganando poder, hicieron lo contrario: conquistaron territorios en todo el mundo dándoles ventaja sobre los antiguos imperios de Oriente. Pero esta es otra historia a la que volveremos.

Alá también enseña Economía. Pensamiento económico musulmán

A medida que el Imperio romano declinaba y las grandes civilizaciones antiguas de occidente pasaban a la historia, una nueva civilización surgía de la península arábiga. A partir del siglo VII, el mundo islámico se expandió para conquistar vastas áreas que se extendieron, en su apogeo en el siglo XIV, hasta la península Ibérica. A medida que florecía la civilización islámica, también lo hicieron con ella muchas ciencias. Durante mucho tiempo, nuestra visión egocéntrica de la historia descuidó la mayor parte del impresionante conocimiento procedente del mundo islámico. Sin embargo, fueron los árabes musulmanes quienes tomaron el legado de los grandes pensadores griegos antiguos, lo que nos permite reconocer hoy la gran contribución del mundo islámico a nuestro conocimiento moderno. Y esto incluye el conocimiento económico.

Desde los orígenes del islam, filósofos musulmanes, incluidos *Abu Yúsuf* (731–798) y *Al-Ghazali* (1058–1111), comenzaron a preguntarse sobre las «leyes universales que gobiernan el interés público», en lo que el filósofo persa *Nasir al-Din al-Tusi* (1201–1274) definió como *Hekmat-e-madani*, «la ciencia de la vida urbana». Siguiendo esta tradición, *Ibn Taymiyyah* (1263–1328), académico de la provincia de Urfa en la actual Turquía, frontera con Siria, fue uno de los primeros en comprender las fuerzas de la oferta y la demanda, mucho antes de que la economía clásica comenzara a estudiar los mercados. Y poco después de la muerte de Ibn Taymiyyah, otro musulmán, esta vez procedente de Túnez, se convirtió en uno de los primeros grandes científicos sociales de la historia, aunque casi desconocido para la mayoría en occidente: *Ibn Jaldún* (1332–1406). Jaldún escribió sobre teoría económica y fue uno de los primeros en preocuparse por el crecimiento y el desarrollo económico. Sus escritos nos enseñan sobre los be-

neficios de la división del trabajo, así como sobre los desafíos del crecimiento de la población y la necesidad de capital humano y progreso tecnológico. Ibn Jaldún es considerado por muchos el verdadero «padre de la economía moderna», un título generalmente reservado a Adam Smith, nacido más de tres siglos después.

Los antiguos griegos, chinos e indios, así como muchos grandes pensadores musulmanes, nos dejaron muchas ideas fundamentales para comprender qué da valor a las cosas y cuál es la fuente de la riqueza de las naciones. Estas ideas incluyen el papel del espíritu empresarial y el trabajo humano, la especialización, la competencia y el comercio. Ideas que fueron desarrolladas por economistas durante los siglos venideros, como veremos, y que nos ayudan a comprender no solo nuestra búsqueda histórica de prosperidad sino también la realidad que nos rodea hoy.

¿Cuál es el precio justo de las cosas? Economía medieval

En Europa, y tras el fin del Imperio romano, la civilización entró en un largo período de cambios drásticos, lo que llamamos la edad media. La organización sociopolítica del antiguo Imperio romano se rompió y dio paso a una miríada de reinos. La gente «regresó» al campo para trabajar bajo el dominio de los señores feudales. Muchas ciudades fueron abandonadas y las reglas sociales se transformaron drásticamente. Solo alrededor del siglo XIII la economía y las organizaciones políticas centralizadas de Europa empezaron a recuperarse. Con la recuperación económica, el pensamiento económico también tomó un nuevo impulso. Pero durante la edad media, el poder político se casó con el religioso. Los intereses predominantes eran los de la Iglesia, el clero y los aristócratas, que buscaban el

control no solo de las almas de los hombres sino también de su riqueza material. No es de extrañar que, en estos tiempos, fuera un santo quien proporcionara el pensamiento económico dominante, al menos en el continente europeo: *Tomás de Aquino* (1226–1274). Como teólogo cristiano, Tomás de Aquino se preocupaba principalmente por cuestiones de justicia, equidad y comportamiento. En otras palabras, su análisis de las cuestiones económicas fue más normativo que positivo; quería decirnos qué era lo justo en lugar de explicarnos cómo funcionaban las cosas. Viviendo en época feudal, donde la vida era mayoritariamente agraria y aislada, viejos temas como la «vida en la ciudad», el «interés público» o la «riqueza de un estado» no formaban parte del núcleo de sus escritos. Sin embargo, Tomás de Aquino analiza otros temas fundamentales para la economía. Uno es el beneficio de la propiedad privada, en línea con las ideas de Aristóteles, ya que la propiedad privada incentiva el trabajo duro. Otra lección de Tomás de Aquino fue el reconocimiento del valor añadido por parte de los comerciantes al facilitar a las personas el acceso a lo que necesitaban o deseaban. Finalmente, y relacionado con este último punto, Tomás de Aquino discutió sobre lo que era un «precio justo» y sugirió que, si bien los precios debían cubrir los costos de producción, los individuos no debían perseguir altos beneficios. Así mismo, consideraba que los intereses de los préstamos eran una usura inmoral. Aunque algunos economistas de la época defendían la posibilidad de intereses en los préstamos, como los pensadores de la Escuela de Salamanca, en el pensamiento cristiano del momento los intereses monetarios estaban mal vistos. En definitiva, el gran pensador y santo, como muchos otros, fue incapaz de comprender el poder de una nueva forma de organización socioeconómica que se estaba desarrollando y estaba a punto de desatar una gran fuerza de cambio.



Fig. 2. Durante siglos la principal fuente de riqueza material era el trabajo rural y artesanal.

¡Enséñame el oro! Economía mercantilista

En los siglos XIV y XV, Europa estaba dejando atrás la organización política y socioeconómica feudal de la época de Tomás de Aquino. Mientras que en la edad media la riqueza económica provenía del campo y el consumo era principalmente local, ahora la riqueza económica se concentraba cada vez más en las ciudades, con un comercio que iba ganando importancia. Mientras que en la época medieval el poder dependía de los señores feudales, los aristócratas y el clero, ahora la burguesía, o los que vivían en el burgo, la ciudad, eran la nueva clase productiva.

Con la recuperación del poder económico y político, el crecimiento de la población, el (re)descubrimiento de América en 1492 y la colonización de territorios alejados del viejo continente, la vida en Europa había cambiado por completo. Con estos cambios vino un mayor intercambio de ideas y

mercancías, pero también una mayor centralización política. La nueva configuración socioeconómica y política de Europa se parecía en cierto modo a la de la antigüedad. En el siglo XV, el nombre del juego era la expansión territorial, la fuerza militar y el poder comercial. Y a medida que la vida política y socioeconómica empezaba a desprenderse del control de la Iglesia, los intereses predominantes se convirtieron en los del estado. Muchos fueron los que se preguntaron por las nuevas configuraciones socioeconómicas. Y dados los nuevos intereses, la preocupación por la «riqueza del estado» se convirtió en un tema central de investigación. La Economía se convirtió en Economía Política.

Varios economistas políticos de la época adoptaron un enfoque *mercantilista* hacia la cuestión del valor de las cosas y la fuente de la riqueza del estado.[1] La idea imperante en la mayor parte del pensamiento económico mercantilista era que la riqueza de los estados consistía principalmente en la acumulación de tierras, materias primas y, en última instancia, plata y oro. Esto significaba que debía hacerse todo lo posible para acumular más plata y oro. Para ello, los reinos tenían que exportar más de lo que importaban. Esto también significó una competencia entre reinos para conquistar más territorios y dominar las principales rutas comerciales. El comercio internacional era un juego de suma cero (dado que la cantidad de metales preciosos era fija) o negativa: para que algunos reinos crecieran, otros tenían que encogerse. Y esto, a su vez, signifi-

1. Entre los economistas más destacados de la época mercantilista encontramos a *Jean Bodin* (1530–1596), *Barthélemy de Laffemans* (1545–1612), *Thomas Mun* (1571–1641), *Jean-Baptiste Colbert* (1619–1683), *Pierre Le Pesant* (1646–1714), *Charles Davenant* (1656–1714) y *James Steuart* (1713–1780). Este último autor, de origen escocés, publicó en 1767 *Una investigación sobre los principios de la economía política*, considerado el primer tratado de economía política en toda regla.

caba poder captar rentas de la producción local. En consecuencia, los altos impuestos, la intervención estatal y las políticas proteccionistas se vieron como algo bueno. Los impuestos financiaban las expediciones y aumentaban la capacidad militar, mientras que las políticas proteccionistas alentaban las exportaciones en detrimento de las importaciones, todo lo cual permitía una mayor acumulación de metales preciosos. Aunque este era el pensamiento predominante, es importante señalar que el mercantilismo nunca fue una escuela económica unificada; más bien un nombre para un período en el que se desarrollaron varias ideas opuestas.

En cualquier caso, y en contraste con las ideas feudales, ahora se reconocía que pedir prestado y prestar era esencial para la nueva configuración económica. Los préstamos permitían financiar iniciativas comerciales aún mayores. Con ello, ahora se aceptaba el cobro de tipos de interés. Además, en algunos lugares, principalmente en el norte de Europa, la reforma protestante rompió con las antiguas tradiciones cristianas de vida modesta y ahora se defendía el esfuerzo y la riqueza individual, que incluso se interpretaba como el propósito de los hombres y un signo de bendición divina.

Aunque el pensamiento económico mercantilista central fue intensamente criticado a medida que se desarrollaban nuevas ideas, como veremos, el desarrollo de la economía debe mucho a las contribuciones de los economistas políticos de la época mercantilista.

Laissez faire! La Ilustración y la revolución fisiócrata

En 1767, cuando *James Steuart* (1713–1780) publicó sus *Principios de economía política*, la Gran Bretaña ya estaba atravesando lo que ahora se conoce como la Ilustración británica, en la que el pensamiento filosófico y científico florecía en prácticamente

todas las disciplinas. Un elemento central de esta revolución intelectual fue el papel clave de la observación para la generación de nuevos conocimientos. De hecho, para muchos desde entonces, el verdadero conocimiento solo proviene de la experiencia sensorial, «la evidencia de los sentidos», base fundamental del *empirismo*. Durante este tiempo desarrollamos el método científico: la idea de que el conocimiento debe basarse en la observación cuidadosa, el escepticismo, las pruebas y mediciones repetidas y el abandono de aquellas ideas refutadas por la evidencia empírica. Este método ha caracterizado el desarrollo de la ciencia desde entonces y es la base del rápido progreso tecnológico de los últimos siglos.

La nueva forma de hacer ciencia, como no podía ser de otro modo, también llegó al pensamiento económico. *William Petty* (1623–1687), *John Locke* (1632–1704) y *Dudley North* (1641–1691) fueron de los primeros en llevar la revolución científica a la Economía proporcionando ideas posmercantilistas que se centraban más en las libertades individuales, incluida la propiedad privada y la libertad de comercio, que en las políticas proteccionistas y el crecimiento del estado. Después de Locke y North, otra gran mente de la revolución empirista que también contribuyó al desarrollo de la Economía fue *David Hume* (1711–1776). Al igual que North, Hume estaba en contra de la acumulación continua de oro y metales, y observó que esto eventualmente llevaría a que los precios subieran (es decir, a la inflación). Hume justificó la propiedad privada sobre la base de la escasez de recursos, pero también defendió la intervención estatal en la economía cuando fuera necesario. Su comprensión del papel del dinero en la economía (comprensión basada en la observación y en la definición de reglas e ideas simples) es uno de los primeros ejemplos de pensamiento económico basado en métodos científicos modernos.

A diferencia de Locke y Hume, *Richard Cantillon* (1680–1734) dedicó la mayor parte de su esfuerzo intelectual al pen-

samiento económico. En 1755, Cantillon escribió su *Essai sur la nature du commerce en général.* Aunque el escrito solo fue traducido al inglés por Henry Higgs en 1932 (en español, *Ensayo sobre teoría económica*), se cree que el *Essai* influyó en los más grandes economistas que vinieron después de Cantillon. Y una de las principales razones de esto fue el enfoque en «leyes naturales», siguiendo a Locke, Hume y otras mentes de la revolución empirista. Cantillon pensaba que existían «leyes naturales» que también gobiernan la dinámica económica, como lo hacen en otros reinos del mundo natural. Por tanto, Cantillon destacó la necesidad de comprender antes de recomendar; la necesidad de un análisis positivo antes de un análisis normativo. Y para comprender las cosas hay que mirar las relaciones de causa-efecto. Siguiendo esta metodología simple, en el *Essai* de Cantillon podemos ver el poder de deducir fenómenos complejos al analizar y comprender relaciones causales específicas. Cantillon fue también uno de los primeros en cuestionar la neutralidad del dinero, probablemente sentando las bases de la economía keynesiana (que veremos más adelante).

Alrededor de la época de Locke, North y Hume, y dado que la acumulación de oro y plata ahora se consideraba no siempre deseable, los economistas empezaron a pensar en la verdadera fuente de la riqueza. Si no era oro, ¿qué era entonces? Para un grupo de pensadores, a quienes ahora conocemos como los «fisiócratas», la respuesta fue el producto de la tierra.[2] Según estos economistas, el valor de las cosas provenía de la tierra. Por tanto, la agricultura y el desarrollo de la tierra eran la única fuente de riqueza. En estrecha conexión con estas ideas y rechazando las políticas proteccionistas prevalecientes, los economistas de la época empezaron a defender la libre em-

2. Incluidos economistas franceses como *François Quesnay* (1694-1774), *Étienne Bonnot de Condillac* (1714-1780) y *Anne-Robert-Jacques Turgot* (1727-1781).

presa y el libre comercio.[3] Después de todo, y como ya se ha mencionado, la «burguesía» era la nueva clase productiva, y las políticas tributarias y proteccionistas de la época mercantilista significaban un gran peso para ella. Pensando en el espíritu empresarial y el comercio, se dice que *Vincent de Goumay* (1712–1759) llegó a preguntarse por qué era tan difícil el *laissez faire* (*dejen hacer*) y encriptó el lema de la economía de libre mercado que se desarrollaría en los siglos venideros. Después de siglos de defensa de la alta intervención estatal de la época mercantilista, la idea de la libre empresa y el libre comercio surgió como una verdadera revolución en el pensamiento económico. Sin embargo, y curiosamente, esta idea de *laissez faire* nos recuerda las antiguas enseñanzas de Chuang Tzu.

Aunque hoy en día la idea de que el «desarrollo de la tierra es la única fuente de riqueza» puede parecernos errónea, la gran contribución de la concepción fisiócrata de la riqueza fue poner el énfasis en el trabajo humano. Esto contrastaba con creencias mercantilistas precedentes que ponían el valor en los metales. En cambio, la concepción de valor asociada al trabajo que ahora defendían los fisiócratas tenía una notable conexión con las ideas de Hesíodo, cerca de dos milenios antes. Los economistas fisiócratas también fueron de los primeros en pensar en la actividad económica como un flujo circular de rentas y, por lo tanto, también se preguntaron por un equilibrio general de la economía. El enfoque general, la idea de *laissez faire*, la teoría de la riqueza centrada en el valor y la nueva metodología para comprender fenómenos complejos mediante la observación de relaciones específicas de causa y efecto se convertirían en la base para una (re)comprensión completamente nueva de la Economía. Además, estas ideas permitirían la configuración de lo que hoy conocemos como pensamiento económico moderno.

3. Ver *John Law* (1671–1729) y *Vincent de Goumay* (1712–1759).

2. Economía política. Los clásicos

La revolución científica de los siglos XVII y XVIII no solo estaba transformando la creación de nuevo conocimiento; estaba también impulsando una profunda transformación socioeconómica que cambiaría el mundo para siempre. A finales del siglo XVIII, la población y la actividad económica en Europa se habían concentrado en las ciudades y la mayoría de las personas trabajaban como empleados en fábricas, donde la producción se realizaba a gran escala. La Revolución Industrial estaba en marcha.

La comprensión de las dinámicas subyacentes a estas transformaciones socioeconómicas y sus implicaciones en los estilos de vida y de organización sociopolítica motivaron a un nuevo grupo de economistas que llegarían a ser conocidos como los clásicos. Estos economistas, el más destacado de los cuales fue otro escocés, el padre de la economía moderna, sentaron las bases del pensamiento económico moderno.

¿Cuál es la verdadera riqueza de las naciones? Una fábrica de alfileres y un maestro escocés

Con la Revolución Industrial en marcha, la producción en Inglaterra estaba aumentando rápidamente. Los nuevos inventos y las máquinas permitían producir en grandes cantidades. Los ingleses ahora podían consumir más y no había rival para el Imperio británico, la potencia dominante del momento. ¿Cuál era la fuente de este poder y riqueza cada vez mayores? En el siglo XVIII, Inglaterra ya era una poderosa potencia militar, con control sobre grandes territorios, una gran armada y corsarios que robaban oro, plata y mercancías de otros imperios. Pero Inglaterra era ahora también una potencia industrial. Por el contrario, España y Portugal, los otros grandes imperios precedentes, se encontraban en una larga decadencia. Todavía tenían mucho oro y territorios, pero les faltaba algo esencial: la capacidad de producción a gran escala. Carecían de industrias modernas.

Así, era evidente que el valor de las cosas no provenía de los metales preciosos. La riqueza de un estado ya no estaba determinada por la acumulación de oro y plata. La tierra tampoco era la única fuente de riqueza. Las ciudades y sus fábricas desempeñaban ahora un papel fundamental en la producción de la riqueza. Pero, ¿qué era exactamente lo que en estas fábricas estaba permitiendo tal aumento en la producción y la riqueza material?

Conozcamos a *Adam Smith* (1723–1790) y unámonos a él en su memorable visita a la fábrica de alfileres. Esta fábrica emplea a diez hombres. Juntos, producen 48.000 alfileres en un solo día. Solos, estos diez hombres producirían un máximo de 20 alfileres cada uno; esto es, 200 en total. De 200 a 48.000 representa un asombroso aumento de cincuenta veces en la productividad del trabajo. ¿Cómo pueden estos diez hombres pasar de producir 200, cuando trabajan por separado, a produ-

cir 48.000 cuando producen juntos en la fábrica? La respuesta a esta pregunta no es menor; de hecho, ha transformado el pensamiento económico desde entonces. Lo que permite a estos hombres aumentar su productividad de una manera tan notable es una nueva organización del trabajo. La *división y especialización del trabajo* es lo que explica este aumento de la productividad. No rezar más a los dioses, no tener más oro en los cofres, ni más tierra; simplemente, una mejor división y especialización del trabajo.

Nuestra fábrica de alfileres no es una fábrica particularmente grande. Otras fábricas, ya en el siglo XVIII, empleaban a más de diez hombres. Los alfileres tampoco eran el producto más estratégico o sofisticado. Sin embargo, con solo diez hombres produciendo algo tan simple como un alfiler, la productividad se multiplicó por cincuenta dada la nueva organización del trabajo. Imaginémonos la transformación que estaba teniendo lugar en otras fábricas en diferentes sectores. Una verdadera revolución de la que la fábrica de alfileres es solo un ejemplo. Una revolución, la Revolución Industrial, que, para bien o para mal, ha transformado el mundo desde entonces.

En *Una investigación sobre la naturaleza y las consecuencias de la riqueza de las naciones*, publicada en 1776 y considerada la «biblia» de la economía moderna, Adam Smith explica, como nadie lo había hecho antes, el poder del trabajo cuando está mejor organizado. Porque, en la época industrial, es el trabajo humano lo que da valor a las cosas, así como la división y especialización de ese trabajo es la verdadera fuente de *la riqueza de las naciones*. A medida que la producción se divide en tareas más simples y los trabajadores se especializan en lo que hacen, la producción y la productividad se disparan; se puede producir más con menos. De este modo, las naciones se vuelven más ricas y sus ciudadanos consumen más.

El poder de la división y especialización del trabajo va más allá de las ganancias estáticas de una innovación organizacio-

nal. Su poder se basa en el impulso innovador que va más allá de la organización del trabajo. A medida que los trabajadores se especializan, se dan cuenta de cuáles serían las mejores herramientas y materiales para sus tareas. Así, la especialización hace que se inventen nuevos materiales, herramientas y máquinas. Y con nuevas herramientas y máquinas, las posibilidades de una mayor especialización del trabajo se hacen evidentes en lo que se convierte en un círculo virtuoso de innovación y crecimiento de la productividad. Con el tiempo, este ciclo puede sacar a naciones enteras de la pobreza. Esto es lo que Smith pudo entender y explicarnos tan vívidamente.

Las implicaciones sociopolíticas de esta comprensión del valor y la riqueza son, por supuesto, de gran importancia. Al estudiar el espectacular aumento de la productividad que tenía lugar a su alrededor, Smith también se sorprendió de que los productores, a pesar de *la escasez de recursos*, en cierto modo sabían siempre qué producir y eran conscientes de que obviamente no podían producirlo todo. Desde Hesíodo en la anti-

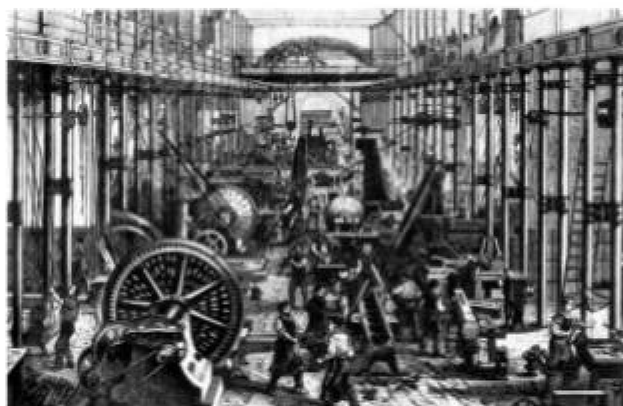


Fig. 3. Con la Revolución Industrial, la mano de obra empezó a especializarse y a concentrarse en las fábricas.

gua Grecia hasta David Hume, buen amigo de Smith, el tema de la escasez fue fundamental para el pensamiento económico. De hecho, la economía a menudo se define hoy como la ciencia que estudia la asignación de recursos limitados a necesidades ilimitadas. Dada la escasez, el verdadero desafío al que se enfrentan las naciones es el de encontrar la forma más eficiente de asignar sus recursos limitados a las necesidades ilimitadas de sus ciudadanos. Y en la Inglaterra del siglo XVIII esto estaba sucediendo de forma bastante eficiente. En otros reinos los recursos se habían desperdiciado, lo que en muchos casos había conducido al colapso de esos mismos reinos. En Inglaterra, por el contrario, los recursos se utilizaron de una manera bastante eficiente. Cuando se necesitaba algo, tarde o temprano alguien eventualmente lo producía o lo inventaba. Y todo esto sucedía sin que nadie tuviera que coordinar todo el sistema, sin ningún faraón o templo buscando respuestas en los dioses y tratando de controlar el conjunto de la actividad económica. En Inglaterra, la empresa individual y el mercado, imperceptiblemente, estaban impulsando la economía de la manera correcta. Si bien los economistas anteriores habían vislumbrado las fuerzas de la oferta y la demanda, fue Smith quien pudo comprender y explicar el gran poder del mercado para asignar recursos limitados a necesidades ilimitadas. En palabras de Smith, era como si una *mano invisible* estuviera detrás de todo esto. La mano invisible de las fuerzas del mercado, la competencia y el sistema de precios.

El mercado de Smith no solo hace un buen trabajo en la asignación de recursos; también es capaz de transformar a un individuo egoísta y automotivado en una fuerza para toda la nación. Smith entendió que, para que una nación prospere, no es necesario que las personas tengan un objetivo superior de servir al estado. De hecho, todo lo contrario; cuando todos persiguen su propio beneficio individual, la nación crece. Para que los estados sean ricos, primero son los ciudadanos de ese

estado quienes deberían prosperar. Como asevera el gran economista escocés, «no es de la benevolencia del carnicero, cervecero o panadero de donde obtendremos nuestra cena, sino de su preocupación por sus propios intereses». El buen funcionamiento de los mercados puede llevar a una eficiente asignación de recursos limitados que, gracias al trabajo humano, por egoísta que sea, satisface nuestras necesidades comunes.

De esta forma, Smith pone el énfasis en el papel fundamental del *libre mercado*. El libre mercado y la especialización del trabajo son, de hecho, dos caras de la misma moneda. Un mercado libre, integrado y no regulado es necesario para que se produzca la especialización. Cuanto más grande y menos regulado sea el mercado, más espacio para la especialización. Por tanto, la economía clásica se basa en las ideas fisiócratas que adopta del *laissez faire*. La intervención estatal en la economía debe reducirse al mínimo. El principal objetivo del estado debería ser desarrollar el entorno adecuado para que las empresas tengan éxito y la producción y la productividad aumenten. Esto no significa, como muchos que aún no han leído a Smith se atreven a criticar, que no haya lugar para la intervención del gobierno. Lo que esto significa es que la principal función del estado debe ser garantizar un buen funcionamiento de los mercados. Este enfoque en el mercado, así como esta comprensión del papel del estado, dirige la atención hacia el papel de las *instituciones* en la economía; otra revolución del pensamiento económico clásico. Según Smith y los economistas clásicos posteriores a él, una nación prospera si puede desarrollar aquellas instituciones que conduzcan al círculo virtuoso de especialización e innovación; la libre empresa y el libre mercado son fundamentales en este sentido. Para que las innovaciones y las fábricas prosperen, se deben incentivar la libre empresa y el libre comercio.

Hoy en día, la idea del libre mercado es fundamental en la ortodoxia de la ciencia económica, y la Economía no es una

disciplina muy popular entre algunos grupos. Esta idea tiene incluso una connotación negativa para muchas personas, ya que muchas veces se ha relacionado con la explotación y las desigualdades. Gran parte de esta crítica puede estar bien fundamentada, y es cierto que la ideología del libre mercado puede haberse llevado erróneamente a los extremos. Pero pensemos por un momento en la realidad antes del libre mercado. Si alguien quería producir algo necesitaba la aprobación de varias autoridades, y si no estaba bien conectado, no tenía ninguna posibilidad de ser aprobado («designado por su majestad»). Los gremios eran cerrados y tenían también un papel muy relevante a la hora de decidir quién podía producir y cómo. Así, la competencia y la innovación eran limitadas. La producción y, por tanto, la riqueza estaban en pocas manos, normalmente en las de los gremios y los aristócratas. Restringir qué producir y por quién también significaba que había pocas opciones sobre lo que se podía consumir, y las opciones eran generalmente caras y de mala calidad. ¡Y no había derecho a quejarse! Después de todo, la competencia era limitada o incluso inexistente. Los productores líderes no eran necesariamente los mejores, sino los que tenían privilegios de mercado, los que estaban bien conectados. Con poco poder económico, la masa de la población también tenía poco poder político. La idea de la libre empresa y el libre mercado, el *laissez faire*, implicaban también un argumento en contra de los gremios y los precios fijos, y a favor de la competencia entre quienes podían ofrecer la mejor calidad y los precios más bajos. Esta no fue solo una revolución económica; también fue sociopolítica. Aunque cueste entender, históricamente la libre empresa y el comercio han desempeñado un papel significativo en la democratización del poder político. Inglaterra, antes que los otros grandes imperios europeos, dio pasos radicales en este sentido, empezando con la Revolución Gloriosa de 1688, que reequilibró el poder del rey y la aristocracia hacia el Parla-

mento y los allí representados, principalmente la naciente burguesía. Y esta conexión entre la liberalización económica y la política es evidente no solo en la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII, también en el pasado. Como reconocen los historiadores hoy en día, la idea temprana de democracia tomó fuerza en el *ágora*, el mayor mercado de Atenas. Por supuesto, el sistema democrático de la antigua Atenas era muy diferente a los sistemas democráticos modernos. Pero el caso es que fue en el mercado donde cobraron fuerza las ideas democráticas: allí se trataba a todos según su capacidad de compra y venta, no según su título, nombre u origen. Así, el hecho de que la democracia se desarrollara en relación con el comercio no es una coincidencia. Y la lección sigue siendo relevante hoy. Aunque los mercados tienen muchos fallos, que trataremos pronto, limitar la libre empresa y regular fuertemente los mercados puede ser muy peligroso. Lo opuesto a la libre empresa y los mercados es a menudo el totalitarismo y el gobierno despótico. La historia está llena de ejemplos.

El énfasis de Smith en la conexión entre el desarrollo institucional, la ganancia individual y la prosperidad de la nación es una de las principales enseñanzas de la economía clásica. Y esto viene con la comprensión de la fuerza oculta en la libre empresa y los mercados que funcionan bien. *La riqueza de las naciones* nos enseña que la verdadera fuente de valor y riqueza es la mejora del trabajo humano, en el que la división y especialización tienen un papel fundamental. Nadie puede entender completamente la Economía, y cómo funciona y prospera una economía, si no ha entendido verdaderamente las enseñanzas de Smith. Pero Smith no estaba solo en esta enorme tarea de sentar las bases del pensamiento económico moderno.

El verdadero coste de las cosas. La lucha contra los aristócratas

No mucho después de *La riqueza de las naciones* de Smith, otros economistas, también de origen británico, contribuyeron de forma importante al desarrollo del pensamiento económico clásico.[1] Cada uno de estos economistas clásicos podría merecer libros enteros para analizar su trabajo. Sin embargo, nuestro objetivo no es entrar en tantos detalles, sino captar las principales enseñanzas que nos dejaron y lo que esas enseñanzas significan para nosotros hoy. Por lo tanto, aquí nos centramos en las principales lecciones de la economía clásica y miramos solo a algunos de los pensadores económicos más prominentes de la época.

La historia continúa en las islas británicas, esta vez en su corazón, Londres, y en particular en el Parlamento británico, donde tuvo lugar un acalorado debate. Los aristócratas, principales propietarios de la tierra, veían amenazados sus ingresos por las importaciones de cereales. Dado su poder político, en 1815 los aristócratas lograron convencer al Parlamento de imponer las Leyes de los cereales (*Corn Laws*), básicamente aranceles elevados a los cereales importados. Recordemos que las políticas proteccionistas fueron populares en la época mercantilista de los siglos anteriores. Estas políticas fueron defendidas como supuestamente beneficiosas para el interés nacional. Pero los economistas clásicos ahora eran conscientes de los grandes peligros de las políticas proteccionistas. Las Leyes de los cereales, en particular, estaban elevando los precios en In-

1. Entre los economistas y pensadores clásicos más destacados, aparte de Adam Smith, en orden cronológico de nacimiento, encontramos a *Edmund Burke* (1729–1797), *Jeremy Bentham* (1748–1832), *Thomas Malthus* (1766–1834), *David Ricardo* (1772–1823), *Thomas Tooke* (1774–1858), *Jean-Baptiste Say* (1776–1832) y *John Stuart Mill* (1806–1873).

glaterra y, al hacerlo, estaban fomentando una mayor producción de cereales, pero también una producción cada vez más cara de bienes industriales. Las Leyes de los cereales favorecían a los propietarios de las tierras y perjudicaban a los sectores urbanos. Estas leyes hacían más ricos a los aristócratas, pero a todos los demás, más pobres. Al fomentar la agricultura, pero encarecer y dificultar la producción industrial, las Leyes de los cereales estaban frenando la Revolución Industrial.

Afortunadamente para Inglaterra, las Leyes de los cereales fueron finalmente abolidas, las viejas políticas mercantilistas fueron abandonadas y la Revolución Industrial continuó. Y los ingleses deben esto en gran medida a las enseñanzas de los economistas clásicos, en particular a las de *David Ricardo* (1772–1823), quien en 1817 publicó *Sobre los principios de la economía política y la fiscalidad*. Como explica Ricardo, la tierra de buena calidad (ya sea por su ubicación o por la fertilidad de su suelo) es limitada. Además, existen límites a lo que la tierra puede producir, y cuanto más insumo se agregue menos se obtendrá en términos proporcionales (la ley de los *rendimientos marginales decrecientes*). Así, a medida que aumenta la producción, la competencia por la tierra hace que aumenten las rentas de la tierra. A la larga, esto conduce a la concentración de la riqueza en manos de los terratenientes (que cobran altas rentas), en detrimento de los capitalistas y trabajadores (que no obtienen ganancias y pagan altos precios por la producción de la tierra). La única solución es agregar constantemente más tierra u obtener el producto de la tierra del exterior, es decir, comerciar.

Así, Ricardo, un comerciante de origen londinense, supo explicar adecuadamente el costo de las políticas proteccionistas, que se reduce a dos conceptos fundamentales de la Economía: el de la ventaja absoluta y el de la *ventaja comparativa*. El primer concepto compara costos absolutos y establece que una empresa o país tiene una ventaja absoluta sobre otro si puede producir lo mismo con menos recursos. El segundo concepto,

el de la ventaja comparativa, por el contrario, compara los costes relativos; el coste en términos del uso alternativo de los recursos. Antes de Ricardo, el comercio internacional se concebía en términos absolutos, por lo que se pensaba que un país con ventaja absoluta en todo no podía beneficiarse del comercio. Pero pensar en términos absolutos obvia el hecho de que los recursos son limitados. Y esto es precisamente lo que destacó el economista inglés. Ricardo muestra que incluso los países con una ventaja absoluta en múltiples bienes, o sin ninguna ventaja absoluta, pueden aún beneficiarse del comercio internacional al especializarse en aquellos bienes en los que los recursos se utilizan de manera más eficiente. En otras palabras, no se comparan los costos absolutos en un sector; se comparan los costos relativos (es decir, los costos en un sector sobre los costos en otro). Todo esto significa que tanto las personas como las naciones deberían pensar en la mejor forma posible de asignar sus recursos. Con posibilidad de intercambio, lo que nos enseñan Ricardo y la economía clásica es que la asignación eficiente de recursos debe seguir el principio de la ventaja comparativa: debemos utilizar nuestros recursos en aquellas actividades o sectores donde se les pueda dar el mejor uso posible.

Inglaterra, a principios del siglo XIX, era una potencia industrial de primer orden mundial; ninguna otra nación era tan eficiente en el uso de sus recursos para producir bienes industriales. Por el contrario, muchos otros países eran capaces de producir cereales y comida con niveles similares de eficiencia a los de Inglaterra. Esto significaba que Inglaterra tenía ventaja comparativa en la producción de bienes industriales. Con el libre comercio, Inglaterra podía asignar sus recursos para producir bienes industriales y usar parte de sus ingresos para comprar a otros países los cereales y los alimentos necesarios. Asignar los recursos a producir cereales tenía para Inglaterra un gran costo en términos de menor producción industrial, lo

que no era muy sensato. En definitiva, el coste de las Leyes de los cereales era enorme; básicamente, retardar la Revolución Industrial. Las Leyes de los cereales solo hacían a Inglaterra innecesariamente más pobre.

Deshacerse de las Leyes de los cereales no estuvo exento de una gran oposición. Después de todo, incluso siendo perjudiciales para la nación, estas políticas proteccionistas estaban haciendo muy rico a un pequeño pero poderoso grupo de terratenientes y aristócratas. Luchar contra los aristócratas no es fácil. Hoy, el poder no está tan concentrado en manos de los aristócratas como en manos de los grandes grupos de presión. Y estos grupos pueden manipular la política desde la sombra con el mismo o más poder que tenían los aristócratas en el pasado. Lamentablemente, la pelea de David Ricardo no ha terminado, sino que se ha intensificado en los últimos años. Los políticos populistas de nuestro tiempo, respaldados por poderosos grupos de presión, manipulan a los votantes para aprobar políticas proteccionistas poco fundamentadas que perjudican a la nación, así como al mundo entero, solo para enriquecer a unos pocos. Estas políticas proteccionistas populistas se enmascaran bajo el concepto de «en interés de la nación», apelando a los sentimientos nacionalistas de los votantes. En la ignorancia y siguiendo sentimientos manipulados, en lugar de las enseñanzas de la ciencia, los votantes defienden políticas que los perjudican. El *Make America Great Again* de Trump básicamente significaba enriquecer a los grupos de presión que lo apoyaban a expensas de todos los demás. Estados Unidos volvía a «ser grande» para algunos, pero más pobre para el resto. En otra gran ironía de la historia, una situación similar se desarrolla en el país del propio David Ricardo; después de dos siglos, muchos británicos han olvidado la lección y defienden un nuevo conjunto de Leyes de los cereales: Brexit.

Las ideas de David Ricardo tienen deficiencias, como todas las ideas científicas. Esta es la belleza de la ciencia: cuando

aprendes algo se abre otra puerta para mejorar. Abordaremos, pues, las deficiencias del argumento de la ventaja comparativa. Pero la ciencia, a pesar de todos los obstáculos y retrocesos a los que se enfrenta, a la larga avanza hacia adelante, no hacia atrás. Las ideas clave, probadas por la evidencia y respaldadas por la historia, no deben olvidarse. Y muchas de las enseñanzas clásicas van más allá de la Economía. Para mí, un legado fundamental y poderoso de la economía clásica es su advertencia de los peligros de los cantos de sirena nacionalistas. El espíritu del pensamiento económico clásico, en cierto modo, nos libera de la tiranía de las banderas. Ninguna política es sólida solo porque apele a sentimientos nacionalistas. Ningún político tiene razón solo por «su pasión por su nación». El poder de la razón y la ciencia debe prevalecer sobre la irracionalidad de los sentimientos nacionalistas. Las políticas acertadas se basan en argumentos racionales sólidos, no en colores nacionales.

¿Hay suficiente comida para todos? La ciencia lúgubre de un reverendo preocupado

Dedicado a comprender la fuente del valor y la riqueza de las naciones, el pensamiento económico también debería poder explicar la persistencia de la pobreza. Porque la realidad de la gran mayoría de quienes alguna vez habitaron este planeta ha sido de pobreza y subsistencia. Incluso en Inglaterra a principios del siglo XIX, con todos sus magníficos inventos y formas nuevas y más eficientes de producir, la mayoría de la población ganaba tan solo lo suficiente para sobrevivir. ¿Cómo podía ser esto? ¿Por qué ha sido tan difícil erradicar la pobreza?

Smith y Ricardo creían en el gran poder de la libre empresa y el buen funcionamiento de los mercados para producir riqueza. Pero no todos los economistas clásicos fueron tan optimistas como Smith y Ricardo. La pobreza persistía. Aunque

se estaban produciendo importantes revoluciones productivas en el campo, que permitían una mayor producción agrícola, la población total de Inglaterra no paraba de crecer. El elevado crecimiento de la población significaba que, en lugar de poder consumir más, ahora había más bocas que alimentar. A principios del siglo XIX, la población de Inglaterra ya había superado los nueve millones de habitantes, frente a los seis millones del siglo anterior. Actualmente, una población de nueve millones puede no parecer tan grande, pero en ese momento había convertido a Inglaterra en uno de los lugares más densamente poblados del planeta. ¿Cuánta población más podría albergar Inglaterra? ¿Se estaba superpoblando la isla? ¿Habría suficiente comida para todos?

Estas preguntas obsesionaban a un hombre por encima de todos los demás: *Thomas Robert Malthus* (1766-1834). Filósofo y teólogo de formación, y reverendo de profesión, es recordado como uno de los economistas más controvertidos de la historia. Miembro de la Royal Society desde 1819, Malthus coincidió con otros grandes economistas clásicos, como David Ricardo.[2] Malthus era particularmente pesimista sobre las dinámicas demográficas que experimentaba Inglaterra. Basándose en una observación detallada de la realidad, el reverendo se dio cuenta de que la población en Inglaterra estaba aumentando exponencialmente. Para seguir el ritmo de este crecimiento demográfico, la producción de alimentos también tendría que seguir aumentando exponencialmente. ¿Podría ser esto posible? Claramente tendría que haber algunos límites a la producción agrícola. Este simple hecho significaba que la población total de Inglaterra, tarde o temprano, tendría que dejar de crecer. La pregunta era cuándo y cómo. Y Malthus proporcionó

2. Aunque Malthus y Ricardo eran muy amigos, no siempre coincidían en pensamiento. Ricardo criticó las Leyes de los cereales y Malthus las defendió, pues creía que así aumentaría la producción de alimentos.

respuestas a ambos en su *Ensayo sobre el principio de la población*, publicado por primera vez de forma anónima en 1789. Malthus notó que, si los recursos lo permiten, las poblaciones humanas tienen una tendencia a crecer exponencialmente. Sin embargo, la producción de alimentos, en el mejor de los casos, crece aritméticamente. Esto significa que las poblaciones tienden a agotar los alimentos y los recursos disponibles: más alimentos conduce a más personas. Y Malthus observó que esto no era exclusivo de los humanos; la tendencia natural a reproducirse era común en todas las especies. Por tanto, el crecimiento de la población está limitado por la disponibilidad de alimentos y recursos básicos. Para Malthus, Inglaterra estaba alcanzando sus límites de producción agrícola y, por lo tanto, su volumen máximo de población.

La observación detallada de Malthus de esta tendencia de la población a crecer exponencialmente hasta agotar los recursos disponibles ha tenido profundas implicaciones para el pensamiento económico desde entonces. Para entender la dinámica de la pobreza, así como la del crecimiento y el desarrollo económicos, es necesario comprender las dinámicas demográficas. Las ideas de Malthus también han influido de forma fundamental en otras disciplinas. La teoría de la evolución de Darwin, tal como reconoció él mismo, se basa en las observaciones de Malthus sobre las tendencias naturales de los seres vivos a reproducirse. La observación detallada y paciente de la realidad detrás del trabajo del reverendo es también un buen ejemplo del método científico, fundamental para la Economía y disponible incluso para un hombre de fe como Malthus. La religión y la ciencia no tienen por qué ser enemigas.

Pero la cuestión de cómo Inglaterra alcanzaría la *sobrepoblación* fue más interesante que la cuestión de cuándo. Malthus entendió que la restricción dada por la disponibilidad de alimentos se traduce en «controles positivos» automáticos sobre el crecimiento de la población. Y estos no son controles agra-

dables; vienen en forma de hambre y hambrunas, enfermedades, epidemias y guerras. La tendencia natural de las poblaciones a crecer trae consigo la realidad casi inevitable de estos terribles controles. Y digo «casi» inevitable porque Malthus señaló que los humanos tenían la alternativa de los «controles preventivos», es decir, el control del crecimiento de la población sería un medio para reducir la natalidad antes de que se produjeran los controles automáticos del hambre, las enfermedades y las guerras.

Al explicar esta «carrera» entre el crecimiento de la población y el crecimiento de los alimentos y los recursos básicos, las teorías maltusianas proporcionan un marco simple pero poderoso para explicar la persistencia de la pobreza a lo largo de la historia de la humanidad. Si Adam Smith nos proporcionó una investigación sobre la riqueza de las naciones, Malthus nos dejó una gran «investigación sobre la pobreza de las naciones». En este sentido, las teorías maltusianas nos permiten comprender la constante recurrencia de hambrunas y guerras tan características de la historia de la humanidad. Una realidad común en todas partes, incluso en la Inglaterra de Malthus. De hecho, la realidad de la pobreza a su alrededor fue lo que motivó al reverendo en sus esfuerzos científicos. Pero lo que aprendió probablemente lo deprimió tanto como a otros: la realidad de la pobreza parecía ser una regla natural. Tan sombrías fueron las enseñanzas de Malthus que la Economía se convirtió en la «ciencia lúgubre».[3]

3. El término «ciencia lúgubre» aparece por primera vez en el tratado de 1849 de Thomas Carlyle, titulado *Discurso sobre la cuestión negra*. Carlyle no acuñó originalmente el concepto «ciencia lúgubre» como respuesta a las teorías económicamente influyentes de Thomas Malthus. Sin embargo, Carlyle sí que usó la palabra «lúgubre» en relación con la teoría de Malthus, cuyas teorías terminaron adjetivando como «lúgubre» el pensamiento económico de la época.

Malthus ha sido uno de los economistas más criticados de todos los tiempos. Muchos, claramente sin comprender completamente su legado, incluso lo han repudiado. En su época, Malthus criticó las Leyes de pobres, diseñadas para brindar asistencia a familias numerosas pobres. Esto, por supuesto, le trajo críticas al reverendo desde el principio. El reverendo criticó las Leyes de pobres no porque estuviera en contra de los pobres, sino porque tenía en mente un marco temporal mucho más largo que el de sus críticos. Para Malthus, la asistencia permanente a las familias numerosas pobres solo fomentaba una mayor natalidad, lo que a la larga agravaba el problema de la sobrepoblación. Y esto acercaría a todo el mundo, incluidos los pobres, a los «controles positivos» que Malthus tanto temía. Por el contrario, Malthus defendió una intervención más activa por parte del Estado, que debía gastar ese dinero en actividades que brindarían oportunidades de empleo a quienes no trabajasen, en lo que representa el embrión del pensamiento keynesiano que trataremos más adelante.

Malthus murió sin asimilar completamente el gran poder de la extraordinaria revolución que estaba teniendo lugar a su alrededor. La productividad agrícola siguió aumentando y las nuevas industrias proporcionaron más y más bienes disponibles para casi todos. Con la Revolución Industrial, Inglaterra evitó el escenario catastrófico descrito por Malthus. Probablemente por primera vez en la historia de la humanidad, los alimentos y la producción total crecían de manera constante en Inglaterra más rápidamente que la población total. El extraordinario aumento de la capacidad de producir riqueza material estaba elevando los ingresos medios per cápita y permitía que vastos segmentos de la población escaparan de una vida de mera subsistencia. Contrariamente a las predicciones de Malthus, los controles positivos de hambrunas, enfermedades y guerras empezaron a quedar relegados al pasado. Inglaterra logró escapar de la *trampa maltusiana* de la sobrepoblación.

La evolución de las circunstancias en Inglaterra, después de Malthus, parece haber demostrado que el reverendo estaba equivocado, o eso han argumentado sus críticos más feroces. Pero el legado de Malthus ha prevalecido. Inglaterra puede haber escapado de la trampa de la sobrepoblación, pero otras sociedades no lo hicieron. La historia está llena de ejemplos de dinámicas maltusiana en acción. Y globalmente, como veremos, Malthus no se equivocó.

Malthus y Ricardo eran muy buenos amigos y sus conocimientos económicos se complementan muy bien. La tendencia a la expansión de la población (explicada por el reverendo), junto con la teoría de la renta de la tierra de Ricardo, predice una dinámica de largo plazo caracterizada por salarios de subsistencia, ganancias ínfimas y todas las rentas concentradas en manos de los terratenientes (situación que los economistas llaman el estado estacionario). Este marco clásico proporciona una de las primeras, y hasta fecha más completas, formas de comprender no solo la desoladora realidad de la persistencia de la pobreza, sino también las crecientes desigualdades y los límites del crecimiento.

¿Hay mercado para todo? La oferta crea su propia demanda

Las ideas de Smith y Malthus tenían un claro enfoque en dinámicas a largo plazo. Smith estaba preocupado por la riqueza de las naciones, pero su comprensión de la riqueza se basaba en la capacidad a largo plazo de una economía para producir bienes. Y la fuente de esta riqueza, la especialización y mejora del trabajo humano, no era algo estático; era un proceso continuo. Asimismo, cuando Malthus se preocupaba por la pobreza, no le preocupaban mucho las políticas paliativas temporales a corto plazo, sino la comprensión de las causas profundas de la

persistencia de la pobreza a largo plazo. Este enfoque en dinámicas a largo plazo era radicalmente diferente al pensamiento económico anterior y es el sello distintivo de la economía clásica.

Otra preocupación del pensamiento económico clásico fue la posibilidad de la sobreproducción. En una economía en constante expansión, ¿se venderá todo lo que se produzca? ¿Y si se ofreciera demasiado de algo? ¿Hay mercado para todo? O en otras palabras, ¿cómo saber qué y cuánto producir? La mejor respuesta vino de *Jean-Baptiste Say* (1767–1832). En su *Tratado de economía política* (1803), Say argumentó que para la economía en general nunca podría haber una falta duradera de demanda o un «exceso de productos». Para Say, «los productos se intercambian por productos» y «los bienes constituyen la demanda de otros bienes», y el dinero es solo un medio de intercambio. Esto significa que el solo hecho de producir genera ingresos para recomprar ese producto. En otras palabras, la oferta crea su propia demanda; lo que desde entonces se conoce como la *ley de Say*. Por lo tanto, con mercados que funcionan bien, es poco probable que se dé una situación de sobreproducción en toda la economía.

De Say aprendemos cómo los mercados pueden autorregularse: una situación de sobreproducción tiende a corregirse. Esto sucede para un mercado único, ya que, cuando se suministra demasiado de un bien, su precio cae, lo que induce más demanda y menor oferta. Pero también ocurre en el conjunto de la economía: el sistema de precios reasigna recursos (es decir, tierra, capital y trabajo) de un sector a otro. Si un sector produce demasiado, los retornos de los recursos invertidos en ese sector caen y los propietarios de esos recursos los trasladan a sectores donde son más necesarios (es decir, donde los retornos son mayores). En general, los mercados garantizan que lo que se produce es exactamente lo que se necesita. La idea de los mercados autorregulados, explicada majestuosamente por

el economista francés, es la base de la teoría actual del equilibrio general de la economía moderna.

¿Quién recibe qué? Las dinámicas distributivas

Al final de la (primera) Revolución Industrial, las ideas económicas de Smith, Ricardo, Malthus y Say, entre otros, eran ya centrales para la Economía; se volvieron clásicas. Parecía claro que la verdadera riqueza material provenía del poder de la mejora constante del trabajo humano. Y también parecía claro que la libre empresa y el buen funcionamiento de los mercados desempeñaban un papel fundamental en el desencadenamiento de este poder. Sin embargo, era evidente también que el libre mercado no resolvería todos los problemas que afronta una sociedad. Incluso después de la Revolución Industrial, muchas personas en Inglaterra, como en otros lugares, siguieron viviendo vidas difíciles. Mientras algunos se hacían más ricos, otros seguían siendo desesperadamente pobres. En la Inglaterra postindustrial las desigualdades estaban aumentando.

La preocupación por las desigualdades y las dinámicas distributivas, como la de la calidad de vida más allá de la ganancia material, había sido de alguna manera secundaria a la cuestión de la fuente de la riqueza material en sí. Y esto es comprensible: para que se distribuyera la riqueza, primero había que crearla. Pero en la época postindustrial, la preocupación por quién obtiene qué era esencial. Los pensadores económicos postclásicos, que conoceremos pronto, pondrán precisamente un mayor énfasis en estas preocupaciones distributivas. Pero la primera piedra a este respecto la puso quien probablemente fue el último economista clásico prominente: *John Stuart Mill* (1806–1873). Mill era un hombre verdaderamente apasionado por aprender. Según parece, a la edad de tres años Mill ya leía griego antiguo. Pronto fue conocido como uno de los econo-

mistas más destacados y respetados de su época. Consciente de las crecientes desigualdades a su alrededor, dedicó la mayor parte de su trabajo a comprender la *distribución del ingreso* y averiguar cómo podría modificarse. Los economistas clásicos antes de Mill habían discutido el papel del estado, principalmente en términos de la función y los peligros de los impuestos (cosa que se discute tanto en *La riqueza de las naciones* de Smith como en *Sobre los principios de la economía política y la fiscalidad* de Ricardo). Pero Mill se apartó de las ideas predominantes y defendió que el estado debería tener un papel más fuerte en la economía, en parte para luchar por una mejor distribución de la renta.

Otra de las aportaciones de Mill fue su teoría del valor basada en los costes de producción, pero también teniendo en cuenta que, en algunos casos, si la demanda es relativamente más importante que la oferta, el precio subirá. Estas ideas fueron desarrolladas por los economistas neoclásicos que encontraremos más adelante. Finalmente, uno de los mayores legados de Mill fue organizar, conectar y explicar adecuadamente las diversas enseñanzas del pensamiento económico clásico, lo que no fue tarea fácil. Los escritos de Smith, Ricardo y Malthus, por muy innovadores que fueran, a veces carecían de una terminología y un orden adecuados. En sus *Principios de economía política* (1848) Mill hizo precisamente eso. Y el trabajo fue tan bueno que sus *Principios* se convirtieron en el libro de texto básico para aprender Economía durante décadas y hasta bien entrado el siglo XX.

Aunque Mill abogó por políticas que alteraran la distribución del ingreso, su comprensión de una economía que funcionase bien aún se basaba en las ideas clásicas de la necesidad de libre empresa y mercado. Sin embargo, para un nuevo grupo de pensadores económicos esto no era suficiente. Todo el sistema económico basado en el libre mercado tenía fallos y era necesario cambiarlo.

3. ¿Es el capitalismo la solución o el enemigo? Los heterodoxos clásicos

En la segunda mitad del siglo XIX parecía claro que el sistema económico no era tan fluido como habían predicho los economistas clásicos. Había inestabilidad y crisis. Peor aún, el sistema no estaba proporcionando prosperidad para todo el mundo. A pesar de los grandes avances en tecnología y productividad que estaban haciendo de Inglaterra un lugar más rico, no todos se estaban beneficiando. De hecho, mientras algunos se enriquecían, otros no solo seguían siendo desesperadamente pobres, sino que eran relegados a una vida de miseria. En la Inglaterra «industrial», las desigualdades estaban aumentando y para la mayoría de la población la calidad de vida estaba lejos de la prosperidad.

Londres no era ningún paraíso. Las condiciones de vida eran muy precarias y el estilo de vida industrial, bastante desolador. La jornada laboral se extendía durante dieciséis o dieciocho horas al día, todo por salarios que apenas garantizaban la subsistencia. La falta de infraestructura y planificación ante los cambios acelerados que se daban desencadenaba condiciones de vida insalubres. Para empeorar las cosas, los trabajadores de las fábricas no solo sufrían múltiples carencias materiales,

también sufrían una erosión espiritual; esa vida de trabajo duro y continuo los separaba de todo y destruía su espíritu humano. En esta espiral de degradación física y moral, el alcohol, el juego, la prostitución y el crimen se convirtieron en parte de la vida del nuevo proletariado urbano.

Charles Dickens describió probablemente mejor que nadie la cruda realidad de su tiempo, la contrahistoria de la magnífica Revolución Industrial que estaba teniendo lugar. «Coketown era una ciudad de ladrillos rojos, o ladrillos que habrían sido rojos si el humo y las cenizas lo hubieran permitido [...] Todos los días eran iguales, sin diferencia entre el ayer y hoy».[1]

Evidentemente, el viejo aparato teórico de los economistas clásicos ya no era del todo adecuado para dar cuenta de la realidad de la segunda mitad del siglo XIX. Si se estaba creando riqueza había un problema evidente con su distribución en la sociedad. Y el pensamiento económico clásico estaba claramente limitado para comprender los problemas de la clase trabajadora industrial. Mill, así como otros pensadores económicos posclásicos, comenzó a dudar de la armonía y los beneficios del sistema liberal basado en la empresa privada y el libre comercio (es decir, el sistema capitalista liberal).

La alienación del hombre. La fuerza oscura de la Revolución Industrial

París, 28 de agosto de 1844. Dos pensadores brillantes y devotos se encuentran en el Café de la Régence de la Place du Palais. Estos dos pensadores forjarán una amistad que los unirá de por vida, una de las amistades más fructíferas de la historia de las ciencias sociales. *Friedrich Engels* (1820–1895) conoce a *Karl*

1. Ver *Tiempos difíciles*, de Charles Dickens (1854).

Marx (1818–1883). Juntos, los dos filósofos alemanes se convertirán en quizás dos de los científicos sociales más influyentes del siglo XIX.

Engels ya era un conocido filósofo e historiador que a los veintidós años se había trasladado a Manchester, cerca de donde sus padres tenían fábricas textiles. Allí estudió en detalle la vida industrial de las grandes ciudades inglesas. En su ensayo sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845), Engels describe majestuosamente esta *alienación de los hombres*, evidente tanto en Londres como en todas las grandes ciudades inglesas. Individuos alienados que se apresuran entre la multitud para llegar a sus puestos de trabajo, indiferentes entre sí, sumergidos en la búsqueda de su propio interés, repitiendo la misma rutina día tras día y viviendo una vida miserable.

Platón y muchos después de él entendieron la historia de una manera idealista. Engels y Marx entendieron la historia de una manera radicalmente diferente. Para ellos, la historia de la humanidad no evoluciona de forma lineal, más bien lo contrario; la historia humana es un proceso de cambio constante, lleno de conmociones, contradicciones y luchas. La idea de Engels y Marx se basa en la *dialéctica* de *Georg Wilhelm Hegel* (1770–1831). Para Hegel, la dialéctica es el proceso mediante el cual la historia del pensamiento avanza hacia el descubrimiento de la verdad absoluta. El proceso se enfrenta a contradicciones que impulsan la gestación de nuevas ideas de forma cíclica. Un proceso con tres etapas: tesis, antítesis y síntesis. Engels y Marx aplicaron la dialéctica para comprender la historia humana; pero para ellos el motor de la evolución no eran las ideas, sino el desarrollo de las fuerzas productivas y las luchas sociales asociadas a estas. Así, para ellos, la historia de la humanidad era básicamente la historia de cómo los seres humanos se abastecían para su propia subsistencia. Al producir sus propios medios de supervivencia, los hombres producen indirectamente su propia vida material. Y esta vida depende

del modo de producción. En otras palabras, el modo de producción es un modo de vida. Aquello en lo que se convierten los hombres en su vida depende de las condiciones materiales del proceso de producción. Los pensamientos, las ideas y las creencias provienen del comportamiento material de los hombres, determinado por la forma en que se producen las cosas. La moral, la religión y las ideologías evolucionan junto con el modo de producción y el intercambio; la forma en que los factores de producción (es decir, tierra, capital y trabajo) se organizan para crear nuestros medios de subsistencia determina también la forma en que pensamos y vemos el mundo que nos rodea. En otras palabras, las circunstancias económicas son determinantes fundamentales de todas las relaciones sociales. En consecuencia, para comprender la evolución de las ideas e ideologías, las instituciones y el estado, las normas culturales y sociales y la historia de la humanidad misma, es necesario comprender la forma en que el modo de producción y el intercambio de bienes se han desarrollado a lo largo del tiempo y de sociedad en sociedad. Esto significa que todos los eventos históricos tienen sus raíces en las dinámicas materiales. Debido a que el modo de producción no es estático, sino que se desarrolla con el tiempo, las normas, los arreglos sociales y las instituciones políticas también están en constante cambio. Por tanto, no hay «leyes naturales», como pensaban los clásicos; las leyes que gobiernan una sociedad son relativas, temporales y están directamente relacionadas con la forma en que se produce la riqueza material.

La implicación de la comprensión materialista de la historia (lo que llamamos *materialismo histórico*) es que el «sistema» no es inmutable, sino simplemente un resultado de cómo los hombres deciden organizar la producción. Según Marx, el sistema capitalista estaba destinado a colapsarse; mejores formas de organizar la producción habrían de llegar.

Una lucha de clases. Los fallos del sistema

A mediados del siglo XIX, las precarias condiciones de la clase trabajadora industrial, junto con la creciente riqueza de unos pocos, no eran solo propias de Inglaterra. La situación era similar en otros países europeos, lo que generaba tensiones sociales a ambos lados del canal de la Mancha y provocaba incipientes revueltas en Europa. En Francia, el 22 de febrero de 1848, estas revueltas cobraron fuerza.[2] Ese día, el pueblo de París se levantó en insurrección y comenzó lo que se conoció como la Revolución de Febrero, que finalmente condujo al derrocamiento del rey Luis Felipe más tarde ese año, a la instauración de la Segunda República en Francia y al ascenso al poder de Napoleón III.

Las revueltas en París, como en otras partes de Europa, fueron impulsadas principalmente por una clase trabajadora frustrada. El descontento social generalizado exigía nuevas organizaciones socioeconómicas. Los movimientos socialistas y anarquistas estaban ganando impulso y presionaban para conseguir reformas políticas.

Pero las demandas de cambio requerían al mismo tiempo nuevos conocimientos teóricos capaces de explicar las deficiencias del sistema, así como de diseñar uno mejor. Mientras aumentaban las críticas al pensamiento económico clásico y sus predicciones de riqueza y prosperidad para todos, las ideas socialistas ganaban popularidad, tanto en Francia como en el resto de Europa.

Fue precisamente Karl Marx el encargado de reinterpretar el conjunto de herramientas de análisis económico desarrollado por los clásicos. Al hacerlo, Marx trató de dar una explicación completa de las causas económicas fundamentales del

2. De regreso a París en 1847, Engels fue una figura clave en las revueltas de 1848.

descontento social generalizado que lo rodeaba. Un descontento social enraizado en una constante *lucha de clases*, inherente a cualquier sistema económico a lo largo de la historia de la humanidad. Durante la edad media, esta lucha de clases tuvo lugar entre terratenientes y campesinos. Bajo el sistema industrial, la lucha de clases se manifestaba en el enfrentamiento entre capitalistas y proletariado.

Basándose en la dialéctica de Hegel y el materialismo histórico desarrollado con Engels, Marx concibió tanto la historia como la Economía en términos dinámicos. Según Marx, la Economía es el estudio de las leyes que explican la producción y el intercambio de bienes materiales, cuyas condiciones cambian de sociedad en sociedad y a lo largo del tiempo. Por tanto, la Economía, para Marx, es principalmente una ciencia histórica en constante cambio. Con cada arreglo diferente en las condiciones de producción e intercambio aparecen nuevas reglas y dinámicas. Y un buen economista es quien puede comprender cómo funcionan estas nuevas reglas y dinámicas y por qué cambian.

Sin duda, Marx ha sido uno de los economistas más grandes e influyentes de los últimos siglos. La vida de Marx explica su trabajo. Nacido en Trier, Alemania, dedicó su vida a comprender el sistema socioeconómico que lo rodeaba, prestando especial atención a sus consecuencias en la vida de los hombres comunes. Marx fue al mismo tiempo filósofo y activista. Vivió en constante exilio, primero en Berlín, luego en París, donde terminó perseguido, y finalmente en Londres, donde moriría. Era un apasionado del pensamiento económico. Estudió con detenimiento todos los libros clásicos y pasaba horas, día tras día, en las salas de lectura del Museo Británico. Aunque nació en una familia adinerada, murió en la pobreza, subsistiendo gracias al apoyo de su amigo Engels. A diferencia de los pensadores económicos clásicos, cuando Marx escribió sobre la pobreza, lo hizo desde la experiencia de su propia vida.

Como el gran filósofo y científico que fue, Marx trabajaba con dos grandes herramientas. Por un lado, usaba todos los nuevos avances en el conocimiento económico. Y por otro, observaba detalladamente la realidad que le rodeaba. Por lo tanto, su análisis teórico se basa en el pensamiento económico clásico, al que también critica. En *El capital* (*Das Kapital*) (1867), Max reinterpreta el marco económico de Smith y Ricardo e intenta explicar las causas fundamentales de las miserias de la vida industrial. Marx es uno de los economistas clásicos y al mismo tiempo se le considera uno de sus críticos más feroces.

Marx, como los clásicos, ve el trabajo como la única fuente de riqueza. Pero Marx se centra en la retribución de ese trabajo en una sociedad industrial gobernada por la propiedad privada y la necesidad de capital. Así, Marx ve claros antagonismos o *contradicciones* latentes en el modo de producción capitalista. La primera contradicción está relacionada con la pro-



Fig. 4. La dura vida industrial y las grandes desigualdades de finales del siglo XIX y principios del XX desembocaron en movilizaciones sociales en toda Europa.

piedad de los medios de producción y su organización; los propietarios de los medios de producción y los que trabajan con ellos se dividen en diferentes grupos sociales. El mismo proceso de división y especialización del trabajo que trajo maravillosos aumentos en la productividad, y la fuente de riqueza según Smith, también intensificó las interdependencias y los conflictos entre intereses de diferentes clases sociales. El modo de producción capitalista se organiza sobre la base de relaciones de propiedad que son privadas, pero el proceso de producción requiere interacciones de naturaleza cooperativa. Por tanto, la tensión es constante e inherente al sistema.

Otra contradicción se relaciona con el proceso de acumulación en sí. Como hemos visto en capítulos anteriores, el proceso de acumulación de capital es fundamental para la productividad y el crecimiento económico. Pero, según Marx, en una sociedad capitalista la necesidad de capital requiere un mayor *excedente*, generado por los trabajadores, y que el capitalista se «apropia». Este proceso conduce inevitablemente al colapso del propio sistema. En pocas palabras, mientras que el progreso tecnológico y el crecimiento de la productividad requieren una constante acumulación de capital, la competencia en los *mercados libres* hace bajar los precios reales, lo que reduce constantemente la compensación al trabajo. Además, la especialización conduce a tareas rutinarias y repetitivas que pueden ser reemplazadas fácilmente, ya sea por trabajadores más baratos o por máquinas que reemplazan la mano de obra. Todo esto conduce a un aumento del número de desempleados y a una disminución de los salarios, lo que se traduce en una «producción por el bien de la producción» y en una demanda insuficiente de lo que se produce.

Las contradicciones del capitalismo están directamente relacionadas con el proceso de acumulación y conducen a la alienación de los trabajadores. Además, las contradicciones nacidas de las relaciones capital-trabajo, por un lado, y de las re-

laciones sociedad-naturaleza, por otro, se traducen en privaciones e insostenibilidad. Así, la dinámica interna del sistema explicaría la desigualdad y la pobreza que Marx veía a su alrededor; el sistema industrial era para Marx la causa fundamental de las precarias condiciones de vida de la clase trabajadora. Por lo tanto, se necesitaba una reformulación del sistema y era la clase trabajadora quien debía liderar el cambio.

Un legado duradero

Los escritos de Engels y Marx inspiraron a muchos pensadores que también moverían los límites del pensamiento económico.[3] Tras Engels y Marx, otro filósofo alemán, *Max Weber* (1864–1920), desempeñaría un papel importante. Considerado uno de los padres de la sociología moderna, Weber, según él mismo un «economista político», contribuyó significativamente a nuestra comprensión del desarrollo de las sociedades industriales modernas, así como de las precondiciones sociopolíticas para el surgimiento del capitalismo. Según Weber, las reformas protestantes en el norte de Europa a partir del siglo XVI y la «ética de trabajo protestante» dieron lugar a la necesaria actitud positiva hacia el trabajo duro y el espíritu empresarial privado. Así, siguiendo las ideas de Weber, la fuente de la riqueza estaría enraizada tanto en la organización del trabajo, como explicaban Smith y los clásicos, como en el cambio cultural.

Rosa Luxemburgo (1871–1919) también se basaría en las enseñanzas de Engels y Marx. De origen polaco pero nacionalizada alemana, Rosa Luxemburgo, al igual que Weber, tam-

3. *Rosa Luxemburgo* (1871–1919), *Michał Kalecki* (1899–1970), *Paul Baran* (1909–1964) y *Paul Sweezy* (1910–2004) son algunos de estos economistas marxistas tempranos.

bién reexaminó el origen de la riqueza de las naciones a la luz del materialismo histórico de Engels y Marx. Pero a diferencia de Weber, Luxemburgo no se centró en el cambio cultural; para ella, estaba claro que el proceso de acumulación de capital y la división y especialización del trabajo requerían una expansión constante más allá de las fronteras nacionales. La producción en masa exige la entrada continua de materias primas, y el excedente de producción necesita mercados extranjeros. Así, el capitalismo se basa en la expansión constante y la explotación a escala internacional; el imperialismo es, por tanto, la máxima expresión del capitalismo.

Cuando Rosa Luxemburgo publicó *La acumulación del capital* en 1913, la Primera Guerra Mundial estaba a punto de estallar. Fueron años difíciles y tumultuosos en Europa. Tiempos no fáciles para entretenerse con la filosofía. En una era de angustia social, el legado del pensamiento marxista iría más allá de la reflexión; también impulsaría el deseo de cambios institucionales profundos en muchos países. Así, Rosa Luxemburgo, como muchos otros científicos sociales de la época, también fue una fuerte activista convencida de la necesidad de un cambio. El precio que pagaría por sus ideas revolucionarias sería, como para muchas otras personas, su vida.[4] Pero a principios del siglo XX, las revoluciones socialistas eran imparables y se habían extendido por toda Europa hasta Rusia. Allí, en 1918, la revolución socialista tendría su victoria más importante y duradera. No en Alemania, como esperaba Marx, dado su mayor desarrollo industrial, sino en Rusia. Pero no fue una coincidencia que esto sucediera en Rusia; la pobreza generalizada coexistía con las riquezas más grandes del imperio zarista en una sociedad muy desigual. Antes que víctimas, los zares y las élites rusas fueron los principales responsables del levanta-

4. Rosa Luxemburgo fue una de las líderes del los movimientos marxistas durante la Revolución Alemana. Como muchos, acabó ejecutada.

miento de las masas rusas. Rusia y el mundo verían el comienzo de un sistema económico radicalmente nuevo, el comunismo, que en la segunda mitad del siglo alcanzaría a casi la mitad del mundo. Incluso en aquellos países donde el comunismo no triunfó, las revoluciones socialistas de finales del siglo XIX y principios del XX sembraron la semilla para el desarrollo de sociedades más igualitarias y cohesionadas.

Todo el mundo conoce a Marx, pero la mayoría de la gente malinterpreta la economía marxista. Aquellos que apoyan a Marx generalmente lo ven más como un profeta que como el filósofo y científico que fue. De manera similar, quienes lo critican tienden a apoyarse en la interpretación que otros hacen de su trabajo más que en su contribución real a las ciencias sociales. Por lo tanto, a menudo se critica a Marx por cosas que ni siquiera dijo o hizo. Criticar es fácil; leer *El capital*, *La acumulación del capital* u otros escritos marxistas clásicos no lo es. Los críticos son incapaces de reconocer cuánto le debemos al marxismo por su cuidadoso análisis de dinámicas sociales. *El capital*, así como otras contribuciones marxistas, es una necesidad para todos los que estén realmente interesados en comprender cómo funciona y evoluciona el sistema económico. Muchos de los conceptos e ideas económicos dominantes en la actualidad, como por ejemplo los relacionados con la acumulación de capital y el ciclo económico, están de hecho arraigados en las enseñanzas marxistas. La renovada preocupación de hoy en día por las altas tasas de desempleo y las crecientes desigualdades también resuena en el análisis de Marx. Muchos grandes economistas y pensadores sociales posteriores a Marx, tanto en los bordes críticos de la disciplina como en su corriente principal, deben mucho a los escritos de los «clásicos heterodoxos».

4. Recursos escasos para necesidades ilimitadas. Los neoclásicos

¿Por qué necesitamos mercados? ¿Qué tienen de especial los mercados que hoy en día ninguna economía perdura sin ellos? ¿Por qué, para satisfacer nuestras necesidades, domina hoy el sistema basado en el mercado? ¿No hay un sistema mejor? ¿Un sistema que me dé todo lo que quiero?

Desafortunadamente, no podemos tener todo lo que queremos. Ni con los mercados ni con ningún otro sistema. Los seres humanos tenemos necesidades y deseos ilimitados. Sin embargo, los recursos son, por definición, limitados. La pregunta que surge entonces es la de qué necesidades específicas satisfacer y cómo hacerlo. No es una pregunta trivial; implica tensión. Nos guste o no, vivimos en una lucha constante por encontrar más recursos para satisfacer nuestras necesidades. Pero, ¿cómo sabemos quién tiene acceso a qué recursos? ¿Deberíamos luchar todos (hasta morir si fuera necesario) para amasar más recursos para satisfacer un mayor número de nuestras propias necesidades? Tribus, pueblos, naciones e imperios lucharon durante milenios, invadiéndose y matándose unos a otros para apoderarse de cada vez más recursos. Todavía lo hacemos hoy; lamentablemente, en muchos lugares los recursos

se apropian por la fuerza y la violencia. Sin duda, esto debería evitarse. ¿Pero cómo? ¿Alguien debería decirnos a cada uno de nosotros qué necesita satisfacer y cómo? Los reyes despóticos y los gobernantes tiránicos a lo largo de la historia explotaron sus tierras y pueblos para acaparar tanto como pudieron y dejaron al resto viviendo en la miseria. Pero hay otra manera; podemos trabajar para ganar nuestros recursos y comerciar con otros para satisfacer nuestras diferentes necesidades.

Desde alrededor de la década de 1870 en adelante, el mundo experimentó lo que ahora llamamos la «primera ola de globalización». La industrialización se extendió a muchos países, incluida la mayor parte de la Europa Occidental, Estados Unidos y Japón, con un aumento de la producción total y una expansión de los mercados a escala mundial. Y con la expansión económica, el optimismo volvió al pensamiento económico. Como diría William Barber, «las llamadas de Casandra de Marx y sus precursores clásicos sobre las probables consecuencias del crecimiento para la condición de la clase trabajadora parecían estar fuera de lugar». A pesar de las crecientes desigualdades, los niveles de vida iban en aumento y el capitalismo no mostraba signos de colapso, más bien todo lo contrario.

Con la globalización económica, el pensamiento económico también tuvo nuevos desarrollos. El optimismo sobre la dinámica del mercado de las últimas décadas del siglo XIX llevó a un nuevo grupo de economistas a mirar atrás y recuperar las ideas centrales de los clásicos. Así, y en contraste con la economía marxista, la economía clásica dibujaba un sistema que funcionaba bien. Smith, Ricardo y los clásicos de finales del siglo XVIII y principios del XIX creían en algunas leyes naturales que gobernaban la dinámica económica (algo que Marx había rechazado). Un siglo después, los economistas neoclásicos recuperaron estas creencias y buscaron expandir y formalizar estas leyes naturales para comprender mejor el funcionamiento de la economía. Pero a diferencia de sus predecesores, los econo-

mistas neoclásicos pusieron mucho menos énfasis en las preocupaciones clásicas por la riqueza de las naciones y el crecimiento a largo plazo, o en la lucha de clases de las tradiciones marxistas. El objetivo ahora era comprender el comportamiento de los agentes económicos y, por tanto, el funcionamiento de los mercados. La atención se centró más en las decisiones de la vida diaria de los individuos que en la evolución de la sociedad. La microeconomía, en el pensamiento neoclásico, eclipsó a la macroeconomía.

Los economistas neoclásicos entendieron la Economía más como una ciencia natural con conceptos universales y leyes que rigen fenómenos específicos que podrían entenderse de forma aislada. La modelización abstracta y el uso del análisis matemático y gráfico se pusieron de moda. Por el contrario, el enfoque en las evoluciones históricas y las especificidades del contexto social, tan central en las tradiciones clásicas, y especialmente en la marxista, se fue perdiendo progresivamente. El enfoque del estudio cambió tanto que ahora solemos referirnos a la Economía como la ciencia que se ha desarrollado desde las modelizaciones abstractas de los neoclásicos, en contraste con la Economía Política de la tradición clásica (incluida la rama marxista).

El enfoque en el comportamiento individual surgió con una renovada preocupación por el papel de los mercados en la asignación de recursos escasos a las necesidades aparentemente ilimitadas de la sociedad, en una época en que la producción industrial permitía una variedad cada vez mayor de bienes. Así, la Economía, para los pensadores neoclásicos, se convirtió en el estudio de la *asignación de recursos*. Para los clásicos, la empresa privada y el libre comercio en mercados que funcionan bien podrían sacar lo mejor de los agentes económicos en beneficio de toda la nación. Los economistas neoclásicos pretendían explicar con más detalle esta capacidad del sistema de mercado para asignar los recursos de una economía. El econo-

mista inglés *Lionel Robbins* (1898–1984) definió la economía como «la ciencia que estudia el comportamiento como una relación entre deseos ilimitados y recursos limitados que tienen usos alternativos».

A pesar de este enfoque en el funcionamiento de los mercados, con el pensamiento neoclásico la Economía se convirtió en una ciencia más universal, con conceptos específicos y herramientas analíticas compartidas. Paralelamente, y en contraste con las preocupaciones pasadas de teóricos como Malthus y Marx, el nuevo optimismo hizo que la Economía fuera menos lúgubre en su conclusión. Con todo, las contribuciones de los economistas neoclásicos son ahora los fundamentos del análisis económico moderno. Sus conceptos clave y su análisis de los mercados son tan esenciales en la disciplina que suele ser lo primero que encontramos hoy en casi cualquier libro de texto de introducción a la Economía.

La utilidad es lo que importa. La revolución marginalista

Se considera que al menos tres escuelas independientes y significativamente diferentes dieron origen al pensamiento económico neoclásico que se desarrolló desde la década de 1870. Se trata de la Escuela de Cambridge, con la dirección de *Stanley Jevons* (1835–1882) y *Alfred Marshall* (1842–1924), la Escuela Austriaca de Economía, que empezó con *Carl Menger* (1840–1921), y la Escuela de Lausana, dirigida por *Léon Walras* (1834–1910). Pero contribuciones neoclásica pioneras también vinieron de Estocolmo y Estados Unidos. Así, en contraste con el pensamiento económico anterior, en un mundo globalizado las contribuciones neoclásicas provenían de diferentes escuelas alrededor del planeta. Además, las contribuciones se compartieron, modificaron y mejoraron más fácil y rápidamente.

Pero antes de Jevons, Menger y Walras, la economía neoclásica encuentra sus raíces en los escritos de varios pensadores a quienes la historia del pensamiento económico da menos crédito del que merecen. A finales del siglo XVIII, filósofos como *Jeremy Bentham* (1748–1832) y su alumno John Stuart Mill (a quien ya conocimos) introdujeron la idea de que el valor de las cosas depende de la satisfacción que producen; la *utilidad* de las cosas: una idea central para el análisis económico moderno. Para Bentham, «es la mayor felicidad del mayor número lo que mide el bien y el mal».

Pero, ¿cómo se relaciona exactamente esta utilidad con el precio o el valor de las cosas? Seguro que el agua tiene más utilidad que los diamantes, pero los diamantes tienen un precio más alto. ¿Por qué? Esta es una paradoja que los economistas clásicos no conseguían explicar. Y es que para entender el valor y los precios del bien no es la utilidad total lo que importa, sino la *utilidad marginal*: la satisfacción producida en el margen (es decir, por una unidad adicional). El agua puede tener un mayor valor total (es decir, utilidad) que los diamantes, pero, dada su escasez, los diamantes tienen una mayor utilidad *marginal* y, por lo tanto, un precio más alto. Así, el *marginalismo* nos ayuda a explicar la discrepancia en el valor (total) y el precio de los bienes, ya que para este último lo que importa es la utilidad marginal. El pensamiento marginalista representa una revolución radical en el análisis económico al entender la demanda como determinante del valor de cambio, en contraste radical con la teoría objetiva del valor de los clásicos. Esta *revolución marginalista* se encuentra en las obras de economistas como *Hermann Gossen* (1811–1858) y *Arsène Dupuit* (1804–1866), considerados como algunos de los principales precursores de la economía neoclásica.[1] Gossen, nacido en lo que en-

1. Entre los *protomarginalistas*, según el sitio web de Historia del Pensamiento Económico (HET) (www.hetwebsite.net), se encuentran algunos de los

tonces era la Renania prusiana ocupada por los franceses, nos dejó enseñanzas que estuvieron a punto de desaparecer. Se dice que el propio Gossen ordenó quemar todos los ejemplares de su obra debido a las frustraciones de sus últimos años. En 1878, una copia de su tratado de 1854 fue redescubierta en el Museo Británico. Su importancia fue tal que sirvió como piedra angular en los futuros desarrollos. Pero, ¿por qué era tan importante el trabajo de Gossen? El trabajo teórico de Gossen generalmente se sintetiza en dos (más una) leyes. La primera afirma que todas las necesidades disminuyen en intensidad a medida que se satisfacen, la idea actual de *utilidad marginal decreciente*: el consumo creciente de un bien produce una menor satisfacción adicional. La segunda ley establece que todo individuo que intente satisfacer muchas necesidades de distinta naturaleza, y con una cantidad fija de recursos, tenderá a distribuir su gasto de manera que la satisfacción producida por cada gasto sea la misma entre las necesidades: la idea actual de que la máxima satisfacción se alcanza cuando la asignación de recursos entre bienes conduce a utilidades marginales similares. La ley adicional, o tercera ley de Gossen, según Friedrich von Hayek, con quien nos encontraremos más adelante, establece que un bien tiene valor solo cuando su demanda excede su oferta: la idea de escasez que da valor a los bienes.

Otro de los principales precursores del pensamiento económico neoclásico fue el matemático francés *Augustin Cournot* (1801–1877). En sus *Investigaciones acerca de los principios matemáticos de la teoría de las riquezas* (1838), Cournot hizo varias

---

pensadores de la Ilustración del siglo XVIII, como *John Law* (1671–1729), *Richard Cantillon* (1680–1734), *Daniel Bernoulli* (1700–1782), *Étienne Bonnot de Condillac* (1714–1780), *Anne-Robert-Jacques Turgot* (1727–1781) y *Jeremy Bentham* (1748–1832), y algunos de los utilitaristas italianos; también economistas franceses del siglo XIX, como Say, Cournot y Depuit, y sus homólogos alemanes, como *Johann von Thünen* (1780–1850) y *Karl Rau* (1792–1870).

contribuciones al análisis económico teórico, con un uso casi sin precedentes de las matemáticas. Como Gossen, Cournot reconoció la escasez, pero definió la fuente del valor en «la utilidad del artículo»; la capacidad de un bien dado para satisfacer una necesidad. En esta línea, también profundizó en la diferencia entre precios absolutos y precios relativos. También entendió que la demanda de diferentes bienes reacciona de manera diferente a cambios en sus respectivos precios; mientras que en algunos bienes una reducción de su precio conduce a un aumento drástico de su demanda, en otros bienes la demanda apenas cambia. A partir de las ideas de Cournot, estudiamos esta *elasticidad* de los diferentes bienes. Cournot también fue uno de los primeros en estudiar la interdependencia entre oferta y demanda, así como entre diferentes mercados y fenómenos económicos. Además, Cournot estudió las implicaciones de diferentes tipos de mercados. En lugar de centrarse en la competencia perfecta (es decir, una situación de varios vendedores y compradores, sin que ninguno tenga un poder de mercado significativo), el economista francés analizó situaciones de competencia imperfecta, donde, por ejemplo, uno de los pocos agentes domina el mercado. A partir de sus estudios, aprendimos cómo un mercado dominado por un vendedor (es decir, un *monopolio*) o por pocos de ellos (es decir, un *oligopolio*) puede conducir a resultados colectivos subóptimos.

La tradición clásica, en tiempos en los que la principal preocupación era la riqueza de las naciones, y cuando la producción industrial ocupaba un lugar central, ponía el trabajo humano como fuente última de valor. Ahora, en un mundo globalizado, el mercado se ha convertido en la estrella clave de la película. En consecuencia, para Bentham, Grossen, Cournot y muchos después de ellos, la fuente del valor pasó del trabajo al bien mismo. En cierto modo, para los economistas neoclásicos, el viejo debate sobre la fuente del valor y la rique-

za era engañoso; en una economía de mercado, la medida del valor viene dada por el mismo mercado. En particular, la fuente del valor (y la riqueza) se basa en la escasez relativa y en la capacidad de los bienes de satisfacer necesidades, reflejada en los precios de mercado. En otras palabras, le corresponde al mercado decir cuál es el valor de las cosas (y la riqueza de las naciones). Y este valor no necesita ser algo fijo; evoluciona con las mismas dinámicas del mercado.

Nada es gratis en Economía. El verdadero coste de las cosas

«No hay almuerzo gratis en Economía», dicen los economistas. ¿Pero por qué? ¿No son algunas cosas gratis? No, en Economía todo tiene un coste. ¿Un paseo por el parque también? ¿Una charla con un amigo? ¿Dormir? Sí, todo eso tiene un coste. Si los recursos son escasos, cada vez que elegimos usar nuestros recursos para producir o hacer algo, no estamos usando esos recursos para producir o hacer *otra cosa*. El tiempo que tardamos en pasear por el parque, charlar con un amigo o dormir un poco más consume recursos que ya no se pueden utilizar. El tiempo gastado se ha ido; no podemos usarlo para hacer otra cosa. Esa charla con un amigo es un tiempo que no se usa para conversar con otro amigo.

David Ricardo había entendido los sacrificios que hacemos cuando asignamos nuestros recursos limitados a una actividad determinada. Incurrimos en el sacrificio de no darles un uso alternativo. En esta idea se basa la teoría de Ricardo sobre la ventaja comparativa y el libre comercio. Los economistas neoclásicos, en su enfoque en la asignación de recursos, recuperaron esta idea de sacrificios en la asignación de recursos. Llamaron a este coste incurrido por no disfrutar del beneficio de la mejor alternativa el *costo de oportunidad* de las cosas. El

paseo por el parque, la charla con un amigo y todo lo que hacemos tiene un coste de oportunidad: el sacrificio de no hacer otra cosa. Como dijo una vez *Benjamin Franklin* (1706-1790), «el tiempo es dinero». Nada es verdaderamente gratis.

En consecuencia, tanto para los individuos como para las naciones, y de acuerdo con la lógica del coste de oportunidad, la eficiencia se basa en la asignación de recursos en los mejores usos relativos, es decir, donde el sacrificio (es decir, el coste de oportunidad) es menor. Pero, en el ámbito social, ¿cómo hacerlo de forma colectiva, ordenada y descentralizada (evitando la tiranía de los gobernantes)?

A finales del siglo XIX varios economistas británicos trabajaron para recuperar y formalizar las principales ideas de sus compañeros predecesores clásicos. Dedicaron grandes esfuerzos a explicar en detalle las dinámicas del mercado y la formación de precios. Entre estos economistas neoclásicos se encontraban Stanley Jevons, Alfred Marshall, *Arthur Pigou* (1877-1959), sucesor de Marshall como profesor de Economía Política en la Universidad de Cambridge, y otros de la Escuela de Cambridge. Basándose en las ideas de Cournot y Gossen, estos economistas estudiaron el poder de los mercados para asignar recursos. Para ellos, como para sus sucesores, para asignar los recursos de manera eficiente, los mercados eran la respuesta.

Los precios, en mercados perfectamente competitivos, son el resultado de las *fuerzas de la oferta y la demanda* y, por lo tanto, básicamente el resultado de la interacción entre costes y preferencias. Además, los mercados que funcionan bien son estables: los mercados se autorregulan y los cambios en el precio reflejan cambios en la oferta o la demanda. Y hacen esto por su cuenta; es la mano invisible de Adam Smith y lo que Marshall formalizó en su *teoría del equilibrio parcial*. Pero, lo que es más importante, al reflejar la interacción entre costes y preferencias, los mercados que funcionan bien también son eficientes en la

asignación de recursos. Esto es lo que nos enseña la economía neoclásica.

Pero los mercados no siempre conducen a resultados eficientes. Al estudiar con devoción la dinámica del mercado, economistas como Marshall y Pigou comprendieron la posibilidad de *fallos del mercado*. Un fallo de mercado consiste, en pocas palabras, en una situación en la que los intereses privados y sociales no están alineados, lo que da como resultado equilibrios de mercado (es decir, precio y cantidad) subóptimos desde una perspectiva social. Esto puede ocurrir, por ejemplo, cuando los beneficios o los costes de una transacción de mercado no van a parar a los involucrados en esa transacción, sino a un tercer agente externo a dicha transacción. En este caso, decimos que el mercado falla debido a una *externalidad*. Sin embargo, a pesar de la posible existencia de fallos de mercado, para Marshall y otros, los mercados, la empresa privada y el libre comercio eran fundamentales, como habían defendido los economistas clásicos. Los mercados, como explica la economía neoclásica, asignan los recursos de la manera más eficiente dirigiéndolos a los usos socialmente más beneficiosos. Además, los mercados son los que permiten la especialización y la división del trabajo, tan fundamental para la prosperidad, como nos ha enseñado Smith.

Se dice que Marshall era un gran admirador de J. S. Mill. Y como discípulo que supera a su maestro, los *Principios de economía* de Marshall sustituyeron a los *Principios de economía política* de Mill como principal libro de texto de Economía. El trabajo de Marshall fue tan impresionante y abarcador que sus *Principios* se utilizarían para enseñar Economía durante muchas décadas, incluso tras su muerte.

El consumidor manda. Maximizar la utilidad

Con el análisis de Marshall entendemos cómo se autorregula un mercado, tendiendo constantemente a un equilibrio entre las fuerzas de la oferta y la demanda. Pero, ¿qué pasa con varios mercados? ¿Todos los diferentes mercados de una economía, en su conjunto, también autorregulan estas fuerzas entre todos los mercados? En otras palabras, ¿puede un mercado estar en equilibrio y otro no? ¿Qué nos dice el equilibrio en un mercado, por ejemplo el de las naranjas, sobre el equilibrio de otro mercado, por ejemplo el del vino?

Responder a estas preguntas fue tarea de otro gran economista neoclásico: Léon Walras. De origen francés, Walras se trasladó a Lausana en 1870, donde algunos años más tarde, en 1874, publicó *Elementos de economía pura*. Auguste Walras, economista, padre y mentor de Léon, debió de estar muy orgulloso de su hijo. Los Walras, padre e hijo, entendieron el valor de las cosas de una manera sencilla pero poderosa y emblemática de la economía neoclásica: la medida de las dificultades a las que se enfrenta el ser humano al intentar satisfacer una necesidad. Y en una economía de mercado esto se refleja en el precio. Así, mientras Marshall desarrolló la teoría del equilibrio parcial basándose en las ideas de Cournot, Walras trabajó en las interdependencias entre los mercados para desarrollar una generalización multimercado del modelo de equilibrio parcial: *la teoría del equilibrio general*, fundamental para el análisis económico moderno. De acuerdo con la teoría del equilibrio general, bajo «un régimen de competencia perfecta», las fuerzas del mercado conducen a un equilibrio alcanzado en todos los mercados simultáneamente. Walras entendió que la economía funciona como un flujo circular, en el que cada precio actúa como un ingreso y a su vez como un coste y un gasto en otro mercado. Esta interdependencia de todos los precios en un sistema económico significa que, así como se dan equilibrios

parciales en cada mercado, también se da uno en todos los mercados en su conjunto. Además, esto también significa que el sistema de precios captura las dificultades relativas (es decir, el valor) de los bienes. En otras palabras, los precios relativos capturan los costes de oportunidad.

La idea de equilibrio general significa que no solo el sistema de precios refleja la interacción entre los costes y los deseos, sino también que el mercado, en conjunto, impulsa los recursos hacia el mejor uso posible. Según *Vilfredo Pareto* (1848–1923), discípulo de Walras, una asignación es eficiente si no existe una posible reasignación que mejore a alguien sin empeorar a otro. O puesto al revés, siempre que una asignación permita mejoras sin un sacrificio necesario, esa asignación no es *Pareto-eficiente*; es subóptima. Los mercados y el sistema de precios conducen a una asignación de recursos que es precisamente Pareto-eficiente. Además, si la fuente del valor (y la riqueza) se basa en la escasez relativa y en la capacidad de los bienes de satisfacer necesidades, reflejada en los precios de mercado, es en última instancia el consumidor, al maximizar su utilidad, quien decide qué tiene valor y en qué cantidad.

El debate es saludable

El conocimiento científico, en Economía como en cualquier otra ciencia, no es lineal ni uniforme; requiere confrontar teorías, recibir críticas y debate. En el pensamiento económico neoclásico, esto fue proporcionado en gran medida por varios economistas austriacos, incluidos *Eugen von Böhm-Bawerk* (1851–1914), *Friedrich von Wieser* (1851–1926), *Francis Edgeworth* (1845–1926) y otros discípulos de Carl Menger. Con un espíritu similar al de otros economistas neoclásicos, pero en contraste con la tradición histórica alemana, Von Böhm-Bawerk y sus colegas trabajaron en formalizaciones matemáti-

cas en busca de una ciencia pura. Entre otras cosas, hicieron hincapié en el papel fundamental de la acumulación de capital y bienes productivos en la creación de riqueza. Pero, dado que la acumulación de bienes y capital requiere tiempo e inversiones para producirse, las economías se enfrentan a una disyuntiva a corto plazo entre el deseo de consumir y la necesidad de ahorrar para expandir la producción y el consumo futuro. Así, la Escuela de Viena destacó la importancia de la tasa de interés (es decir, el precio del capital) para alcanzar un equilibrio entre ahorro e inversión. Este énfasis en el capital, el ahorro, las inversiones y la tasa de interés serviría como base de probablemente uno de los mayores debates del siglo XX entre el pensamiento económico de Viena y el de Cambridge. Y en particular, entre dos gigantes del pensamiento económico del siglo XX: *Friedrich von Hayek* (1899–1992) y *John Maynard Keynes* (1883–1946).

El debate también llegó desde el otro lado del Atlántico. En Estados Unidos, The New School (of Social Research) atrajo a autores como *Thorstein Veblen* (1857–1929), *Charles Beard* (1874–1948), *James H. Robinson* (1863–1936) y *John Dewey* (1859–1952), entre otros. Estos autores criticarían muchos de los supuestos centrales del análisis neoclásico estándar, como el comportamiento racional y el pensamiento marginalista. En esta línea, muchos, como Veblen, abogaron por una disciplina puramente objetiva centrada más en describir y explicar los fenómenos sociales, que en consideraciones normativas.

¿Es suficiente la eficiencia? O el debate entre eficiencia y equidad

¿Es la eficiencia suficiente para definir como bueno un sistema de asignación de recursos? ¿Es la eficiencia el único criterio relevante? ¿O deberíamos pedir más?

Al estudiar los mercados, la mayoría de los economistas neoclásicos se centraron en su papel en la asignación de recursos. Para ellos, la magia del mercado se basaba en su capacidad para generar resultados eficientes a partir del comportamiento de millones de agentes independientes. Las viejas preocupaciones marxistas por la explotación, la inequidad y la inestabilidad eran secundarias (incluso fuera de lugar). Sin embargo, no todos los pensadores neoclásicos eran iguales. Muchos se centraron en estudiar los resultados distributivos del sistema de mercado.

Desde finales del siglo XIX, la idea de un *estado de bienestar* se había desarrollado en Europa, especialmente en Alemania, Suiza y el Imperio austrohúngaro. El estado de bienestar concebía la búsqueda de la igualdad de oportunidades y la redistribución de la renta como una misión central del estado. La intervención del gobierno en la economía estaba en contra de las ideas centrales clásicas y neoclásicas del *laissez faire*, y más en línea con las proposiciones marxistas y heterodoxas. Sin embargo, para muchos economistas neoclásicos la eficiencia de los mercados no era suficiente. El potencial de fallos del mercado y de una distribución desigual del ingreso exigía la intervención del gobierno. Arthur Pigou, a quien ya conocimos, era uno de estos economistas. En 1912, Pigou publicó *Riqueza y bienestar*, con el que nos proporcionó un marco para comprender cómo el gobierno, a través de un sistema de impuestos y subsidios, puede resolver los fallos del mercado. Y Pigou no estaba solo; la preocupación por la distribución de la renta también estaría presente en Estados Unidos en los escritos de economistas como *John Bates Clark* (1847-1938), considerado el primer teórico económico de primer rango que surgió en el Nuevo Mundo. Pero, a diferencia de Pigou, Clark se centró en la distribución funcional del ingreso en mercados competitivos. Como explicó, en los mercados competitivos, los precios de los factores, incluidos los salarios, tienden a re-

flejar productividades marginales. Las productividades y los precios a su vez determinan la distribución de la renta. Así, según Clark, son las diferencias en las productividades marginales lo que explica los ingresos desiguales, y es la desviación de los mercados competitivos, al concentrar el poder de mercado, lo que da lugar a la explotación.

De vuelta en Europa, la preocupación por la dinámica distributiva también iba en aumento. El economista inglés *John Atkinson Hobson* (1858–1940) escribió extensamente sobre cómo superar los problemas distributivos del capitalismo. Sus ataques al sistema capitalista, en tiempos de predominio neoclásico, le ocasionaron muchas críticas, hasta el punto de que pensadores neoclásicos centrales lo condenaron al ostracismo. Hobson rechazó la idea de Clark de que las rentas deben estar determinadas por sus productividades marginales, y en *La economía de la distribución* (1900) defendió un reequilibrio del poder de negociación para lograr una distribución más igualitaria del ingreso. Como Hobson en Inglaterra, a los economistas de la Escuela Sueca también les preocupaba la posibilidad de resultados muy desiguales en una economía de mercado. Uno de ellos fue *Knut Wicksell* (1851–1926).[2] Wicksell era conocido por su carácter excéntrico y su disgusto por las convenciones sociales, lo que no es muy inusual entre los grandes pensadores. En otra ironía de la ciencia, resulta que muchos de los científicos sociales menos populares entre el público son realmente los más preocupados por el bienestar de la sociedad. Wicksell fue un claro ejemplo de ello. Para él, la conveniencia de los resultados del mercado no se podía juzgar aisladamente de la distribución del ingreso y la riqueza. Las asignaciones eficientes que conducen a distribuciones muy desiguales de la renta deben considerarse totalmente indeseables. Y correspon-

2. Otros representantes importantes de la escuela sueca son *Eli Heckscher* (1879–1952), *Bertil Ohlin* (1899–1979) y *Gunnar Myrdal* (1898–1987).

día al estado garantizar la *igualdad de oportunidades* para que todos puedan disfrutar de los beneficios de las dinámicas de los mercados. Así, Wicksell fue uno de los primeros en desarrollar el moderno estado de bienestar, o *sistema mixto de mercado-estado*, característico de Suecia y otros países europeos. Para que la igualdad de oportunidades sea universal, Wicksell, en la línea de Mill, defendió la aplicación de impuestos, especialmente a las sucesiones, lo que probablemente fue una de las razones de su impopularidad entre las clases altas y de sus polémicas con otros neoclásicos más ortodoxos. Wicksell fue más allá en su defensa del papel del estado: en contraste con el pensamiento neoclásico dominante, sostuvo que, a través de la oferta monetaria y el crédito, el estado podría y debería influir en el nivel de actividad económica. Ideas que Keynes pronto recuperaría para revolucionar el pensamiento económico a partir de la década de 1930.

5. El regreso del estado

¿Por qué, más de un siglo después de la Revolución Industrial, en el siglo XX tantos países seguían siendo pobres? ¿Por qué el desarrollo no había llegado allí? ¿Hay obstáculos para el desarrollo? Si es así, ¿cuáles? ¿Y cómo superarlos? ¿Cómo se da el proceso del desarrollo después de todo? ¿Qué se necesita? ¿Son suficientes las dinámicas del mercado, o es necesario que el estado intervenga?

La primera ola de globalización terminó abruptamente en 1914. Europa descendió al caos arrastrando al resto del mundo con ella. La economía global se colapsó y no se recuperó durante décadas. La Primera Guerra Mundial se cobró la vida de al menos veinte millones de personas, destruyó países, sacudió las sociedades hasta sus cimientos y reconfiguró profundamente el orden internacional. La Gran Guerra también representó el fin de los imperios, el rediseño de las fronteras y el surgimiento de nuevas potencias, con la consolidación de Estados Unidos como la economía más poderosa del mundo. Pero la turbulencia no se detuvo con el final de la Gran Guerra. En 1929, el centro de las finanzas globales, Wall Street, en Nueva York, se colapsó y arrastró la economía mundial a una Gran

Depresión. En los años siguientes se perdió la fe en el libre comercio, volvió el proteccionismo y los nacionalismos se afianzaron. En 1939, la guerra volvió a golpear. El infierno se hizo realidad. Al menos ochenta y cinco millones de personas murieron en la Segunda Guerra Mundial, cuatro veces más que en la Primera Guerra Mundial.

El mundo cambió por completo; el contexto de postguerra, a partir de 1945, era radicalmente diferente al de antes de 1914. Europa quedó devastada en todos los sentidos: física, económica, social y políticamente. El mundo ahora estaba dominado por dos superpotencias que se separaban gradualmente entre sí. Las próximas décadas estarían ahora marcadas por un tipo diferente de guerra: la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Una guerra entre dos ideologías económicas diferentes: el sistema de libre mercado y libre empresa de Estados Unidos contra el sistema comunista y controlado por el estado del bloque soviético.

Al mismo tiempo, y como consecuencia del colapso de los imperios europeos, la descolonización alcanzó aquellos lugares donde todavía no había llegado. La India, que había sido una potencia industrial con una alta producción y exportación de textiles, tras doscientos años de dominación británica se independizó en 1947. Después, otros países asiáticos y africanos que todavía estaban bajo control europeo también obtuvieron la independencia. Lo que durante siglos, lamentablemente y de forma injusta, como lo es la historia muchas veces, fueron territorios dominados por potencias europeas, ahora eran naciones independientes. Países con derechos, desafíos y aspiraciones propias.

El nuevo contexto tuvo un impacto profundo en el orden internacional y las preocupaciones políticas. La recuperación de la paz, el comercio y la integración, tanto en Europa como en todo el mundo, era fundamental. Esto requería nuevas reglas y nuevas instituciones internacionales. En el aspecto eco-

nómico, esto llevó a la Conferencia de Bretton Woods, celebrada en 1944 y que reunió a cuarenta y cuatro naciones aliadas para establecer nuevas reglas internacionales para las relaciones comerciales, financieras y monetarias. Había mucho en juego, con las partes involucradas luchando en la defensa de sus propios intereses. El resultado fue el marco para el nuevo orden económico en occidente. Se crearon instituciones como el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (conocido hoy simplemente como Banco Mundial) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Desde un punto de vista más político, las nuevas negociaciones internacionales llevaron a la creación de las Naciones Unidas, que nacieron oficialmente el 24 de octubre de 1945 con el objetivo de brindar paz y seguridad mundial para evitar la devastación de décadas anteriores.

El nuevo escenario de la postguerra también dio una nueva dirección al pensamiento económico. Se cuestionaban las creencias anteriores sobre la superioridad del mercado y, así, paulatinamente, se cambió el enfoque del análisis de acuerdo



Fig. 5. Los acuerdos de Bretton Woods, de 1944, marcaron el comienzo del nuevo orden internacional de la postguerra.

con las nuevas prioridades. En Europa, la prioridad ahora era la reconstrucción. Para los países de reciente independencia, la prioridad era la industrialización y el desarrollo. Para las dos nuevas superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética, el objetivo era la expansión de su influencia tanto como fuera posible.

De esta forma, los economistas de la postguerra centraron su atención en cuestiones relacionadas con la recuperación, el crecimiento y el desarrollo. La realidad de la necesidad de reconstrucción y recuperación, así como la de la persistencia de la pobreza para millones de personas en todo el mundo, era ahora ineludible para los economistas. Debían entenderse las causas y consecuencias de los choques y las rigideces de los mercados, así como las de la indigencia y el subdesarrollo. La macroeconomía había vuelto al escenario central, en contraste con el papel principal que los pensadores neoclásicos habían dado a las cuestiones microeconómicas. La dinámica, más que los equilibrios, era ahora el centro de análisis. Asimismo, el mercado ya no podía ser el único protagonista; el estado tenía un papel importante que desempeñar, y los economistas, la tarea de comprender ese papel.

La búsqueda de la industrialización. Economía clásica del desarrollo

La preocupación por el desarrollo económico representó en cierto modo una reconsideración de las cuestiones originales del pensamiento económico. Recordemos que comprender la «naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones» fue el objetivo principal de Adam Smith, así como el de muchos otros grandes economistas antes y después de él. El hecho de que estas cuestiones hayan quedado relegadas a un segundo plano durante aproximadamente un siglo es bastante sorprendente

(y yo diría que decepcionante en nuestra disciplina). Pero por la fuerza de la realidad, al darse cuenta de que la mayor parte de la humanidad todavía vivía en la pobreza y que la prosperidad en los países más ricos no podía darse por sentada, muchos economistas del siglo XX volvieron a pensar en la naturaleza de la riqueza y el proceso de desarrollo económico.

Uno de los primeros en escribir sobre el desarrollo económico fue *Joseph Schumpeter* (1883-1950) en su *Teoría del desarrollo económico* de 1911. Según Schumpeter, la clave del crecimiento económico y el desarrollo es la innovación. Y la innovación está impulsada principalmente por el comportamiento empresarial, a su vez moldeado por la competencia del mercado. Las contribuciones de Schumpeter al pensamiento económico fueron numerosas (y volveremos a ellas), pero su perspectiva subyacente del desarrollo fue básicamente una extensión de las creencias neoclásicas en las fuerzas del mercado. En 1911, los escritos de Schumpeter tenían poca consideración hacia las realidades de los países pobres y, por supuesto, hacia los duros tiempos que Europa viviría en los años siguientes.

Lo que hoy llamamos *economía del desarrollo clásica* empezó después de la Primera Guerra Mundial y, como ya hemos señalado, continuó después de la Segunda Guerra Mundial y la descolonización de mediados del siglo XX. En consecuencia, los economistas del desarrollo clásicos tenían en mente el desafío de los países europeos de la postguerra o bien el desafío de la industrialización y el desarrollo en las naciones recién independizadas. Con diferencias obvias, la Europa de la postguerra y las naciones recientemente independientes se enfrentaban de alguna manera a desafíos similares. Y uno era fundamental en ambos casos: la industrialización. De esta manera, el pensamiento temprano del desarrollo económico equiparó el desarrollo con la industrialización. En Europa, esto significaba reindustrialización, es decir, reconstrucción y recuperación. En los países en vías de desarrollo, esto significaba un *cambio*

estructural: una reestructuración de economía agrícola y de bienes primarios a economía de producción industrial; de sectores de baja productividad a alta productividad; de subsistencia a mayores niveles de ingresos.

Pero, ¿cómo lograr la industrialización? ¿Traerían los mercados, el libre comercio y la iniciativa empresarial el tan deseado desarrollo industrial? ¿O era necesaria la intervención estatal? En un mundo dividido entre dos sistemas económicos diferentes, con los Estados Unidos y la Unión Soviética tratando de expandir su influencia, esta no era una cuestión menor. Aquellos que todavía tenían una fuerte creencia en las fuerzas del mercado, en el espíritu neoclásico, continuarían defendiendo la necesidad del libre comercio y el espíritu empresarial privado. Uno de ellos fue *Walt Rostow* (1916–2003), asesor de seguridad nacional del presidente de Estados Unidos. En 1960, Rostow escribió *Etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, donde describió el camino hacia la modernización económica como un proceso lineal, bastante natural, en el que los países subdesarrollados eran versiones «primitivas» de las naciones europeas y a donde la industrialización, el crecimiento y el desarrollo llegarían tarde o temprano. Todo lo que estos países tenían que hacer era resistir a «las tentaciones del comunismo».

Entonces, ¿deberían los países europeos dejar la recuperación en manos del mercado? ¿Deberían los países en vías de desarrollo simplemente sentarse a esperar a que llegue la industrialización? ¿Y si el proceso de industrialización y desarrollo no es lineal? ¿Qué pasa si es necesario superar obstáculos importantes?

Si las principales preocupaciones de los economistas del desarrollo están directamente relacionadas con las preguntas clásicas, entonces las ideas deben encontrarse en la escritura de los clásicos. Y qué mejor lugar para comenzar que en la famosa fábrica de alfileres de Adam Smith. En su artículo de 1927, *Allyn Abbott Young* (1876–1929) trajo de vuelta los fundamen-

tos de la especialización del trabajo para discutir la relevancia de los rendimientos crecientes a escala para el crecimiento y el desarrollo. Pero para que una economía pueda cosechar los frutos de rendimientos crecientes a escala, se necesita capital. Y una limitación clara de los países de bajos ingresos es su falta crítica de capital: los países pobres tienen suficiente mano de obra, pero con poco capital su capital *per cápita* es muy bajo. Por lo tanto, como destacarían muchos economistas del desarrollo, los países subdesarrollados tienen una necesidad urgente de aumentar sus tasas de ahorro y, por lo tanto, de inversión de capital. Este papel crucial del capital se convirtió en la piedra angular de la contribución de muchos economistas del desarrollo, incluidos *Roy Harrod* (1900–1978) y *Evsey Domar* (1914–1997), y su modelo Harrod-Domar, así como de muchos otros después.

Pero, ¿cómo acelerar la tan necesaria acumulación de capital? Basándose en las ideas de Young, *Paul Rosenstein-Rodan* (1902–1985), de tradición austriaca, recomendó un *Gran Impulso* planificado con programas de inversión a gran escala para lograr la industrialización. Tal como lo veía Rosenstein-Rodan, los países con un gran excedente de mano de obra en la agricultura pueden estar «atrapados» en equilibrios de bajos ingresos. La gran disponibilidad de mano de obra obstaculiza los incentivos para la acumulación de capital. Por lo tanto, se necesitan grandes inversiones para aprovechar los efectos de red, así como las economías de escala y alcance, y ayudar a la economía a escapar de esta trampa de bajos ingresos. Para *Ragnar Nurkse* (1907–1959), este era el papel fundamental del estado en los países subdesarrollados: para acelerar la acumulación de capital, los gobiernos de estos países deben hacer grandes inversiones, que deben realizarse en varias industrias simultáneamente (su *Teoría del crecimiento equilibrado*).

A pesar del enfoque inicial en la acumulación de capital, estaba claro que las sociedades preindustriales requerían mu-

chas más transformaciones en su proceso de desarrollo. Entre los primeros en estudiar estas transformaciones se encontraba *Arthur Lewis* (1915-1991). En un campo dominado por hombres blancos provenientes de Europa o Estados Unidos, Lewis era diferente: era un hombre negro, originario de la pequeña isla caribeña de Santa Lucía, donde tuvo que ganarse la oportunidad de estudiar en el extranjero con una beca en la London School of Economics (LSE). De hecho, Lewis fue la primera persona negra en ser aceptada en la LSE. Y no defraudó; en 1979, se convirtió en la primera (y hasta ahora única) persona negra en ganar el Premio Nobel de Economía. Entre sus muchas contribuciones, Lewis proporcionó una imagen más realista del proceso de desarrollo. Según él, los países subdesarrollados se caracterizan por una *economía dual*, con un gran sector preindustrial de «subsistencia» y otro «capitalista». El desarrollo avanza como un proceso de *cambio estructural* por el cual el sector capitalista absorbe mano de obra del de subsistencia en un proceso autosostenido. Pero esto implica que los países subdesarrollados no solo necesitan mayores ahorros e inversiones, sino que también han de experimentar un cambio sectorial y espacial de la población, de las actividades agrarias a las industriales y de las áreas rurales a las urbanas. Un cambio estructural que puede comportar importantes desafíos como veremos más adelante.

De hecho, el proceso de desarrollo no tiene por qué avanzar siempre. Un economista sueco, colega de Knut Wicksell en Estocolmo, lo sabía muy bien: Karl Adolf Pettersson, que se rebautizaría en 1914 como *Gunnar Myrdal* (1898-1987), uno de los economistas más prolíficos de su época; un economista primero fascinado con los modelos matemáticos abstractos y que luego atacaría a otros por el «uso excesivo de las letras griegas para ocultar la ignorancia»; uno de los padres del análisis econométrico, que criticaría el uso indebido de las estadísticas con demasiada frecuencia, señalando que «las correlaciones

no son explicaciones». Sobre la base de su estudio de las expectativas, en 1956, Myrdal desarrolló su teoría de la *causalidad acumulativa circular*. Según el sueco, un cambio en una institución conducirá a cambios sucesivos en otras instituciones, lo que a su vez refuerza los cambios anteriores de forma circular. Esta causalidad acumulativa circular puede tomar la forma de «ciclos virtuosos», que conducen al crecimiento y el desarrollo, o de «ciclos viciosos», que conducen a la pobreza y el subdesarrollo. Las realidades de la causalidad acumulativa, o dinámicas de retroalimentación, son hoy fundamentales para comprender adecuadamente cómo prosperan algunas regiones mientras otras permanecen subdesarrolladas. Y así, para Myrdal, el estado debería hacer todo lo necesario para convertir los círculos viciosos en virtuosos. Y el papel del estado no se detiene ahí. En su *Equilibrio monetario*, Myrdal analizó el papel de la oferta monetaria en la actividad económica y, por lo tanto, la capacidad del estado para impulsar la actividad económica aumentando la oferta monetaria. Su análisis puede considerarse la base de lo que hoy se conoce como economía keynesiana, que según William Barber podría más bien ser conocida como economía *myrdaliana* si las obras de Myrdal se hubieran traducido antes al inglés. Por si todo esto no fuera suficiente, Myrdal también fue pionero en el estudio de las relaciones raciales al destacar los problemas del racismo en Estados Unidos; ya en 1954 escribió *Un dilema americano: el problema negro y la democracia moderna*. En 1974, Myrdal ganó un merecido Premio Nobel de Economía (junto a Friedrich von Hayek). Su esposa Alva ganó el Premio Nobel de la Paz en 1982. Gunnar murió de párkinson cuando tenía 89 años, un año después que su esposa.

Pero, ¿cómo avanza exactamente el desarrollo? Según *Albert O. Hirschman* (1915–2012), la clave está en las *interdependencias económicas* y, por tanto, en la necesidad de impulsar sectores estratégicos donde las firmas tuvieran muchas conexiones con otras firmas, ya sean proveedoras o usuarias de sus bienes

para producir en otros sectores. Hirschman sostuvo que se deben fomentar los desequilibrios para estimular el crecimiento y ayudar a movilizar recursos, sobre todo porque en los países en vías de desarrollo es difícil tomar decisiones. Así, Hirschman recomendó el desarrollo dirigiéndose a sectores específicos. *Nicolas Kaldor* (1908–1986) tuvo una idea similar, pero esta vez pensando en las personas. Para Kaldor, el desarrollo requiere cierta desigualdad inicial; permitir que algunos se enriquezcan proporciona a la sociedad la capacidad de ahorrar y, por lo tanto, de invertir.

Las ideas de Lewis, Myrdal, Hirschman, Kaldor y otros sugieren que la búsqueda del desarrollo y la prosperidad no sigue un camino lineal, ni es uniforme ni homogénea entre los diferentes sectores y grupos de la sociedad. Además, muchos obstáculos y trampas pueden impedir que se produzca la industrialización, sin que las fuerzas del mercado por sí solas puedan proporcionar la solución. Consecuentemente, la intervención directa del estado es esencial para encender la dinámica positiva de la acumulación de capital, la industrialización y el desarrollo.

En los países en vías de desarrollo, esto se tradujo principalmente en estrategias de industrialización. La primera fue la conocida como *industrialización por sustitución de importaciones* (ISI). La columna vertebral teórica de esta estrategia es la idea de que las industrias, como los individuos, deben crecer para ser competitivas; las *industrias incipientes* necesitan protección para poder competir. Así, muchos países en vías de desarrollo, especialmente en América Latina, implementaron políticas proteccionistas, con fuertes aranceles a los bienes importados y subsidios para desarrollar sectores nacionales estratégicos que pudieran impulsar la industrialización aprovechado el mercado interno. En otros países, principalmente en el este de Asia, la estrategia fue diferente. Aunque también con una fuerte intervención estatal y subsidios, allí el objetivo para determinados

sectores no era el mercado interno sino el internacional. Esta *industrialización orientada a la exportación* (EOI) requería un rápido crecimiento de las empresas, así como innovación y desarrollo, para que estas pudieran competir a escala mundial. Una estrategia que explica el milagro de varios países del este de Asia, conocidos como los *tigres asiáticos* (originalmente Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong), que lograron industrializarse con relativa rapidez, experimentar altas tasas de crecimiento económico en la segunda mitad del siglo XX y proporcionar mejores niveles de vida a sus ciudadanos. Si bien los países que implementaron la EOI mostraron un desempeño económico más alto que los países que implementaron la ISI, el debate sobre los beneficios y las desventajas de cada estrategia continúa en la actualidad. Lo que se hizo evidente en la segunda mitad del siglo XX es que las políticas estatales bien diseñadas y bien implementadas son esenciales para que los países se industrialicen y se desarrollen y, por lo tanto, para que las sociedades tomen el camino hacia la prosperidad.



Fig. 6. La industrialización en Asia, que tomó fuerza en la segunda mitad del siglo XX, desplazó grandes segmentos de la población a fábricas de producción a gran escala e intensiva en mano de obra.

A largo plazo todos estaremos muertos. Cavar agujeros para luego cubrirlos

De vuelta en Europa, el contexto de la postguerra era de devastación, crisis, desempleo masivo y descontento social. No solo la paz era imperativa, sino también la recuperación económica. Las políticas tradicionales parecían haber dejado de funcionar y las naciones europeas necesitaban desesperadamente nuevas alternativas políticas.

¿Cómo vencer el desempleo? ¿Cómo recuperar el camino de la prosperidad y evitar la crisis que tanto daño había hecho a las economías industrializadas? John Maynard Keynes, nacido en Cambridge, parecía tener las respuestas. Keynes había estudiado en el King's College, Cambridge, y posteriormente, en 1906, se trasladó a Londres para trabajar como funcionario. Sin embargo, volvió como profesor a Cambridge, siguiendo los pasos de Marshall y Pigou. En Cambridge, Keynes fue discípulo de Marshall y Edgeworth, figuras centrales de la economía neoclásica, pero pronto se convertiría en crítico de varias ideas neoclásicas y proporcionaría lo que probablemente fueron los mayores avances en el pensamiento económico durante el siglo XX.

Las teorías de Keynes representaron una ruptura con la tradición neoclásica dominante. Keynes ofreció una nueva visión del comportamiento agregado y, por lo tanto, proporcionó nuevos fundamentos teóricos para respuestas políticas alternativas. El enfoque del *laissez faire*, característico del pensamiento neoclásico, era, para Keynes, inadecuado para abordar los nuevos y cada vez más complejos problemas de las sociedades industrializadas de la postguerra. Asimismo, el enfoque keynesiano en problemas agregados representó un retorno a la macroeconomía, pero diferente a cómo lo habían hecho las tradiciones clásicas; si bien Keynes discutió la dinámica de largo plazo, su análisis tuvo implicaciones que se centraron en el

corto plazo. Como dijo el propio Keynes, «a largo plazo, todos estaremos muertos».

Keynes se haría mundialmente famoso con la publicación de *Consecuencias económicas de la paz* (1919). En su libro explicó que las duras imposiciones a Alemania después de la Primera Guerra Mundial no solo empobrecerían a Alemania, sino que también desestabilizarían y debilitarían a toda Europa y al sistema financiero internacional. Advirtió que si los aliados empobrecían a Alemania: «La venganza, me atrevo a predecir, no cojeará [...] los horrores de la última guerra alemana se desvanecerán en la nada». Lamentablemente, las profecías de Keynes se quedaron cortas: en 1929, el mundo fue golpeado por la Gran Depresión, y en los años treinta Europa se hundió en el caos. Durante este tiempo de colapso económico y desempleo masivo, Keynes revolucionaría el pensamiento económico con su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, publicada en 1936. La determinación de los niveles de producción y empleo en las economías industriales y la causa de sus fluctuaciones fueron el tema central del principal trabajo de Keynes.

El núcleo del marco teórico de Keynes descansa en la crítica a un componente clave del análisis neoclásico, la ley de Say, por la cual la oferta crea su propia demanda. Keynes rechazó esto. La ley de Say asume que todos los ingresos se gastan, algo que Keynes demostró que no era cierto. Como demostró Keynes, las expectativas desempeñan un papel clave en el comportamiento del ahorro y la inversión y hacen del dinero no solo un medio de intercambio, sino también una reserva de valor, que podría estar vinculada al comportamiento especulativo. De hecho, al contrario que en el pensamiento neoclásico, para Keynes, las decisiones de ahorro e inversión eran bastante independientes entre sí. Las decisiones sobre ahorro se explican más por los patrones de ingresos y consumo que por la tasa de interés. Por lo tanto, con el aumento de los ingresos, los ahorros también aumentan, y las inversiones, a su

vez, están fuertemente influenciadas por las expectativas. En consecuencia, si los gastos de inversión agregados son menores que los ahorros, la economía cae por debajo de su producción potencial. Y esto significa que una economía, contrariamente a lo que predijeron los economistas neoclásicos, puede estar estancada por debajo de su potencial, con bajos ingresos y altos niveles de desempleo.

Una variable clave en el análisis keynesiano es la tasa de interés. Para Keynes, la tasa de interés no está determinada por la oferta y la demanda de fondos, como supone la economía neoclásica, sino más bien por la oferta y la demanda de dinero en sí, incluida la especulación. Keynes abogó por tasas de interés bajas para estimular la actividad económica y reducir el desempleo. Pero Keynes también advirtió que la capacidad de los decisores de políticas para influir en la tasa de interés podría, en períodos de depresión, ser drásticamente limitada. La posibilidad de una *trampa de liquidez* se hizo evidente en la Gran Recesión posterior a 2008, cuando las tasas de interés reales cayeron por debajo de cero, mientras que el gasto agregado permaneció estancado. En casos de trampas de liquidez, y dado que el empleo depende del gasto total, Keynes recomendaba al gobierno aumentar su propio gasto para fomentar la actividad económica y el empleo. Así, para reducir el desempleo, Keynes defendió un papel activo del gobierno a través de la política fiscal; para Keynes, el papel del gobierno es aumentar el gasto cuando la economía lo requiere, incluso si esto significa incurrir en déficits fiscales, algo que los neoclásicos aborrecían.

El marco teórico de Keynes sugirió la posibilidad de importantes *rigideces en los mercados*, principalmente la idea de que los salarios y los precios no son lo suficientemente flexibles como para conducir al pleno empleo y al buen funcionamiento de los mercados. Esto implica que situaciones de desequilibrio pueden persistir más de lo previsto por el análisis clásico y



Fig. 7. En Europa, la crudeza de las guerras dejó una sociedad empobrecida y frágil. En la Alemania de entreguerras, el descontento social propició el surgimiento del nazismo.

neoclásico. Y la implicación de los gobiernos de los países industriales era la responsabilidad de regular el clima económico con el fin de permitir al sistema de mercado que alcanzara su máximo potencial. Ideas que ayudaron a sentar las bases del sistema económico moderno, que mezcla los beneficios de los mercados con la capacidad reguladora del estado.

Las ideas de Keynes inspiraron a muchos economistas y escuelas de pensamiento económico. Una es la llamada *síntesis neoclásica-keynesiana*, liderada por autores como *John Hicks* (1904–1989), premio Nobel en 1972, y *Paul Samuelson* (1915–2009), premio Nobel dos años antes.[1] Hicks, Samuelson y

1. En 1937, Hicks propuso el modelo de ahorro-inversión: oferta monetaria y preferencia de liquidez (IS-LM, por sus siglas en inglés), que formalizó algunas de las ideas keynesianas centrales en un marco que de otro modo sería neoclásico.

otros proporcionaron las bases del análisis y la política macroeconómica que dominaron las décadas de la postguerra. La influencia de Samuelson a finales del siglo XX fue tan fuerte que su libro de texto de economía se convirtió en el número uno histórico en ventas. Las ideas keynesianas también influyeron en economistas más heterodoxos, como *Piero Sraffa* (1898–1983), *Michał Kalecki* (1899–1970) y *Joan Robinson* (1903–1983), cuyas ideas impulsarían las llamadas escuelas de la «nueva izquierda», incluyendo el *postkeynesianismo* y el *neomarxismo*. Robinson, que trabajó con Keynes en Cambridge, tuvo un papel fundamental en sus ideas, un papel que no ha sido debidamente reconocido. Que Robinson no ganara el Premio Nobel todavía se considera una injusticia más en la historia de la disciplina. Sin embargo, Robinson es reconocida como una de las más grandes economistas de todos los tiempos al proporcionar varias contribuciones esenciales al análisis económico, incluido uno de los primeros análisis de las realidades de la *competencia imperfecta* y sus consecuencias en el mercado laboral.[2]

La nueva forma keynesiana de entender la economía y sus implicaciones en términos de política económica representaron un cambio radical en la historia del pensamiento económico, así como en la forma en que los gobiernos veían y administraban las economías nacionales. Keynes también fue una figura central en el desarrollo de los sistemas de cuentas nacionales, mediante las cuales los gobiernos pueden rastrear el desempeño macroeconómico, especialmente en términos de producción y empleo. Asimismo, como representante principal de la delegación británica en la conferencia de Bretton Woods de 1944, Keynes también tuvo un papel fundamental en el diseño

2. *Edward Hastings Chamberlin* (1899–1967) también fue uno de los primeros en desarrollar los marcos teóricos para comprender la competencia imperfecta.

del nuevo sistema económico internacional de postguerra (aunque las principales ideas implementadas fueron las planteadas por la delegación estadounidense). Sin embargo, al igual que con muchos otros grandes científicos, Keynes no vivió lo suficiente para poder apreciar el alcance total de su trabajo. Murió en 1946 a la edad de sesenta y dos años. En las décadas siguientes a su muerte, la adopción generalizada de sus doctrinas y de las *políticas de estabilización* macroeconómica que recomendó tuvo un papel muy decisivo en las sociedades occidentales. Hasta tal punto que se cree que la intervención política activa, en lo que eran economías de mercado, contribuyó al período inusual de estabilidad, paz y crecimiento económico experimentado después de la Segunda Guerra Mundial.

En el marco neoclásico, el valor de las cosas venía dado por los precios de mercado. Por tanto, el bienestar de un individuo se basaba en su capacidad para adquirir bienes y servicios en el mercado. El reconocimiento de fallos de mercado y el importante papel que se espera del estado, característicos del pensamiento económico de la postguerra (tanto en la economía clásica del desarrollo como en la economía keynesiana), nos dio una nueva perspectiva sobre el bienestar de las sociedades: la fuente de riqueza, así como de la prosperidad de las naciones, no se encuentra solo en el mercado, sino también en el papel activo del estado.

6. Dios salve el mercado. De Viena a Chicago

Durante décadas, fue como si Keynes hubiera proporcionado la receta definitiva para el equilibrio macroeconómico. Pero, cuando todo parecía funcionar bien y cuando los gobiernos occidentales pensaban que tenían la economía bajo control, el sistema económico sufrió otro gran golpe en la década de 1970. Uno para el que los gobiernos, con su conjunto de herramientas macroeconómicas keynesianas, no estaban preparados.

En la década de 1970, el desempleo volvió a aumentar en Estados Unidos, como en muchos países desarrollados. Pero esta vez el declive económico vino acompañado de un aumento de precios (es decir, inflación). La escasez en el suministro internacional de petróleo, primero debido a la guerra en Oriente Medio y luego debido al comportamiento estratégico de la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo (OPEP), elevó el precio del crudo alrededor de un 300 % entre 1973 y 1974. Esto reveló nuestra gan dependencia del petróleo. Con el aumento de los precios del petróleo, los costos de producción aumentaron, lo que dificultó la producción de bienes industriales y provocó una contracción económica. Una vez más, la economía global y la Economía como dis-

ciplina se enfrentaron a una nueva realidad que explicar y abordar.

Las políticas de estabilización keynesianas se diseñaron para impulsar la actividad económica y, por lo tanto, reducir el desempleo o reducir el consumo excesivo y la especulación y, así, controlar también el nivel de precios. Hasta la década de los setenta, y como mostró *William Phillips* (1914–1975) en lo que se conoció como *la curva de Phillips*, la reducción del desempleo solía ir acompañada de un aumento de los precios (es decir, inflación). Por el contrario, la lucha contra la inflación se producía a expensas de un mayor desempleo. Pero después de 1973, las economías occidentales empezaron a experimentar un alto nivel de desempleo a la vez que un aumento de los precios; la contracción económica se estaba produciendo junto con la inflación en lo que ahora definimos como *estanflación*. La combinación de alto desempleo e inflación no concordaba con el fin del conjunto de herramientas keynesianas. Las políticas tradicionales keynesianas se diseñaron principalmente para combatir las crisis de demanda. Pero esta vez la economía mundial se vio afectada por una gran crisis de oferta (el aumento de los precios del petróleo y los costos de producción): las políticas de estabilización resultaron ineficaces. Se necesitaban nuevas recetas y, con ello, la fe en la capacidad del estado para dirigir la economía empezó a desvanecerse.

El mercado sabe más o ¿los austriacos lo hacen mejor?

¿Cómo sabe una sociedad que queremos café, cerveza, medicinas y todos los productos y servicios que compramos? ¿Y cómo sabe cuánto de todas estas cosas queremos? En otras palabras, ¿cómo sabemos cómo distribuir nuestros recursos? ¿Cómo saben los mercados exactamente lo que la gente necesita, cuánto y cuándo?

Abordamos preguntas similares sobre el funcionamiento de los mercados en el capítulo 4, donde hablamos del pensamiento económico neoclásico de finales del siglo XIX y principios del XX. Allí vimos la evolución del conocimiento económico gracias al debate entre diferentes escuelas de pensamiento de la época, en las que la escuela austriaca tuvo un papel central. Sin embargo, en tiempos de postguerra, bajo la influencia de Keynes, la atención se centró más en el estado que en el mercado. Keynes defendió un papel activo del estado en la economía, incluido el estímulo monetario y fiscal en tiempos de alto desempleo y colapso económico. Las políticas keynesianas, como vimos en el capítulo anterior, prevalecieron en las economías occidentales hasta la década de 1970. Keynes era un firme creyente en el estado. Pero otros vieron un alto riesgo en la intervención del gobierno en la economía en lo que consideraban asuntos privados. ¿No fue precisamente el poder concentrado en manos del estado lo que condujo a gobiernos totalitarios en varios países y, en última instancia, al fascismo y al nazismo en Europa? Eso era lo que pensaba Hayek, que en 1994 publicó *Camino de servidumbre*, que se convirtió en un gran éxito. En su libro, Hayek explicó que cuanto más control tenía el gobierno sobre la economía, menos libertad tenía la gente; un gobierno fuerte significa menos posibilidades para que los individuos sigan sus deseos y elijan cómo satisfacerlos. Esta pérdida de libertad, para Hayek, no es solo económica sino también política y, por tanto, muy arriesgada; si las personas no pueden decidir lo que quieren, eventualmente tampoco podrán decidir cómo ser gobernadas.

Hayek nació en Viena, donde estudió economía y ciencias políticas. Más adelante se mudó a Londres para matricularse en la London School of Economics, que ahora competía duramente con Cambridge en el progreso del pensamiento económico. Sin embargo, Keynes y Hayek coincidieron en Cambridge durante tiempos de guerra; Hayek, junto con sus

colegas de la London School of Economics, fue evacuado a Cambridge para escapar de los riesgos de un bombardeo en Londres. Irónicamente, Keynes y Hayek colaboraron para proteger el King's College de las bombas alemanas que ahora golpeaban Cambridge. Pero en su forma de entender la economía, y la política económica en particular, Hayek y Keynes no podían ser más diferentes. Juntos, nos brindaron lo que se ha conocido como «el debate del siglo».

Hayek se opuso a las recetas de Keynes. Como habían hecho sus compatriotas antes que él, Hayek siguió la tradición austriaca y desafió el pensamiento económico predominante, ahora arraigado en las ideas keynesianas. Para Hayek, la intervención estatal debía ser mínima y se debía dejar a los mercados que hicieran su trabajo en la asignación de recursos. Por tanto, Hayek devolvió el análisis sobre los mercados al debate político. Sobre la base de las ideas clásicas y neoclásicas, explicó cómo los precios comunican información que ayuda a las personas a coordinar sus decisiones. Como demostró Hayek, el sistema de precios no solo proporciona los incentivos adecuados que alinean el interés individual con el bien común, como Adam Smith había explicado dos siglos antes. El sistema de precios también recopila y distribuye una cantidad de información que ningún gobierno podría recopilar de manera eficiente. A través de la oferta y la demanda, el sistema de precios captura las preferencias de cada individuo y los costos a los que se enfrenta cada empresa; y lo hace de forma continua y automática. Así, los mercados dan respuesta a las prioridades de lo que la gente necesita, cuánto y cuándo, ya sean medicamentos, café, cerveza o cualquier producto o servicio que la economía pueda brindar. A través de los mercados, los individuos eligen libremente lo que quieren; ningún gobierno decide por ellos.

El análisis de Hayek siguió la larga tradición clásica y neoclásica, pero proporcionó ideas novedosas e innovadoras. Sin

embargo, en el período de la postguerra, las políticas de Keynes se hicieron tan populares y tuvieron tanto éxito que Hayek fue al principio ignorado o desacreditado. Pero cuando se produjo el colapso económico en la década de 1970, con las políticas keynesianas incapaces de responder al desafío del creciente desempleo y el aumento de los precios, las ideas de Hayek cobraron fuerza. Tanto es así que Hayek ganó el Premio Nobel de Economía en 1974.

La fuerza de la destrucción creativa

Hayek redescubrió el poder de los mercados. Los mercados proporcionan los incentivos adecuados (como explica Smith) y recopilan la información necesaria para una asignación de recursos eficiente y descentralizada (como explica Hayek). Pero los mercados son especiales por otra razón más.

Joseph Schumpeter, de origen austriaco como Hayek, y en la línea de otros pensadores neoclásicos antes y después de él, también vio un gran poder en los mercados. Pero, a diferencia de la mayoría de los economistas neoclásicos antes que él, y tomando prestadas las tradiciones marxistas, Schumpeter consideró el sistema económico basado en el mercado como en constante cambio. Y este cambio constante es lo que le da al capitalismo su mayor fuerza. La competencia en los mercados, como explica Schumpeter, impulsa el comportamiento empresarial privado y la búsqueda de nuevos y mejores procesos, productos y servicios. La competencia fomenta la innovación y esta, para Schumpeter, es la clave del crecimiento económico y el desarrollo. Para liderar los mercados, o simplemente sobrevivir en ellos, las empresas deben seguir innovando; las nuevas y mejores tecnologías matan a las viejas; adaptarse o morir. Esta es la idea de la *destrucción creativa* proporcionada por Schumpeter ya en 1911 en su *Teoría del desarro-*

llo económico, y que sigue siendo fundamental para comprender la conexión entre las fuerzas del mercado y el desarrollo económico y cómo prosperan las economías modernas.

¿Una receta mágica para todos? La revolución neoliberal

En la segunda mitad del siglo XX, el mundo y la Economía se dividieron en dos: entre los que defendían un papel cada vez más importante del estado y los que creían que debía dejarse a los mercados dirigir la economía. Y para aquellos economistas que destacaron el poder de los mercados, Estados Unidos era ahora el lugar donde estar. Schumpeter llegó a la Universidad de Harvard en 1932 y Hayek a la de Chicago en 1950. Allí, sus elogios a los mercados y el temor a la intervención del gobierno en la economía resonaron con fuerza. Además, en Chicago, las ideas de Hayek influyeron en muchos economistas, varios de los cuales ganaron el Premio Nobel, como *James Buchanan* (1919–2013), *Milton Friedman* (1912–2006), *Ronald Coase* (1910–2013) y *Gary Becker* (1930–2014), entre otros. Y los desarrollos que tuvieron lugar en Chicago fueron tan influyentes que fueron la semilla de otra revolución en la Economía o, mejor dicho, otra contrarrevolución: la *revolución neoliberal* que dominaría la disciplina y las políticas económicas durante las últimas décadas del siglo XX.

Como hemos visto, el argumento a favor de un estado fuerte se basaba en la idea de que los mercados podían fallar. Por el contrario, armados con las políticas adecuadas, se asumió que los gobiernos trabajarían por el bien común. Pero los gobiernos no son más que personas. El economista sueco Knut Wicksell, a quien ya conocimos como uno de los primeros economistas en defender el papel del estado, brindó ideas que gracias a Keynes revolucionarían la economía en la década de

1930. Pero ahora, décadas después y paradójicamente, Wicksell inspiraría el espectro opuesto del pensamiento económico. En su análisis del papel del estado en la economía, Wicksell nos advirtió que los funcionarios gubernamentales y los políticos no son completamente desinteresados. Basándose en estas ideas, Buchanan explicó que, si no se controlan, los políticos pueden perseguir sus propios intereses personales en lugar del bien común; que los gobiernos, como los mercados, también pueden fallar. Y para Buchanan, el riesgo era demasiado alto para asumirlo. Por lo tanto, para él, cuantas menos decisiones se dejen a los funcionarios del gobierno, mejor.

Ideas similares tenía Milton Friedman, ganador del Premio Nobel apenas dos años después de Hayek. Tal como Hayek había pensado sobre el declive económico y social de la década de 1930, Friedman también pensó que la crisis de la década de 1970 en las economías occidentales era la consecuencia de demasiada intervención gubernamental. Como explicó Friedman, el suministro continuo de dinero, una política ampliamente implementada durante las décadas anteriores para mantener la economía en funcionamiento, solo puede tener un impacto temporal (es decir, una «ilusión monetaria»). Pero este impacto temporal se da a costa de precios más altos permanentes (es decir, inflación). Friedman recuperaba así la vieja idea de la neutralidad del dinero. Y de esta forma, fue Friedman quien finalmente explicó por qué las economías occidentales sufrían un alto desempleo a la vez que inflación.

Friedman, por supuesto, ganó popularidad no solo entre los economistas sino también entre los responsables de la formulación de políticas públicas. Su análisis ofreció una receta para abordar el desempleo y la inflación al mismo tiempo, un sueño para los gobiernos centrales. Y la receta era bastante simple: menos gobierno. Esto significó menos intervención, privatización de empresas estatales y liberalización de los mercados. Todo junto al libre comercio, en línea con la tradición

clásica pero ahora en una escala verdaderamente global, para el beneficio de todos, como defendían *Jagdish N. Bhagwati* (1934–) y muchos otros neoliberales ortodoxos.

Las políticas neoliberales se implementaron por primera vez en el Chile liderado por Pinochet, pero también se convirtieron en el dogma económico central de la Administración Reagan en los Estados Unidos, así como del gobierno de Thatcher en el Reino Unido. A partir de entonces, la receta fue global; tanto para los países ricos como para los pobres, las políticas neoliberales eran la respuesta. Todo lo que había que hacer era seguir las diez políticas del llamado *Consenso de Washington*: el credo neoliberal alabado por todos, empezando por las más altas instituciones económicas y financieras, incluidos el FMI y el Banco Mundial.[1]

Con el neoliberalismo, la búsqueda del bienestar se encontraba una vez más en el mercado. Recuperando la tradición neoclásica, para el neoliberalismo, la prosperidad de las sociedades radica en la empresa privada y el libre mercado. Pero, al igual que con diferentes escuelas de pensamiento económico, el enfoque neoliberal favoreció algunos intereses en detrimento de otros. La receta neoliberal favorecía el capital privado sobre el público, lo grande y global sobre lo pequeño y local. Y a medida que la globalización se expandió desde la década de 1980 en adelante, lo hicieron las grandes fortunas, mientras que las desigualdades aumentaron nuevamente. Sin embargo, esto no era visto como un problema, ya que para el

1. El término Consenso de Washington fue utilizado por primera vez por John Williamson en 1989. En su concepción original, las diez políticas son: disciplina en la política fiscal (es decir, sin déficit fiscal), gasto público dirigido a la inversión (en lugar de subsidios), impuestos bajos, tipos de interés bajos, tipos de cambio libres, libre comercio, inversión extranjera directa libre, privatización de empresas estatales, desregulación de los mercados y derechos de propiedad claros.

neoliberalismo «cuando la marea sube todos los barcos flotan»; cuando a los ricos les va bien, a toda la economía también: es la idea de la *economía de goteo* (*trickle-down economics*).

Así como Keynes había proporcionado un marco para salir de la crisis de la década de 1930 y herramientas para la recuperación en la postguerra, Hayek, Friedman, la Escuela de Chicago y el neoliberalismo ofrecieron la receta para salir del estancamiento de las décadas de 1970 y 1980. Pero creer en una receta única para todos en un mundo cada vez más complejo no solo es imprudente sino también arriesgado. Cuando las políticas suenan a mandamientos, como los diez puntos del Consenso de Washington, el conocimiento científico deja de avanzar. Y los costos sociales, como veremos, pueden ser elevados.

7. La Economía como si la gente importara. Economía moderna

¿Por qué para muchos países es tan difícil encontrar el camino del desarrollo y la prosperidad? ¿Por qué, incluso cuando los países se desarrollan, muchos de sus habitantes siguen sufriendo privaciones e incluso muchas personas adineradas siguen siendo infelices? ¿Es el crecimiento económico la respuesta? ¿Podemos crecer indefinidamente?

La Economía, como hemos visto, ha evolucionado con el tiempo: desde la «ciencia de la casa» hasta la ciencia que estudia «la riqueza de las naciones», tal como la concibieron Smith y los clásicos; desde las dinámicas distributivas, como explicaban Marx y otros, hasta el estudio de la asignación de recursos escasos, epicentro de los economistas neoclásicos y neoliberales. Así, el objeto de estudio de la Economía ha oscilado de la casa a la nación, del mercado al estado, y de vuelta al mercado. Pero la Economía es (o debería ser) ante todo la ciencia que estudia el bienestar de las personas en la sociedad.[1] Los esta-

1. Otras disciplinas también miran el bienestar, pero de una forma diferente. Las disciplinas médicas, por ejemplo, se centran en el bienestar biológico del individuo, sin prestar mucha atención al contexto social. La

dos, los mercados, los precios y las políticas son fundamentales, pero el objeto último de estudio debe ser nuestro bienestar. Y así, la preocupación fundamental de un verdadero economista debe ser siempre la mejora de la vida de las personas.

A finales del siglo XVII y principios del XVIII, con la Revolución Industrial en marcha, muchas naciones iniciaron un largo camino para salir de la pobreza y alcanzar la prosperidad económica. Pero a medida que aumentaba la producción y se desarrollaban los mercados en Inglaterra y otros países europeos, muchas personas seguían sufriendo privaciones. De hecho, para muchos, la nueva vida industrial representó una disminución de su calidad de vida. La verdad es que, en Europa, como en otras partes, el progreso económico no siempre ha significado una mejora de la prosperidad para todos. Más no siempre significa mejor. Y los economistas, en su obsesión por la riqueza, los mercados y el papel del estado, han tendido a confundir los instrumentos con los objetivos.

En la década de 1980, después de varias políticas fallidas, presupuestos mal administrados y condiciones desfavorables, muchos países en vías de desarrollo se habían endeudado en exceso. El FMI y el Banco Mundial acudieron al rescate. Pero, dado que el neoliberalismo era ahora el paradigma económico dominante, la financiación implicaba una fuerte condicionalidad, principalmente marcada por *políticas de ajuste estructural*: en pocas palabras, la receta neoliberal universal de menos gasto público, mercados no regulados, privatizaciones y libre comercio. Aún continúa el debate sobre la solvencia de tales políticas y sus consecuencias. Además, muchos economistas, como por ejemplo *Ha-Joon Chang* (1963–) en su libro de 2002, *Retirar la escalera. La estrategia del desarrollo en perspectiva histórica*, y *Erik Reinert* (1949–) en su libro de 2007, *La globalizacion de la pobreza*.

---

ciencia política se centra en la organización de la sociedad, sin preocuparse mucho por la satisfacción de las necesidades individuales.

Cómo se enriquecieron los países ricos y por qué los países pobres siguen siendo pobres, criticaron la hipocresía de las naciones desarrolladas. Naciones que imponen políticas neoliberales (especialmente el libre comercio) que ellas nunca implementaron cuando se estaban desarrollando. Pero, en cualquier caso, la cuestión es que las políticas estaban dirigidas nuevamente al estado o al mercado. Una vez más no se tuvo en cuenta a las personas. Y si bien las políticas de ajuste estructural pueden haber ayudado a recuperar la estabilidad macroeconómica, los costos sociales fueron excesivos, con un aumento del desempleo, la pobreza y la desigualdad en muchos países.

Dejando a un lado las políticas, a finales del siglo XX se hizo evidente que, como sociedad global, con todos nuestros logros y éxitos, estamos fallándole a una gran parte de la humanidad; los millones de personas que todavía viven en la pobreza, incapaces de satisfacer las necesidades humanas básicas, afectadas en muchos casos por conflictos violentos y que luchan por sobrevivir en la miseria. Mientras los economistas todavía debaten el papel del estado y elogian los beneficios del libre mercado, millones de personas aún luchan por ganarse la vida. Pero en un mundo globalizado e interconectado, la realidad de los más necesitados ya no puede ser ignorada.

¡Es el ser humano, estúpido! Entender el desarrollo como libertad

La idea de que la Economía debería centrarse en la vida real de los individuos, y no solo en el funcionamiento del sistema económico, tomó fuerza entre muchos economistas en las últimas décadas del siglo XX. Si el objetivo final de un sistema económico es satisfacer las necesidades de las personas y aumentar el bienestar general de la población, la prioridad tanto del gobierno como de los economistas debería ser el desempe-

ño del sistema en ese sentido. Y para los países en vías de desarrollo, el punto de partida debería ser la satisfacción de las necesidades básicas. Así, de acuerdo con el enfoque de *Necesidades Básicas Humanas*, introducido en la Conferencia Mundial sobre el Empleo de la Organización Internacional del Trabajo en 1976, las instituciones internacionales y los gobiernos nacionales deberían centrarse en la satisfacción de las necesidades humanas básicas, incluido el acceso a agua potable y alimentos, ropa y vivienda, así como servicios de saneamiento, salud y educación.

Pero, ¿cómo satisfacer las necesidades humanas básicas? Centrarse en las necesidades básicas es una forma de priorizar los recursos y las políticas, pero, como tal, no parece decirnos mucho sobre la mejor manera de diseñar y administrar una economía. La tarea pasa a ser, por tanto, encontrar las mejores políticas para que florezca la economía. En cierto modo, el énfasis en las necesidades básicas parece confundir el orden de las relaciones causales: la satisfacción de las necesidades es el resul-



Fig. 8. Aún hoy millones de personas viven a merced del clima. Las recurrentes inundaciones del sureste asiático llevaron a Amartya Sen a pensar en las personas como objeto y sujeto principal de las políticas de desarrollo.

tado de la prosperidad. ¿O es al revés? *Amartya Sen* (1933–), de la Bengala británica, pensaba de esta forma. Cuando era niño, Sen experimentó de primera mano la crueldad de las hambrunas que azotaban su tierra; Bengala padeció una hambruna que mató al menos a 1,5 millones de personas en 1943. Sen también experimentó las duras realidades del conflicto interétnico y religioso, por el cual los hindúes y los musulmanes radicalizados podían matarse entre sí. Para Sen, pronto quedó claro que la pobreza no era simplemente la falta de bienes materiales, sino más bien la falta de *capacidades*: estar nutrido y saludable, estar seguro, formar parte de una comunidad. Por lo tanto, Sen volvió a colocar al individuo y el logro de una vida plena en el centro del análisis económico. El hecho de centrarse en el individuo no era solo el objetivo, sino también el medio para lograr el desarrollo. Para que una economía explote todo su potencial y prospere, las personas deben poder desarrollar sus capacidades. Así, la raíz del subdesarrollo es la falta de capacidades o *libertades* individuales. El desarrollo, en opinión de Sen, debe considerarse como un esfuerzo para promover las libertades reales de las que disfrutan las personas, incluidas las oportunidades socioeconómicas como el acceso al trabajo, la educación y la atención médica, así como las libertades políticas como el derecho a participar en la toma de decisiones en el ámbito local, nacional e internacional. Alcanzar estas capacidades, más que alcanzar un alto nivel de PIB o renta per cápita, es lo que realmente define *y permite* el desarrollo.

Sen ganó el Premio Nobel en 1998. En 1999 publicó *Desarrollo y libertad*, un superventas en todo el mundo. Su enfoque en las capacidades del individuo inspiró una revolución en la medición y comprensión del desarrollo. Sobre la base de sus ideas, las Naciones Unidas publican anualmente desde 1990 su *Informe sobre desarrollo humano*. Esta publicación clasifica los países en una variedad de indicadores económicos y sociales siguiendo el espíritu de las capacidades proporcionado por

Sen. Este marco centrado en las personas, enfatizando las oportunidades y opciones que las personas pueden disfrutar para lograr una vida plena, en lugar de centrarse simplemente en la economía en la que viven los seres humanos, define el enfoque del desarrollo humano. El desarrollo humano es hoy fundamental para la Economía y la idea de desarrollo.

El mundo no es plano. Devolver la geografía a la Economía

En las décadas de 1980 y 1990, el mundo no solo se encontraba bajo un nuevo paradigma económico, el neoliberalismo, sino que también experimentaba una nueva revolución tecnológica, la revolución de la información y las telecomunicaciones. La fuerte disminución de los costos de transporte hacía posible que todo tipo de mercancías se distribuyeran por todo el mundo. Como había sucedido a finales del siglo XIX, los países comerciaban entre sí una gran proporción de su producción nacional. Sin embargo, esta «segunda ola de globalización» fue diferente. Con la llegada de Internet, de repente todos podíamos estar interconectados. La información fluía de un rincón del mundo a otro en tiempo real. Ahora vivíamos en una «aldea global».

Internet, las nuevas tecnologías y los menores costos de transporte hicieron que la producción pudiera descentralizarse. Como consecuencia, podríamos esperar que la población y la actividad económica también lo hicieran espacialmente. Como dijo *Thomas Friedman* (1953–), el mundo se estaba volviendo «plano». Pero, ¿era realmente así? Las tecnologías se difundieron, pero la realidad de la población y la actividad económica, desde los años ochenta y noventa, fue una mayor concentración espacial. Cuanto más nos permitía la tecnología vivir lejos unos de otros, más elegíamos estar en contacto físico entre

nosotros. El mundo no se estaba volviendo más plano sino más bien lo contrario: «puntiagudo», con una alta concentración espacial de población y actividad económica.

En su amor «moderno» por las matemáticas y el análisis abstracto, la Economía parecía haberse olvidado del contexto. Un factor contextual clave es sin duda la geografía. Devolver la geografía y el espacio a la escena ha sido el trabajo de muchos economistas modernos. *Jeffrey Sachs* (1954–) y sus coautores han destacado el papel fundamental de los factores geográficos en el proceso de desarrollo. El clima, así como características geográficas como montañas, ríos y acceso al mar, definen dónde se asienta la gente y dónde se concentra la actividad económica. La distribución espacial de la actividad económica (globalmente y dentro de los países) está lejos de ser aleatoria. En cambio, los asentamientos humanos y la actividad económica tienden a agruparse en ubicaciones particulares. Algunos de los primeros pueblos y ciudades surgieron en llanuras aluviales para beneficiarse de los suelos fértiles disponibles y del clima favorable. Los asentamientos romanos y medievales tendían a basarse en lugares estratégicos desde el punto de vista militar. La actividad económica actual está fuertemente concentrada en las costas y los ríos cercanos (navegables) para aprovechar las ganancias del comercio. Pero, una vez que la población y la actividad económica se concentran en lugares específicos, las personas y las empresas se sienten atraídas hacia esos lugares de una manera reforzada; esto es lo que llamamos «geografía de segunda naturaleza» o *fuerzas de aglomeración*. De manera similar a como la teoría de la *causalidad acumulativa circular* de Gunnar Myrdal explica la divergencia en desarrollo entre países, las fuerzas de aglomeración explican la concentración de la población y la actividad económica en el espacio. *Paul Krugman* (1953–) ganó el Premio Nobel en 2008 por explicar este proceso de concentración espacial.

Hoy en día, la concentración de población y actividad económica tiene lugar principalmente en ciudades cada vez más grandes. Las ciudades ofrecen infraestructuras, comodidades y un sinfín de servicios tanto para empresas como para particulares. Las ciudades también permiten que se produzca la división y especialización del trabajo, algo fundamental para la creación de riqueza, como nos explicó Adam Smith. Pero, además, la ciudad es el lugar para reunirse con otros. En las ciudades, las personas comparten espacios públicos y transporte público, se encuentran en bares y eventos públicos. Y la alta interacción social que ofrecen las áreas urbanas es fundamental para el triunfo de la ciudad. La gente quiere interactuar físicamente entre sí; queremos estar cerca de nuestros compañeros y amigos. La interacción «cara a cara» tiene un gran valor para nosotros; no solo nos ayuda a identificarnos con el bien público y con un objetivo común, sino que también nos permite compartir opiniones e ideas más fácilmente. Y las ideas son hoy, mucho más que antes, la clave del éxito económico.



Fig. 9. Más del 50 % de la población mundial vive ya en zonas urbanas de cada vez mayor tamaño. Las ciudades son hoy el motor del desarrollo económico.

Está claro que las ciudades son hoy en día fundamentales en nuestro sistema económico actual. Como destacan los economistas urbanos, desde *Jane Jacobs* (1916-2006) hasta *Edward Glaeser* (1967-), *Richard Florida* (1957-), *Vernon Henderson* (1972-) y muchos otros, las ciudades son hoy el motor del crecimiento y la prosperidad. Y este *triunfo de la ciudad* es evidente en los datos globales. Tan reciente como en 1970, solo el 36 % de la población mundial vivía en ciudades; hoy lo hace más del 55 % de la población mundial. Para el año 2050 se espera que más de dos tercios de la humanidad vivan en áreas urbanas. Nuestro mundo se está convirtiendo rápidamente en un mundo urbano, dominado por ciudades que continúan creciendo. Hoy ya existen más de 494 ciudades con más de un millón de habitantes. De estas, 32 tienen más de 10 millones de habitantes y 13 tienen más de 20 millones. Este proceso de urbanización y crecimiento de la ciudad parece imparable; cada año, el mundo alberga a 60 millones de nuevos residentes urbanos.[2]

Las ciudades nos han permitido estar juntos y explotar el gran potencial de nuestro trabajo conjunto; la urbanización y el desarrollo están estrechamente entrelazados. Pero el ritmo acelerado y la enorme magnitud del actual proceso de urbanización global también representan un gran desafío. Las grandes ciudades son hoy los lugares más desiguales del planeta. En ciudades como Londres y Nueva York, pero también en Lagos y Río de Janeiro, los multimillonarios conviven con los más pobres. Hoy en día, más de mil millones de personas, una de cada siete de la población mundial, viven en barrios marginales urbanos en todo el mundo (una cifra que alcanza la mitad de la población urbana en los países en vías de desarrollo).

2. Cifras sobre tasas de urbanización de la División de Población de las Naciones Unidas. Cifras sobre ciudades de la Plataforma de Datos Urbanos de la Comisión de la UE.

En estos barrios marginales, la gente vive sin acceso a servicios básicos como instalaciones mejoradas de saneamiento, agua potable o electricidad, y con sombrías perspectivas de encontrar trabajos decentes. Mejorar las condiciones de vida de nuestras ciudades y brindar oportunidades al creciente número de residentes urbanos es una de las principales prioridades si queremos vivir en un mundo próspero.

Todo empezó hace mucho tiempo. Los determinantes profundos del desarrollo

Introducir el papel de la geografía y el espacio en el análisis económico es esencial para comprender mejor no solo la distribución espacial de la población y la actividad económica, sino también el funcionamiento de los mercados, el papel del estado y, en última instancia, el proceso de desarrollo en sí. Otro factor contextual crítico, que de alguna manera perdió importancia en el análisis abstracto de la economía neoclásica y neoliberal, es la historia.

Durante mucho tiempo, los economistas se centraron en lo que llamamos los determinantes próximos del crecimiento económico a largo plazo. En las teorías clásicas del desarrollo, un elemento clave del desarrollo es la industrialización. En el marco neoclásico, la acumulación de factores y el progreso tecnológico se reconocen como los principales elementos que explican las diferencias de crecimiento entre países a lo largo del tiempo, como explicó el ganador del Nobel de 1987, *Robert Solow* (1924–). Pero, ¿de dónde viene el progreso tecnológico? Para *Robert Lucas* (1937–), premio Nobel en 1995, y *Paul Romer* (1955–), premio Nobel en 2018, el crecimiento es endógeno: la misma acumulación de capital, especialmente de capital humano, es la que fomenta la innovación y el progreso tecnológico. Pero, ¿por qué algunos países logran tasas más al-

tas de acumulación de capital y progreso tecnológico? Si bien los modelos de crecimiento neoclásicos pueden explicar los patrones de crecimiento modernos, no explican las dinámicas a muy largo plazo. ¿Por qué algunos países han podido industrializarse y otros no? ¿Cómo explicar los caminos diferentes que las sociedades han tomado durante la historia? La búsqueda de la respuesta a estas preguntas ha llevado a un esfuerzo moderno para comprender lo que llamamos los determinantes *fundamentales* o *profundos* del desarrollo. Y la búsqueda de estos determinantes profundos implica una mirada a la geografía, las instituciones y la historia.[3]

La geografía es claramente importante para el desarrollo. Los altos costos de transporte, la lejanía, los terrenos montañosos abruptos o el hecho de no tener litoral pueden reducir significativamente el potencial de crecimiento de los países al menguar sus oportunidades comerciales, su inversión y su absorción de tecnología. De hecho, investigaciones recientes muestran que las variaciones en el desempeño económico que vemos hoy en día entre distintos lugares reflejan diferencias iniciales en factores geográficos, así como accidentes históricos. Estas diferencias geográficas iniciales, o accidentes históricos, se manifiestan a lo largo del tiempo en variaciones en factores institucionales, sociales, culturales y políticos.[4] Así, los factores geográficos dan a algunos lugares una ventaja que se magnifica con el tiempo y que nos ayuda a explicar las vastas diferencias espaciales que vemos hoy.

3. La atención se ha centrado en varios posibles determinantes profundos del desarrollo, incluidas las diferencias culturales (Ashraf y Galor, 2012), factores biogeográficos (Diamond, 1997), factores geográficos (Gallup *et al.* 1999, 2001; Easterly y Levine 2003), instituciones (Acemoglu *et al.*, 2001, 2002; Rodrik *et al.*, 2004; Besley y Persson, 2011 y Acemoglu y Robinson, 2012) y, más recientemente, incluso características genéticas (Ashraf y Galor, 2013).
4. Como bien explican los trabajos de Paul Krugman, Diego Puga y Tony Venables, Vernon Henderson y otros.

La investigación económica también ha sugerido lo esencial de las instituciones para la acumulación de capital, el cambio tecnológico y, en última instancia, el desarrollo. La relevancia de las instituciones en la prosperidad de las naciones ha estado presente desde los inicios del pensamiento económico moderno, desde Adam Smith hasta Thorstein Veblen, *John Rogers Commons* (1862–1945), *John Kenneth Galbraith* (1908–2006) y *Elinor Ostrom* (1933–2012), la primera mujer en ganar el Premio Nobel de Economía en 2009.[5] Las instituciones, en su definición amplia, se entienden generalmente como «las reglas del juego» que influyen en el funcionamiento de la economía y los incentivos que motivan a las personas.[6] Las instituciones incluyen tanto reglas formales —*de iure*— como informales —*de facto* (como códigos y estándares de conducta). Además, los individuos deben creer en las normas, lo que hace que los valores, la cultura, la ideología y la religión también sean determinantes fundamentales de los marcos institucionales. En Economía, dos conjuntos de elementos, centrales pero interrelacionados, definen en última instancia las instituciones: *los derechos de propiedad y los costos de transacción*, por un lado, y los *incentivos*, por el otro. Así, se consideran buenas aquellas instituciones que establecen unos derechos de propiedad claros y que minimizan los costos de transacción, lo que permite una asignación eficiente de recursos, una mayor especialización y comercio. Así mismo, las buenas instituciones introducen incentivos económicos adecuados que fomentan el trabajo duro, la inversión y la asunción de riesgos. Pero, así como las buenas instituciones definen las posibilidades de una mayor prosperidad, los incentivos inapropiados pueden llevar a una baja adopción de tecnología, poca innovación, búsqueda de

5. Ver los trabajos de Coase (1960), Williamson (1975), North (1989, 1990) y Besley (1995).

6. Tal como lo definen Acemoglu y Robinson.

rentas, toma de decisiones miopes y corrupción. Las instituciones, según muchos economistas actuales, son de hecho la principal razón por la que las naciones fracasan o prosperan. Para *Daren Acemoglu* (1967–) y *James A. Robinson* (1960–), en su libro *Por qué fracasan los países* (2012), el elemento clave radica en la diferencia entre instituciones *extractivas* e *inclusivas*. Las instituciones extractivas se caracterizan por la explotación de la mayoría por parte de una élite que concentra el poder y modela las reglas a su favor, y deja al resto con incentivos limitados para el trabajo duro y la innovación. Por el contrario, las instituciones inclusivas se caracterizan por tener derechos de propiedad seguros, la prestación de servicios públicos que garantizan la igualdad de condiciones, mercados inclusivos e incentivos que fomentan la innovación y la inversión. Así, las instituciones económicas inclusivas están asociadas con la *destrucción creativa* que comentamos antes, así como con el pluralismo en el proceso político y el respeto y aplicación de las reglas. Tanto las instituciones extractivas como las inclusivas experimentan procesos retroalimentados, lo que significa que los países pueden encauzarse por caminos divergentes: aquellos que adoptan instituciones inclusivas, entrando en un círculo virtuoso, mientras que aquellos que sufren instituciones extractivas, cayendo en un círculo vicioso.

Pero, ¿por qué algunas sociedades disfrutan de mejores instituciones que otras? ¿Cómo evolucionan las instituciones con el tiempo? Estas no son preguntas fáciles. Pero ahora sabemos que la geografía y la historia han desempeñado un papel importante en el surgimiento de las instituciones modernas. Los factores geográficos, así como los rasgos históricos, incluso aquellos que parecen insignificantes, pueden tener impactos duraderos en el desarrollo institucional. Se ha demostrado que las variaciones en la dotación de recursos y en el entorno epidemiológico, por ejemplo, explican el surgimiento de diferentes tipos de instituciones en las sociedades. Para las excolonias,

los economistas creen que la geografía dictaba la forma del dominio colonial, que finalmente definió las diferencias entre países que vemos en los marcos institucionales de hoy. La colonización, la esclavitud, las guerras y la forma en que se definieron las fronteras determinaron la evolución institucional de las diferentes sociedades y, en última instancia, las perspectivas de desarrollo y prosperidad.

En aquellos países donde las instituciones se deterioran, aumenta el riesgo de inestabilidad socioeconómica y política. El conflicto no solo obstaculiza el desarrollo, sino que a su vez también conduce al fracaso de los estados y al colapso de las sociedades. En los estados fallidos, las posibilidades de estabilidad y paz disminuyen. Por tanto, el conflicto puede mantener a sociedades enteras inestables, pobres y subdesarrolladas. Los países en conflicto se encuentran de hecho entre los de peor desempeño en muchos indicadores socioeconómicos y políticos. Pero, ¿por qué algunos países son más propensos a los conflictos que otros? ¿Es solo el resultado del deterioro de las instituciones? Si bien las instituciones claramente representan un papel, los factores históricos también lo hacen. El legado duradero de la esclavitud y las guerras puede condenar a un país a un riesgo permanente de conflicto. Del mismo modo, los factores geográficos también pueden ser determinantes. Detrás de los recientes conflictos en países del África subsahariana y Oriente Medio, como es el caso sirio, encontramos condiciones climáticas en deterioro que reducen la productividad agrícola y empujan a poblaciones enteras al borde de la supervivencia.

Como podemos ver, las diferencias en términos de características geográficas, así como los eventos históricos, por lejanos que parezcan, pueden tener consecuencias duraderas y crear patrones naturales de divergencia entre diferentes lugares que son difíciles de revertir. Como lo entendieron los economistas del desarrollo clásicos, existe una inercia o *dependencia de*

trayectoria significativa en la evolución de las sociedades. Por lo tanto, para que podamos analizar el desempeño de una economía hoy, debemos considerar su geografía y toda su historia. La riqueza de una nación hoy, así como la prosperidad de que disfrutan sus ciudadanos, están influenciadas tanto por el arduo trabajo de su gente y las políticas acertadas de su gobierno como por el legado de la geografía y la historia.

A medida que los economistas han recuperado la geografía y la historia en sus análisis, nos hemos dado cuenta de que los determinantes del desarrollo están enraizados en dinámicas históricas mucho más de lo que esperábamos. Y la relevancia de los determinantes profundos del desarrollo también implica que estamos más conectados de lo que pensamos. La humanidad siempre ha estado en movimiento, con migraciones masivas constantes. Las naciones han luchado y se han conquistado unas a otras; también han intercambiado mercancías, cultura e ideas. En este largo proceso de intercambio, las sociedades se han influido mutuamente de forma duradera. El destino de una nación específica en la actualidad puede depender de eventos no solo pasados, sino también que ocurrieron al otro lado del mundo. De manera similar, esto significa que el futuro de las naciones individuales depende de sus propias acciones, así como de los eventos que ocurren en otros lugares. Como humanidad, somos uno y nuestro futuro lo escribimos entre todos. El aislamiento es insostenible; cuidar del otro es tan importante como cuidar de nosotros mismos. Ninguna nación puede prosperar durante mucho tiempo si sus vecinos permanecen en la pobreza. Cuanto antes aprendamos esta lección, mejor.

El diablo está en los detalles. Ayuda, pobreza y la revolución microeconómica

Hoy, cerca de mil millones de personas, casi una de cada siete de la población mundial, todavía viven en pobreza extrema. La mayoría de estas personas se concentra en países del África subsahariana y, en mucho menor grado, en algunos países de Asia y América Latina. Al menos desde las últimas décadas del siglo XX, todos estos países, de una forma u otra, han implementado planes de desarrollo a escala nacional para erradicar la pobreza y lograr el desarrollo económico. La mayoría de ellos también han recibido importante ayuda internacional en forma de asistencia y grandes sumas de dinero. Sin embargo, el éxito ha sido limitado. Hemos visto que muchos países en vías de desarrollo, por ejemplo en Asia oriental, han experimentado una transformación notable y han pasado de ser economías atrasadas y pobres a convertirse en economías industriales y activas. Pero muchos otros países, especialmente en el África subsahariana, siguen estancados y con ingresos bajos. Sus economías, en gran medida, siguen siendo preindustriales. Las condiciones de vida apenas han mejorado en décadas y, en algunos casos, incluso se han deteriorado. Una gran proporción de la población vive sin acceso a los servicios básicos, la desnutrición es generalizada y la esperanza de vida apenas supera los cincuenta años, cuando el promedio mundial ronda los ochenta. Mientras el resto del mundo avanza, estos países parecen «atrapados» en la pobreza y el subdesarrollo. Y hoy, las diferencias en niveles de desarrollo entre países son abismales; el ingreso per cápita del ciudadano medio del mundo desarrollado, por ejemplo en Estados Unidos o en la Europa occidental, es cuarenta veces mayor que el del ciudadano medio en el África subsahariana.

¿Por qué, después de tantas décadas de pensamiento y políticas económicas, tantos países siguen siendo pobres? ¿Por

qué es tan difícil erradicar la pobreza generalizada? Escapar de la pobreza y el subdesarrollo no parece tarea fácil. La pobreza puede ser, como hemos visto, muy persistente. Los economistas del desarrollo del siglo XX comprendieron la naturaleza no lineal del proceso de desarrollo y las posibilidades de que los países quedaran atrapados en la pobreza y el subdesarrollo. Los economistas del desarrollo modernos se han dado cuenta del gran poder y las dimensiones de estas *trampas de pobreza*. El economista británico *Paul Collier* (1949–), de la Universidad de Oxford, ve cuatro trampas que atrapan a los países en la pobreza. La primera es la alta dependencia de los recursos naturales, que conduce a lo que los economistas llaman *la maldición de los recursos naturales*: el dinero fácil procedente de los recursos naturales reduce los incentivos para la inversión, la innovación y el cambio tecnológico, retrasa la industrialización y obstaculiza el desarrollo. Pensemos en los países africanos ricos en recursos, que a veces son los más afectados por la pobreza y los conflictos. La segunda trampa es no tener salida al mar y tener malos vecinos, lo que limita el comercio y el acceso a nuevas ideas y conocimientos. Las trampas tercera y cuarta se relacionan con la corrupción y el conflicto, que, como hemos visto, pueden volverse persistentes. Estas cuatro trampas, como explica Collier en su libro *The Bottom Billion* (2007), pueden ser tan fuertes como para mantener a sociedades enteras inestables, pobres y subdesarrolladas.

¿Cómo escapar de las trampas de la pobreza? Según muchos, incluido el propio Paul Collier y el mencionado Jeffrey Sachs, los países atrapados necesitan ayuda externa, ya sea en forma de apoyo financiero, asistencia o incluso intervención. En pocas palabras, la *ayuda internacional* hasta la fecha no ha sido suficiente, ni está bien diseñada para permitir que los países pobres salgan de las trampas de la pobreza. Para los países más pobres, afectados por una geografía difícil, corrupción y conflictos, la ayuda no solo es esencial, sino que, para que ten-

ga éxito, también debe ser integral y coordinada, y debe abordar todas las trampas simultáneamente. No abordar una trampa puede arruinar cualquier éxito al abordar las otras.

Pero no todo el mundo cree que lo que necesitan los países pobres es más ayuda. Para algunos economistas, lo que necesitan es *menos* ayuda, no más. Como explica *William Easterly* (1957–) en *La carga del hombre blanco* (2006), la ayuda internacional introduce incentivos equivocados para los gobiernos en los países subdesarrollados. En lugar de fomentar el entorno adecuado para que la economía florezca y pueda permitirse los bienes públicos necesarios, los gobiernos corruptos simplemente confían en las ganancias inesperadas que representa la ayuda internacional. La ayuda, de esta manera, introduce incentivos erróneos y alimenta la búsqueda de rentas, lo que obstaculiza el desarrollo.

Entonces, ¿los países pobres necesitan más o menos ayuda? Como explican *Abhijit Banerjee* (1961–) y *Esther Duflo* (1972–) en *Repensar la pobreza* (2015), es posible que estemos abordando la cuestión desde la perspectiva equivocada. Si bien la mayoría de los economistas han analizado los problemas que afrontan los países pobres, Banerjee y Duflo se han centrado en la realidad de la vida de *las personas* pobres. En lugar de mirar la imagen macro, se centran en lo micro; en lugar de estudiar las trampas de la pobreza a escala de país, tratan de comprender cómo operan estas trampas individualmente. Y para comprender mejor qué políticas funcionan y cuáles no, Banerjee y Duflo estudian situaciones específicas que se basan en el uso de *ensayos de control aleatorio* (RDC, por sus siglas en inglés), es decir, el uso de experimentos que asignan sujetos al azar a dos o más grupos, los tratan de manera diferente y luego los comparan con respecto a una respuesta medida. El grupo «tratado» recibe la intervención que se está evaluando, mientras que el «grupo de control» recibe un tratamiento alternativo, como un placebo, o ninguna intervención. El uso de téc-

nicas experimentales y un enfoque novedoso en economía para estudiar cuestiones de gran interés, en particular el alivio de la pobreza, dieron a Banerjee y Duflo, junto con *Michael Kremer* (1964–), el Premio Nobel en 2019.

Lo que está claro es que, para comprender la pobreza, el subdesarrollo y los problemas sociales en general, ya no basta con la teoría. Conocer el panorama general, así como los detalles pequeños y aparentemente insignificantes, es igualmente importante. Los diferentes desafíos que afrontan los países y sus pueblos deben entenderse adecuadamente para que se diseñen políticas eficaces. Y con la revolución de la información de los tiempos modernos, los economistas tienen a su disposición no solo el gran conocimiento acumulado a lo largo de la historia de la disciplina, sino también las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías, técnicas y datos; desde la econometría tradicional hasta los nuevos algoritmos sofisticados, el aprendizaje automático y el uso de grandes bases de datos (*big data*). Así, para comprender adecuadamente los problemas sociales, los economistas modernos deben dominar la teoría abstracta, el análisis del contexto y el legado de la historia (como nos había advertido Schumpeter), y combinar todo esto con el análisis de toda la información oculta en el flujo masivo de datos que ahora tenemos a nuestra disposición.

Malthus ha vuelto. Límites al crecimiento

En nuestra realidad global, como hemos visto, todavía podemos encontrar privaciones persistentes entre millones de personas. Después de siglos de industrialización y expansión económica, parece que no todo ha sido suficiente. Pero, ¿es más crecimiento económico la respuesta? ¿Podemos crecer indefinidamente? ¿Hay límites para el crecimiento?

Otro error persistente en economía ha sido concebir nuestro sistema económico como lineal, donde los recursos se explotan y transforman para satisfacer las necesidades humanas. De esta forma, cuantos más recursos podamos transformar y consumir, mejor. Esta búsqueda constante de más recursos ha sido un tema subyacente de la historia que ha llevado a los exploradores a lo desconocido, a las naciones a colonizarse unas a otras y a cada uno de nosotros a trabajar más duro. Y en nuestra búsqueda, llegamos a suponer, en cierto modo inexplicablemente, que, aunque localmente limitados, los recursos eran ilimitados a escala global. Sorprendentemente, si bien la Economía es la ciencia que estudia la escasez, concebimos nuestro sistema económico como ilimitado y con el potencial de crecer para siempre.

Nuestro deseo de consumir cada vez más se agrava con el hecho de que cada vez somos más. Hace veinte mil años había unos pocos miles de humanos en todo el planeta. A finales del siglo XVIII (la época en que Adam Smith y los economistas clásicos estaban sentando las bases modernas de la disciplina), la población mundial alcanzó los mil millones de habitantes. Hoy somos más de 7.600 millones. Y no paramos de crecer; para 2050, según estimaciones de la ONU, la Tierra podría albergar diez mil millones de seres humanos. Diez mil millones de personas que alimentar, ansiosas de recursos, con aspiraciones y sueños como tú y yo. Todo ello se traduce en más recursos para ser explotados y consumidos, más contaminación y mayor impacto ecológico. Pero, ¿hasta dónde podemos llegar? Si hoy luchamos por mantener a los 7.600 millones, ¿cómo lo haremos cuando seamos diez mil millones? ¿Cómo gestionará el planeta el impacto de esta lucha? ¿A cuántas personas puede mantener la Tierra?

Nuestro constante crecimiento económico y demográfico ha llevado nuestro impacto al extremo. Hoy, sin darnos cuenta, vivimos una verdadera crisis ecológica global. Desde la Re-

volución Industrial, hemos explotado la energía de nuestro sol almacenada durante millones de años bajo nuestros pies en forma de combustibles fósiles. Esta fuente de energía mágica nos ha permitido producir como nunca antes y, así, prosperar y multiplicarnos. Pero nuestra inquebrantable sed de combustibles fósiles también ha alterado radicalmente nuestra atmósfera y ha impulsado lo que ahora parece un calentamiento global «desbocado». Este *cambio climático antropogénico*, junto con nuestro devastador impacto ambiental en todo el mundo, ya ha puesto en marcha la *sexta extinción masiva* en los más de cuatro mil millones de años de vida en la Tierra. Una situación que ya no se puede ignorar y que nos pone al borde del colapso ecológico global.

La realidad de los *límites al crecimiento* ha preocupado a los economistas durante mucho tiempo. Ya en los escritos clásicos de finales del siglo XVIII, Thomas Malthus describió la tendencia natural del crecimiento de la población a agotar los recursos disponibles, como comentamos en el capítulo 3. Sin em-



Fig. 10. Más de doscientos años después de Malthus, nos enfrentamos a una explosión demográfica con efectos potencialmente devastadores para la vida en el planeta.

bargo, las sombrías predicciones del colapso que hizo Malthus siempre fueron eclipsadas por las promesas más brillantes del cambio tecnológico y el crecimiento económico sostenible. Dos siglos después de que Malthus nos advirtiera sobre la dinámica exponencial del crecimiento, sus preocupaciones han adquirido una escala global. La explosión demográfica, el cambio climático y el riesgo de colapso ecológico se han convertido probablemente en los mayores desafíos de la humanidad y nos enfrentan a todos con la urgente necesidad de actuar.

La sombría situación a la que nos enfrentamos ha obligado a los economistas a comprender la verdadera escala global de un objetivo central de la disciplina, a saber, el estudio de la asignación eficiente de recursos escasos. Por irónico que parezca, apenas estamos empezando a reconocer plenamente la escasez y los límites de nuestro crecimiento. En 1968, *Paul R. Ehrlich* (1932) publicó *La bomba demográfica*, y en 1972, El Club de Roma, una organización no gubernamental formada por científicos y políticos, publicó el primer informe *Límites al crecimiento*. Desde entonces, la cuestión del crecimiento demográfico y económico insostenible ha atraído una atención creciente. En 2018, *William Nordhaus* (1941–) y Paul Romer recibieron el Premio Nobel de Economía por su trabajo sobre «integrar el cambio climático y las innovaciones tecnológicas en el análisis macroeconómico a largo plazo». Hoy, ya no podemos pensar en el desarrollo económico y humano si no pensamos también en el *desarrollo sostenible*. Definido de forma simple, el desarrollo sostenible es aquel en el que nuestra capacidad de satisfacer nuestras necesidades hoy no restringe la de los demás, así como la de las generaciones futuras. Esto conlleva la necesidad de rediseñar una estructura económica que considere y proteja los sistemas ecológicos que engloban toda nuestra actividad humana. Y esto tiene profundas implicaciones para los economistas: así como el destino de la humanidad será bastante desolador si no abordamos la crisis ecológica, la

Economía no tiene futuro si no adaptamos seriamente nuestras teorías y análisis a la realidad de un planeta finito y frágil. Debemos entender que la principal fuente de riqueza y prosperidad reside en la salud de nuestro planeta; nuestra búsqueda de la prosperidad no tiene sentido si no nos preocupamos por la casa compartida en la que todos vivimos.

¿Medimos mal? Medir la prosperidad

Después de todo, ¿cómo debemos medir el desempeño de un sistema económico? ¿Cómo sabemos si una economía va bien? Y si la máxima preocupación de un economista debe ser la mejora de la vida de las personas, ¿cómo podemos medir esas mejoras?

Durante mucho tiempo, el éxito económico de los países se midió principalmente en términos de acumulación de oro, plata y «reservas» (es decir, divisas), o por la producción industrial y el número de existencias, o incluso la producción y la exportación de productos básicos. Esto cambió con la Gran Depresión de 1929. La crisis trajo tiempos difíciles a Estados Unidos y a muchas otras economías del mundo. Fueron años de declive económico, con un aumento del desempleo y del descontento social. La recuperación económica fue la máxima prioridad, lo que se tradujo en la necesidad de realizar un seguimiento adecuado de la evolución en dimensiones económicas esenciales. «Si no se puede medir no existe», suelen decir los economistas. En la década de 1930, un economista de origen ruso que emigró de la Unión Soviética a Nueva York en 1922 sentó las bases de los sistemas modernos de cuentas nacionales que todavía utilizamos en la actualidad. Se trata de *Simon Kuznets* (1901-1985), un economista clave del siglo xx, investigador de la Oficina Nacional de Investigaciones Económicas, que ganó el Premio Nobel en 1971. En la década de

1930, Kuznets desarrolló el sistema nacional de contabilidad de ingresos para Estados Unidos. El sistema se extendió por todo el mundo como resultado de la Conferencia de Bretton Woods, donde los líderes mundiales coincidieron en la necesidad de mejorar el bienestar económico como algo fundamental para lograr una paz mundial duradera. Desde entonces, y según las ideas de Kuznets, la forma de medir la situación económica de un país ha sido el *producto interior bruto* (PIB). El PIB es una estimación de la producción de una economía, medida a precios de mercado y sumando todos los bienes y servicios finales que se producen y se comercializan por dinero dentro de un período de tiempo determinado, generalmente un año. Y así, medir el PIB año tras año nos permite saber cómo evolucionan la producción y los precios a lo largo del tiempo. El aumento de precios es lo que llamamos *inflación*. El aumento de la producción es el *crecimiento económico*. En términos per cápita (es decir, dividido por la población total), el PIB es un indicador del ingreso medio y su evolución a lo largo del tiempo (controlando la inflación) es la medida más comúnmente utilizada de la mejora de las condiciones de vida (materiales).

Pero ya en 1934, Kuznets advirtió del riesgo de equiparar crecimiento del PIB con bienestar económico o social. El PIB, como señala la misma Oficina de Análisis Económico de Estados Unidos, nos ayuda a responder preguntas como: ¿a qué velocidad crece la economía?, ¿cuál es el patrón de gasto en bienes y servicios?, ¿qué porcentaje del aumento en la producción se debe a la inflación?, y ¿cuántos de los ingresos producidos se utilizan para el consumo y no para la inversión o el ahorro? Todas estas son preguntas importantes, pero no necesariamente nos dicen cómo evoluciona el bienestar de la sociedad.

Como podemos ver, el PIB se creó en tiempos de declive económico y descontento social con el objetivo de rastrear la

recuperación económica y, en particular, la evolución del desempleo. Pero la contabilidad del PIB es muy limitada y arriesgada, como advirtió desde el principio Kuznets. Hay muchas cosas que el PIB no mide pero que aportan valor a nuestra vida; por ejemplo, el trabajo doméstico o el tiempo libre para disfrutar con amigos y familiares. Otro problema importante con la contabilidad del PIB es que fomenta el agotamiento de los recursos naturales más rápido de lo que pueden renovarse. Cuando contaminamos, por ejemplo, para producir los bienes que consumimos, el PIB no considera el impacto negativo de la contaminación. Otra preocupación sobre el PIB como medida de progreso es lo que se conoce como el «efecto umbral»: a medida que aumenta el PIB, la calidad de vida media también lo hace, pero solo hasta un umbral; más allá de este punto, el aumento del PIB a menudo no da lugar a un nuevo aumento de la calidad de vida, incluso puede llevar a una disminución de la misma. Como dice la gente a veces, el dinero no puede comprarlo todo. Finalmente, el PIB per cápita mide un promedio. Pero la realidad es dispar entre los ingresos de la población. Esta alta desigualdad de nuestras sociedades modernas es de hecho un gran desafío que discutiremos en la próxima subsección.

Todos los problemas con el PIB no significan que debamos dejar de medir la producción económica, como se hace con la contabilidad del PIB. En los países pobres, la cruda realidad es una muy baja producción (y, por lo tanto, pocos ingresos) per cápita. En estos países, el crecimiento económico es vital y urgente. Pero en los países más ricos, donde el PIB per cápita ya es alto, nuestra obsesión por el crecimiento económico es extremadamente peligrosa y nos lleva al colapso ecológico. Necesitamos reformar y mejorar nuestras cuentas nacionales para reflejar mejor los problemas a los que nos enfrentamos hoy. Esto implica no solo rastrear la actividad económica, como se hace con la contabilidad del PIB, sino

también prestar mucha atención a otras dimensiones tan importantes o más que el crecimiento económico. Estas deben incluir al menos la *distribución de ingresos*, la justicia y movilidad social, la satisfacción cultural y espiritual, la protección de nuestro capital natural y el control de nuestro impacto ecológico.

Tratar de ir más allá de la contabilidad tradicional del PIB ha sido uno de los principales objetivos de muchos economistas modernos, desde John Kenneth Galbraith hasta *Angus Deaton* (1945–), premio Nobel en 2015 por su contribución al análisis de la pobreza y la medición del bienestar. En esta línea, se han desarrollado varios indicadores alternativos en las últimas décadas, incluyendo medidas para intentar calibrar el bienestar e incluso la felicidad. Estas nuevas medidas ya nos han enseñado que nuestro punto de medición puede haber estado fuera de lugar. Más allá de la satisfacción de las necesidades básicas, lo que realmente importa para las personas en la mayoría de los casos no son más pertenencias materiales, sino simples cosas intangibles, como poder pasar tiempo con la familia, estar enamorado, disfrutar de las relaciones sociales y un medio ambiente limpio. Parece increíble que nos haya tomado tanto tiempo darnos cuenta de esto. Es hora de dejar de lado nuestra obsesión con la contabilidad de PIB y poner más énfasis en rastrear el éxito económico de nuestras sociedades en términos de lo que realmente importa para las personas.

Realidades paralelas. El precio de la desigualdad

Como hemos señalado, un problema de nuestros sistemas de contabilidad nacional es que prestan demasiada atención a los promedios. Pero las sociedades de hoy están marcadas por una distribución muy desigual de la renta y la riqueza. Los niveles de ingresos medios, incluso en los países de ingresos altos,

ocultan grandes disparidades entre los miembros de una misma sociedad. Y a medida que las economías crecen, las desigualdades suelen aumentar.

El aumento de la desigualdad fue una característica de la época dorada de la primera ola de globalización, a finales del siglo XIX y principios del XX. Luego, en las décadas de la postguerra, las desigualdades disminuyeron en la mayoría de los países, en parte debido a la intervención estatal y al ascenso del estado de bienestar y de las ideas socialistas. Sin embargo, después de la década de 1970 y la segunda ola de globalización, las desigualdades volvieron a aumentar.

Pero para el credo neoliberal dominante, el aumento de las desigualdades no fue una preocupación importante, como hemos mencionado. El aumento de las desigualdades se consideró natural para el crecimiento económico que eventualmente beneficiaría a todos, como afirma la idea de la «economía de goteo». Pero la realidad es que, durante las últimas décadas de crecientes desigualdades, grandes proporciones de la población han quedado relegadas del crecimiento económico. Si bien algunos se han beneficiado sustancialmente de las tecnologías modernas y del crecimiento económico, la mayoría han visto que se estancaban sus ingresos y muchos otros siguen viviendo en condiciones muy precarias.

La preocupación por el aumento de las desigualdades cobró fuerza después de la Gran Recesión de 2008. En 2007, las desigualdades en lugares como Estados Unidos alcanzaron niveles solo comparables a los de 1929. No es coincidencia que ambos picos en los niveles de desigualdad, especialmente en la concentración de ingresos y riqueza en manos de los *superricos*, fueran seguidos por las dos grandes crisis económicas de los últimos cien años. Este hecho impactante puso fin a la ingenua idea de la economía de goteo y la desigualdad inofensiva. Las preocupaciones de los economistas sobre los peligros de la desigualdad finalmente cobraron fuerza y grandes figuras alzaron

la voz para alarmar sobre la alta desigualdad y los riesgos asociados a ella. En 2012, *Joseph Stiglitz* (1943–), exjefe del FMI y premio Nobel en 2001, publicó *El precio de la desigualdad*, donde resumía y explicava vívidamente el alto precio que todos pagamos como consecuencia de las excesivas desigualdades que caracterizan a la mayoría de los países modernos. En 2016, *Branko Millanović* (1953–), experto mundial en medición y estudio de la desigualdad, publicó *Desigualdad mundial*. Como explicaron Stiglitz, Millanovic y otros, mientras que algo de desigualdad puede fomentar el trabajo arduo, la asunción de riesgos, la innovación y el crecimiento, cuando las desigualdades se disparan las sociedades sufren. La alta desigualdad reduce la acumulación de capital, limita la demanda efectiva, erosiona la cohesión social y deteriora las instituciones. Como destacan muchos economistas modernos, las desigualdades se encuentran dentro de las causas fundamentales de muchos de los desafíos actuales, que incluyen no solo el declive económico, sino también el malestar social, el descontento político y el populismo, e incluso la degradación medioambiental.[7] La obra de *Thomas Piketty* (1971–) *El capital en el siglo XXI* (2014) se convirtió en un éxito de ventas internacional al explicar la evolución de las crecientes desigualdades en nuestro sistema económico moderno. Como explica Piketty, en las últimas décadas de globalización y políticas neoliberales, la tasa de retorno del capital ha superado constantemente la tasa de crecimiento económico. Como el capital suele estar en manos de los ricos, este simple hecho se traduce en un aumento de las desigualdades.

Las desigualdades económicas no vienen solas. De forma preocupante, el poder económico viene asociado al poder político que se concentra en manos de unos pocos individuos. Y esta concentración del poder político limita la capacidad de reacción de las sociedades. Así, la desigualdad económica im-

7. Como muestran investigaciones recientes.



Fig. 11. Las crecientes desigualdades desgarran nuestras sociedades modernas hasta el punto de poner en riesgo su sostenibilidad. Estas desigualdades son hoy sobre todo aparentes en las grandes ciudades, donde los más ricos coexisten al lado de los más pobres.

pulsa la desigualdad política, en un ciclo que se refuerza a sí mismo erosionando progresivamente las instituciones económicas y políticas. Como hemos comentado, las instituciones son esenciales para el desarrollo económico y la prosperidad duradera.

Hoy, los economistas destacan cómo la desigualdad que vemos a nuestro alrededor se está convirtiendo cada vez más en un resultado del desigual acceso a las oportunidades básicas. Nadie nace como un profesional exitoso; para que las personas tengan éxito, la educación, la atención médica y un buen entorno social son fundamentales. Pero el acceso a estas oportunidades básicas está hoy muy determinado desde el nacimiento, principalmente por el país y la familia donde se nace. Y esto es especialmente cierto en aquellos países con sistemas de bienestar débiles, donde los pobres tienen pocas posibilidades de acceder a atención médica gratuita o educación de calidad.

Así, la desigualdad de oportunidades se traduce en una movilidad social muy baja. En los Estados Unidos, por ejemplo, se necesitan cinco generaciones para que alguien nacido en una familia de bajos ingresos gane un salario medio.[8] Y esto está muy relacionado con el acceso a la educación: la correlación en la educación entre generaciones puede ser tan alta como 0,7. La historia del sueño americano y de una «tierra de oportunidades», según la cual cualquiera puede prosperar trabajando arduamente, es hoy una mera ilusión.[9]

En una línea similar, varios economistas defienden hoy la aplicación de una *renta básica universal* (RBU). La idea descansa en una asignación mínima de dinero, no solo para disminuir las desigualdades y garantizar un ingreso mínimo para todos, sino también para fomentar la demanda. Varios países han implementado algo parecido a una RBU, incluidos Finlandia, Brasil y España, no sin un acalorado debate político con la derecha económica en su contra. Irónicamente, uno de los primeros en proponer algo como la RBU fue Milton Friedman, el campeón de la desregulación y las políticas neoliberales. Mientras Friedman estaba en contra del estado de bienestar, defendió un impuesto sobre la renta «negativo» (algo así como la RBU). Friedman consideraba que el estado de bienestar y la prestación de servicios por parte del estado perturba-

8. En España se necesitan cuatro generaciones para que alguien nacido en una familia de bajos ingresos obtenga un salario medio. En Colombia, uno de los países con menor movilidad social, el número es tremendo: se necesitan once generaciones para que alguien nacido en una familia de bajos ingresos gane un salario medio. <https://www.weforum.org/agenda/2018/08/moving-up-the-income-ladder-takes-generations-how-many-depends-on-where-you-live/>

9. Joseph Ferrie, de la Universidad del Noroeste; Catherine Massey, de la Universidad de Michigan; y Jonathan Rothbaum, del U.S. Census Bureau. <https://www.weforum.org/agenda/2016/10/us-social-mobility-might-be-even-worse-than-you-thought>

ban los mercados. Por el contrario, un impuesto sobre la renta negativo ayudaría a las personas pobres a tomar sus propias decisiones libres en una economía de mercado (basta leer sus libros *Capitalismo y libertad*, de 1962, y *Libertad de elegir*, de 1980). Más allá de la concepción de Friedman de los impuestos sobre la renta negativos, y a pesar de que la idea ha ganado popularidad recientemente, la RBU no debe verse como la panacea. Las cuestiones relacionadas con su viabilidad, la introducción de incentivos potencialmente incorrectos (especialmente en el mercado laboral) e incluso las preocupaciones sobre la identidad y el papel de las personas en la sociedad aún no son del todo claras. En cualquier caso, y al igual que con otras alternativas políticas, una RBU es simplemente otra herramienta potencial que, si se implementa correctamente, puede ayudarnos a combatir la desigualdad y la pobreza.

Un siglo y medio después de Marx, las dinámicas distributivas y las preocupaciones sobre cómo las desigualdades pueden erosionar nuestro propio sistema socioeconómico y político vuelven a estar en la agenda. El estudio de las desigualdades es hoy un tema central en Economía, como debería haberlo sido siempre. Las cuestiones distributivas desempeñaron un papel central en la economía clásica y nunca más deben ignorarse. Así como mencionamos la dimensión ambiental del desarrollo sostenible, existe una dimensión social igualmente importante. Como muestra la historia, ningún sistema puede durar mucho tiempo soportando altos niveles de desigualdad y fracturas sociales. El declive político de Estados Unidos es solo uno de los últimos ejemplos de esta cruda realidad. Por lo tanto, abordar las crecientes desigualdades que sufrimos no solo es necesario desde el punto de vista ético, sino también fundamental para el buen funcionamiento de nuestro sistema económico, para unas instituciones políticas sólidas y para sociedades duraderas y prósperas.

EPÍLOGO

La búsqueda de la felicidad

Nuestra esquiva búsqueda de la prosperidad nos ha llevado a través de milenios de pensamiento económico, desde las civilizaciones antiguas hasta los tiempos modernos. En nuestra búsqueda, hemos visitado la antigua civilización egipcia, donde el emperador y los sacerdotes supervisaban el ciclo del Nilo, la columna vertebral de la sociedad. En la otra orilla del Mediterráneo, conocimos a Hesíodo, Jenofonte y los grandes filósofos griegos del pasado. También visitamos la India y la China para encontrarnos con Chanakia, Confucio y Chuang Tzu. De manera similar, aprendimos que el pensamiento económico estaba muy presente en las obras de los filósofos musulmanes clásicos, desde Abu Yúsuf hasta Ibn Jaldún. De vuelta en Europa, repasamos el pensamiento económico medieval de aquellos como Tomás de Aquino. En nuestra búsqueda, también nos sumergimos en las profundas transformaciones y choque de intereses que experimentaron las naciones europeas a partir del siglo XIV, que pasaron de sociedades feudales a capitalistas y dejaron las granjas y el campo para trasladarse a las fábricas de las ciudades. Conocimos a Adam Smith, David Ricardo, Thomas Malthus y los otros grandes econo-

mistas clásicos de los siglos XVIII y XIX, quienes intentaron comprender el significado de todas estas transformaciones. Luego conocimos a Engels y Marx, su percepción heterodoxa del capitalismo y las revoluciones que sus ideas encendieron. En el siglo XIX, también analizamos el surgimiento del pensamiento económico neoclásico, desde Jevons, Menger y Walras, hasta Gossen, Marshall y Pareto. En el turbulento siglo XX, reflexionamos sobre la industrialización en los países en vías de desarrollo y las naciones recién independizadas, así como sobre la recuperación y reconstrucción de Europa después de dos guerras mundiales. Al hacerlo, conocimos a economistas del desarrollo clásicos, así como a John M. Keynes. También conocimos a Schumpeter y Hayek, quienes sentaron las bases de la (contra)revolución neoliberal liderada por Milton Friedman y los chicos de Chicago en las décadas de finales del siglo XX. Nuestra búsqueda finalmente nos trajo de vuelta al siglo XXI y los avances del pensamiento económico moderno en temas clave como el desarrollo humano, el papel de la geografía y la historia, las trampas de la pobreza, las desigualdades, los límites del crecimiento y la sostenibilidad.

En nuestra búsqueda, hemos reflexionado sobre el origen y la medida de la prosperidad, así como sobre lo que significa ser feliz. Nuestro entendimiento ha pasado de la bendición de los dioses y la buena gestión de los emperadores del pasado, a las habilidades de los reyes, el poder militar, la expansión territorial y la acumulación de metales preciosos de la época mercantilista; del producto de la tierra de la edad media, a la división y especialización del trabajo humano de la era industrial; del buen funcionamiento de los mercados que asignan eficientemente los recursos escasos, al papel activo del estado que corrige los fallos del mercado y garantiza un campo de juego nivelado para todos; de las capacidades y libertades de los seres humanos individuales, a la protección de nuestro frágil plane-

ta; de la acumulación y el crecimiento económico, al desarrollo social y sostenible.

Así, milenios de pensamiento económico nos han brindado conocimientos invaluables sobre las fuentes de la riqueza y el camino hacia sociedades prósperas. Y colectivamente hemos logrado avances probablemente impensables hace algunos siglos. Pero, claramente, nuestra búsqueda de la prosperidad sigue siendo esquiva. La satisfacción de las necesidades básicas, que muchos dan por sentada, sigue siendo una lucha para millones de seres humanos en todo el mundo. Las desigualdades y las injusticias sociales están tan presentes como siempre e impiden que muchos logren una vida plena. Y mientras algunos se enriquezcan al mismo tiempo que otros luchen por sobrevivir, nuestro progreso seguirá impedido.

Además, ahora sabemos que el consumo material no es suficiente. Puede que nuestra adicción a la riqueza material esté fuera de lugar. Más allá de las necesidades básicas, nos he-



Fig. 12. Uno de cada siete seres humanos vive aún en la pobreza. Su felicidad y también las posibilidades de una prosperidad duradera para todos dependen de que tengan la oportunidad de una vida mejor.

mos dado cuenta de que lo que hacemos, así como lo que llegamos a ser en la vida, es en última instancia más importante que las posesiones que acumulamos. Así lo demuestran investigaciones recientes en la economía de la felicidad. Por lo tanto, el camino hacia la prosperidad requiere algo más que niveles altos de producción y consumo; también requiere la igualdad de oportunidades y la capacidad para desarrollar nuestras capacidades como individuos, incluidas las profesionales y sociales, así como las políticas, culturales y espirituales. La cohesión social y el cuidado mutuo son ingredientes fundamentales de sociedades realmente prósperas.

En la civilización global en la que vivimos, nuestra felicidad individual depende tanto de nuestros propios actos como de los demás. Esto implica la necesidad de una prosperidad compartida con quienes nos rodean y con el resto del planeta. Y, como humanidad, nos enfrentamos a enormes desafíos que nos amenazan a todos, incluidos no solo la pobreza persistente y el aumento de las desigualdades, sino también el resurgimiento de fundamentalismos y conflictos, el cambio climático y el colapso ecológico. Si nuestra búsqueda de la prosperidad se produce a expensas del sufrimiento humano, el colapso de los ecosistemas y la desaparición de otras especies, nuestro futuro solo puede ser sombrío. Depende de nosotros dar lo mejor de cada uno para abordar estos desafíos y seguir avanzando en nuestra búsqueda de una prosperidad sostenible para todos.

Agradecimientos

Desafortunadamente, dentro de la Economía, el estudio de la historia del pensamiento económico ha perdido relevancia. En su constante búsqueda de modelación abstracta y obsesión por las matemáticas, la Economía ha ido dejando de lado el estudio de la historia y del pensamiento económico a lo largo de los siglos. Pero para mí, como espero para muchos, la motivación por estudiar Economía viene de querer entender el porqué de las dificultades a las que se enfrenta el ser humano en su búsqueda de la prosperidad. Y esto implica entender las causas de la persistencia de la pobreza, así como comprender la fuente de valor y riqueza de las naciones, cuestiones centrales de la economía clásica. Así, en paralelo a mi formación como economista, aprendiendo matemáticas, modelos y econometría, he dedicado mucho de mi tiempo a leer la historia del pensamiento económico. De ello, estoy convencido que he aprendido tanto o más que lo que he aprendido con las modelizaciones abstractas de la economía moderna. Este libro es mi particular forma de pagar tributo a todos aquellos grandes pensadores que, a través de sus libros, me han enseñado tanto. Así mismo, este libro es una forma de poder compartir con otros

esa pasión por el pensamiento económico en perspectiva histórica.

He de reconocer la suerte de haber crecido rodeado de libros de Economía; el estudio de la historia del pensamiento económico es una pasión que debo a mis padres y a mi abuelo paterno, y por ello y por su paciencia para explicarme tantas cosas les estoy eternamente agradecido.

Este libro ha sido escrito en tiempos de pandemia. El libro ha sido, de una forma, una escapatoria a tanto sufrimiento alrededor del mundo. Y no he podido evitar sentirme mal al pensar que he tenido la oportunidad de poder sentarme a escribir mientras muchos luchaban por su vida o dedicaban la suya a cuidar a otros. Permítanme que agradezca aquí la dedicación de aquellos que han dado todo por ayudar a otros en estos tiempos difíciles. Y permítanme que piense que es precisamente en estos momentos cuando el tema tratado en este libro, la búsqueda de la prosperidad, cobra aún más relevancia.

Mi agradecimiento a Niki y a aquellos que han estado ahí, por todo su apoyo y cariño. A Lupe, que me ha acompañado y sacado del ordenador para perseguir con ella su ratón.

A todos los profesores y colegas, tanto de la Universidad Autónoma de Barcelona como de otras universidades, por discutir y enriquecer ideas, lo que me permite aprender constantemente. Un agradecimiento especial va para Juan Manuel de Castells, Xavier López Andrés y Mar Cebrián, expertos en historia del pensamiento económico, por leerse el borrador de mi trabajo y aportarme los comentarios que han enriquecido el libro. Así mismo, un gran agradecimiento a Luis Perdices Blas, catedrático en la materia, por leer el libro y hacer de prologuista del mismo.

También quiero agradecer a Joan Carles Marset y a todo el equipo de UAB Edicions su confianza en este proyecto y todo su apoyo para sacarlo adelante.

Por último, quiero mostrar mi agradecimiento a todo aquel que se haya animado a leer este libro. Espero al menos haber despertado algo de curiosidad. Si la llama de la curiosidad sigue encendida, el pensamiento económico seguirá avanzando y proporcionándonos una ayuda fundamental en nuestra búsqueda de la prosperidad.

Lecturas recomendadas

En este libro he presentado una breve descripción de la historia del pensamiento económico centrada en nuestra búsqueda del significado del valor y la riqueza. Aunque brevemente, el libro ha cubierto milenios de pensamiento económico. Dado el estilo del libro, el objetivo no es ser exhaustivo, sino proporcionar la información esencial sobre los principales economistas, sus ideas y el contexto histórico de esas ideas. Deseo que para el lector interesado el libro haya generado la curiosidad de aprender y leer más.

El lector puede encontrar varios libros (más largos) sobre la historia del pensamiento económico, muchos de los cuales me han ayudado mucho. Algunos buenos y antiguos son *A History of Economic Thought*, de E. James, originalmente publicado en francés en 1963 como *Histoire de la Pensée Économique*, y *A History of Economic Thought*, de W. Barber, publicado en 1967. Para estudios más recientes de la historia del pensamiento económico, recomiendo los libros de L. Perdices de Blas, A. Roncaglia y J. M. Vegara Carrió. *A Little History of Economics*, de N. Kishtainy, es un resumen excelente, más breve y más fácil de leer, de autores e ideas esenciales. Además, el sitio

web de Historia del Pensamiento Económico (HET) (www.hetwebsite.net), gestionado por Gonçalo Fonseca, proporciona recursos muy útiles y es muy recomendable tanto para estudiantes principiantes como avanzados.

Una sugerencia clave en cualquier libro sobre la historia del pensamiento científico es volver a las fuentes originales. Con la Economía no es distinto. No hay como leer, de primera mano, los escritos de los grandes economistas de la historia. En los diferentes capítulos del libro he intentado destacar estas obras maestras, que empiezan con los escritos de filósofos antiguos de Grecia y China, por ejemplo. Libros imprescindibles son, por supuesto, también los de los economistas clásicos, como *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, *Sobre los principios de la economía política y la fiscalidad* de David Ricardo y *Ensayo sobre el principio de la población* de Thomas Malthus.

En lo que se refiere al marxismo, *El capital* es, sin duda, el texto central. Sin embargo, no es de fácil lectura. Autores marxistas más modernos ofrecen grandes obras sobre el pensamiento económico marxista. He aprendido mucho leyendo las obras de P. Sweezy, empezando con su *Teoría del desarrollo capitalista* (1942), así como las de P. Baran, en particular, *Economía política del subdesarrollo* (1952).

El pensamiento económico neoclásico es la base de la mayoría de los libros de texto de economía que se utilizan en la actualidad. Pero si el lector quiere ir a los orígenes, la obra central es claramente los *Principios de economía* (1890) de A. Marshall.

Para aquellos interesados en el pensamiento económico sobre la industrialización y el desarrollo tardío, las lecturas de Sweezy y Baran, a quienes ya he mencionado, son fundamentales. Otros economistas del desarrollo de mediados del siglo XX ofrecen grandes conocimientos. *Fifty Key Thinkers in Development* (2006), de David Simon, es un muy buen resumen de los grandes nombres y las ideas clave a lo largo del

tiempo. Mis favoritos (no marxistas) son A. Lewis, A. Hirschman y G. Myrdal. *Desarrollo y libertad*, de A. Sen, publicado en 1999, también es una lectura esencial y marca el inicio del pensamiento de este siglo sobre la pobreza y el (sub)desarrollo. Más adelante recomiendo otros libros publicados hace poco que analizan los avances más recientes en este sentido.

Para la economía keynesiana uno debería empezar con Keynes, por supuesto. El libro clave es sin duda alguna su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* (1936). Pero antes, más fácil y más atractivo de leer es *Las consecuencias económicas de la paz* (1919). Seguir el debate con Hayek («El debate del siglo») también es muy útil para comprender la diferencia entre el punto de vista keynesiano y el neoclásico, y sus implicaciones en términos políticos. Para aprender economía desde una perspectiva (neo)keynesiana, *Curso de economía moderna*, de Samuelson y Nordhaus, el libro de texto de Economía más vendido de todos los tiempos, es el libro imprescindible.

Para profundizar en las bases teóricas del pensamiento económico neoliberal de finales del siglo XX, recomiendo empezar por los trabajos de Hayek y Schumpeter. Para entender la filosofía de Hayek, base del neoliberalismo, el libro central es, por supuesto, su superventas de 1944, *Camino de servidumbre*. Respecto a Schumpeter, sugiero su *Teoría del desarrollo económico* (1910). Finalmente, el autor de referencia en la segunda mitad del siglo XX es Milton Friedman, autor del imprescindible *Capitalismo y libertad* (1962).

Desafortunadamente, la mayoría de los libros sobre la historia del pensamiento económico terminan con Keynes o con la revolución neoliberal. La Economía, como otras ciencias, ha avanzado mucho en las últimas décadas. En este libro, he proporcionado una muestra de los principales temas más candentes en la actualidad. En esta línea, el lector puede encontrar excelentes obras recientes que tratan de estos temas, así como las que abordan preguntas más clásicas de la disciplina. Sin pre-

tender ser exhaustivo y basándome en el tema central de este libro, que es la esquiva búsqueda de la prosperidad, recomiendo: *La globalizacion de la pobreza. Cómo se enriquecieron los países ricos y por qué los países pobres siguen siendo pobres*, de E. Reinert, *The Bottom Billion*, de P. Collier, *Por qué fracasan los países*, de D. Acemoglu y J. Robinson, y *Repensar la pobreza*, de A. Banerjee y E. Duflo.

Finalmente, para el lector más avanzado (o con mayor curiosidad), uno puede «ir más allá» de los libros e indagar en los artículos científicos que presentan los principales hallazgos de la investigación económica en los últimos años. La mayoría de los libros recientes que he mencionado en los párrafos anteriores proporcionan una lista completa de estos artículos. Por último, déjenme recordar que la Economía, como cualquier ciencia digna de su nombre, es una disciplina dinámica: las ideas dominantes se cuestionan constantemente y el conocimiento se acumula con el tiempo.

Índice de ilustraciones

https://es.wikipedia.org/wiki/Comuna_de_Par%C3%ADs#/media/Archivo:Colonne_vendome.jpg. Dominio público.

Figura 5. Los acuerdos de Bretton Woods, de 1944, marcaron el comienzo del nuevo orden internacional de la postguerra. (1944). https://documentstalk.com/wp/bretton-woods-conference/.

Figura 6. La industrialización en Asia, que tomó fuerza en la segunda mitad del siglo xx, desplazó grandes segmentos de la población a fábricas de producción a gran escala e intensiva en mano de obra. (2020). https://en.wikipedia.org/wiki/Textile_industry_in_Bangladesh#/media/File:Remi_Holdings_LEED_certified_factories_in_Bangladesh.jpg. CC BY-SA 4.0.

Figura 7. En Europa, la crudeza de las guerras dejó una sociedad empobrecida y frágil. En la Alemania de entreguerras, el descontento social propició el surgimiento del nazismo. Bundesarchiv. (1922). https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Bundesarchiv_Bild_183-Z1012-0330,_Berlin,_Menschenmenge_vor_Lebensmittelgesch%C3%A4ft.jpg. CC BY-SA 3.0.

Figura 8. Aún hoy millones de personas viven a merced del clima. Las recurrentes inundaciones del sureste asiático llevaron a Amartya Sen a pensar en las personas como objeto y sujeto principal de las políticas de desarrollo. Indian Air Force. (2015). https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Flood_Affected_Areas_of_Amreli_District_Gujarat_India_on_24_June_2015_2.jpg#/media/File:Flood_Affected_Areas_of_Amreli_District_Gujarat_India_on_24_June_2015_2.jpg.

Glosario

alienación de los hombres: en la economía marxista, se refiere a la idea de que el modo de producción capitalista *aliena* cada vez más a los hombres de su entorno social y natural, y conduce a conductas autodestructivas como adicciones y violencia.

asignación de recursos: la asignación de recursos disponibles a usos alternativos.

ayuda internacional: cualquier forma de asistencia de un país o institución multilateral a otro. La ayuda para el desarrollo se denomina, y se mide, como ayuda oficial al desarrollo (AOD). En Economía, hay todo un debate abierto sobre los beneficios de la ayuda internacional.

cambio climático: nos referimos al cambio climático *antropogénico*: el aumento de la temperatura media global en los dos últimos siglos debido a la actividad humana, principalmente por la emisión de gases de efecto invernadero.

cambio estructural: se refiere a las transformaciones que experimenta una economía en su proceso de desarrollo económico. Estas transformaciones suelen implicar urbanización e industrialización.

capacidades: concepto desarrollado por Amartya Sen para describir la necesidad de que las personas estén nutridas y saludables, seguras y formen parte de una comunidad. El enfoque de capacidades es fundamental hoy dentro del marco del desarrollo humano.

causalidad acumulativa circular: concepto desarrollado por Gunnar Myrdal que afirma que un cambio en una institución conducirá a cambios sucesivos en otras instituciones. En términos más amplios, la causalidad acumulativa circular se utiliza para comprender las grandes divergencias entre sociedades a lo largo del tiempo.

competencia imperfecta: una situación en la que un agente (ya sea un vendedor o un comprador) tiene poder de mercado (en contraste con la *competencia perfecta*, donde ningún agente tiene un poder significativo para influir en el precio y, por lo tanto, es *tomador de precios*). Las situaciones de competencia imperfecta incluyen monopolios (y *monopsonios*), oligopolios y competencia monopolística.

consenso de Washington: se refiere al credo neoliberal, asumido a finales del siglo XX por las instituciones económicas internacionales con sede en Washington, como el FMI y el Banco Mundial. El consenso se traduce en diez políticas: disciplina de política fiscal (es decir, sin déficit fiscal), gasto público dirigido a la inversión (en lugar de subsidios), impuestos bajos, tasas de interés bajas, tipos de cambio libres, libre comercio, inversión extranjera directa libre, privatización de empresas estatales,

desregulación de los mercados y aplicación de los derechos de propiedad.

contradicciones: en la economía marxista, se refiere a los fallos internos inherentes al sistema capitalista y que conducirán a su propio colapso. Una de las principales contradicciones es la tendencia a la sobreproducción.

costo de oportunidad: el sacrificio que se hace cuando se toma una decisión. Se mide como el rendimiento de la mejor alternativa posible.

crecimiento económico: el aumento de la producción. En términos per cápita y reales (es decir, dividido por la población total y dejando de lado la influencia de los precios), el crecimiento económico es la mejora de las condiciones de vida (materiales) a lo largo del tiempo.

curva de Phillips: la regularidad empírica (señalada por primera vez por W. Phillips) que muestra que la inflación y el desempleo tienen una relación estable e inversa. Su implicación política es que la reducción del desempleo suele ir acompañada de un aumento de los precios (es decir, inflación).

dependencia de trayectoria: es la idea de que la historia importa mucho; lo que ha ocurrido en el pasado persiste e influye en los resultados futuros. La dependencia de trayectoria es esencial para comprender por qué es tan difícil para algunas sociedades recuperarse de los choques históricos, como por ejemplo la colonización y la esclavitud.

derechos de propiedad y costos de transacción: en Economía, reglas que definen la propiedad sobre recursos, bienes y servicios, y todos los costos asociados con cualquier interacción entre

agentes económicos. Se entiende que una buena definición de los derechos de propiedad, junto con bajos costos de transacción, es esencial para el desarrollo económico.

desarrollo sostenible: es aquel en el que nuestra capacidad de satisfacer nuestras necesidades de hoy no restringe la de los demás, así como la de las generaciones futuras.

destrucción creativa: la idea (de Joseph Schumpeter) de que el «proceso de mutación industrial que revoluciona continuamente la estructura económica desde dentro destruye incesantemente lo viejo, y crea incesantemente lo nuevo». La destrucción creativa es esencial para el desarrollo económico.

dialéctica: en la economía (marxista) y tomada de Hegel, enfatiza la importancia de las condiciones del mundo real, en términos de interacciones de clase, trabajo y de carácter socioeconómico.

distribución de ingresos: forma en que se distribuyen los ingresos entre la población de una sociedad determinada. Cuanto peor es la distribución del ingreso, mayor es la desigualdad del ingreso.

división y especialización del trabajo: división del trabajo humano en tareas más pequeñas y especializadas, que debidamente organizadas pueden conducir a grandes aumentos de la productividad laboral. La idea del poder de la división y especialización del trabajo es clave en la economía clásica.

economía de goteo: la idea (neoliberal) (ingenua) de que si a los ricos les va bien, a todos los demás también les va bien, ya que los beneficios repercuten en toda la sociedad.

economía dual: concepto utilizado para referirse a sociedades caracterizadas por un gran sector preindustrial de «subsistencia» y otro industrial «capitalista».

elasticidad: el grado en que los individuos, consumidores o productores, cambian su oferta o demanda en respuesta a los cambios en los precios o en los ingresos. La *elasticidad del precio de la demanda* se refiere a los cambios en la demanda dados los cambios en el precio.

ensayos de control aleatorio (RDC por sus siglas en inglés): experimentos que asignan sujetos al azar a dos o más grupos, los tratan de manera diferente y luego los comparan con respecto a una respuesta medida. El grupo «tratado» recibe la intervención que se está evaluando, mientras que el «grupo de control» recibe un tratamiento alternativo, como un placebo o ninguna intervención.

equilibrio general: teoría que establece que la oferta y la demanda interactúan y tienden hacia un equilibrio en una economía de múltiples mercados trabajando a la vez.

equilibrio parcial: idea de que la oferta y la demanda interactúan para alcanzar un precio estable único en el que el mercado se autoequilibra.

escasez: falta de algo. En Economía, si los recursos son limitados pero las necesidades y los deseos, ilimitados, la escasez desempeña un papel fundamental no solo en la asignación de recursos sino también en la determinación de precios.

estado de bienestar: creciente intervención del estado, desarrollada principalmente en Europa en la segunda mitad del siglo XX, para brindar oportunidades básicas a todos, especialmente en términos de educación básica y servicios de salud.

estanflación: situación extraña en la que los precios suben (inflación) al mismo tiempo que hay recesión económica. La posibilidad de estanflación se hizo evidente durante la década de 1970 e impulsó el paso del marco keynesiano al neoliberal.

fallos del mercado: situación en la que el resultado del mercado no es eficiente desde un punto de vista colectivo. Los incentivos económicos de los individuos no están alineados con los de la sociedad.

fuerzas de aglomeración: sobre la base de la idea de causalidad acumulativa (ver más abajo) desarrollada por Myrdal, las fuerzas de aglomeración son todas aquellas externalidades económicas que conducen a la concentración de la población y a la producción económica en el espacio, generalmente en las ciudades.

fuerzas de la oferta y la demanda: o fuerzas del mercado, refiriéndose a la interacción entre la disposición a comprar de unos y la disposición a vender de otros.

igualdad de oportunidades: situación en la que las personas tienen las mismas posibilidades de éxito independientemente de factores fuera de su control. En Economía, generalmente se refiere a tener acceso a servicios básicos como educación y servicios de salud.

incentivos: cualquier cosa que motive a alguien a hacer algo o a actuar de una manera específica. En economía, identificar incentivos es fundamental para comprender, y así modificar, el comportamiento de los agentes económicos.

industrialización por sustitución de importaciones (ISI): una de las estrategias implementadas en la segunda mitad del siglo XX (principalmente por países latinoamericanos). La estrategia se

basó en la protección de industrias estratégicas, principalmente mediante la imposición de tarifas elevadas a los competidores internacionales y la concesión de elevados subsidios a las empresas nacionales. La columna vertebral teórica de esta estrategia es la idea de que las industrias, como los individuos, deben crecer para ser competitivas (ver *industrias incipientes*).

industrialización orientada a la exportación (EOI, por sus siglas en inglés): una de las estrategias implementadas en la segunda mitad del siglo XX (principalmente por los países del este de Asia). Se centró en la idea de un crecimiento impulsado por las exportaciones mediante la producción en masa dirigida al mercado internacional de aquellos bienes en los que el país tiene ventaja comparativa. La EOI fue vista como una estrategia opuesta a la ISI (ver *industrialización por sustitución de importaciones*).

industrias incipientes: industrias que se cree que tienen una ventaja comparativa potencial que no se ha realizado debido a su falta de experiencia. Con suficiente protección, las industrias incipientes pueden crecer para ser competitivas.

inflación: aumento general de los precios en una economía a lo largo del tiempo.

instituciones: en Economía, las instituciones se entienden como cualquier estructura social que influya en el comportamiento de las personas y su forma de vida. Las instituciones generalmente implican reglas (formales o informales) seguidas por la mayoría de los individuos de la sociedad.

interdependencias económicas: en términos sectoriales, se refiere a las complementariedades e interdependencias entre diferentes sectores de la cadena de producción. Como explicó A. Hirschman, fomentar estos vínculos es esencial para el desarrollo económico.

laissez faire: el lema de la economía de libre mercado, que incluye la libre empresa y el libre comercio. La idea del *laissez faire* se puede encontrar en enseñanzas antiguas (como las de Confucio y Chuang Tzu), pero cobró fuerza con los economistas clásicos del siglo XVIII y nuevamente con la revolución neoliberal de finales del siglo XX.

ley de Say: idea de que la oferta crea su propia demanda. La idea toma el nombre de Jean-Baptiste Say y se convirtió en un elemento central de la economía clásica.

límites al crecimiento: idea de que el crecimiento exponencial continuo es, por definición, imposible en un planeta finito. En 1972, el informe *Límites al crecimiento* marcó un punto de inflexión fundamental en nuestra toma de conciencia de la crisis ecológica global, y en la necesidad de formas de desarrollo más sostenibles (ver *desarrollo sostenible*).

lucha de clases: en la economía marxista, se refiere al choque entre diferentes grupos de la sociedad, cuya clasificación está definida por el modo de producción. En un sistema capitalista, este choque se hace evidente entre los capitalistas y los trabajadores.

maldición de los recursos naturales: idea de que tener riqueza en recursos naturales puede introducir incentivos incorrectos (ver arriba) y, por lo tanto, reducir el desempeño económico a largo plazo.

mano invisible: el concepto clásico utilizado por Adam Smith para describir cómo los individuos que actúan en la búsqueda de su propio interés pueden alcanzar mayores beneficios sociales.

materialismo histórico: es la idea de que la historia es el resultado de cambios en las condiciones materiales de producción y subsistencia, y no el resultado de ideas (como se creía anteriormente).

mercados libres: en términos clásicos, el argumento en contra de los gremios y los precios fijos, y a favor de la competencia abierta entre quienes puedan ofrecer la mejor calidad al menor precio posible.

monopolio: situación en la que un mercado está dominado por una sola empresa.

necesidades básicas humanas: enfoque introducido en la Conferencia Mundial sobre el Empleo de 1976 de la Organización Internacional del Trabajo, que se centra en la satisfacción de las necesidades básicas humanas, incluido el acceso a agua potable y comida, ropa y vivienda, servicios de saneamiento, atención médica y educación.

oligopolio: situación en la que un mercado está dominado por pocas empresas que compiten estratégicamente.

políticas de ajuste estructural: receta neoliberal universal de menos gasto público, mercados no regulados, privatizaciones y libre comercio.

políticas de estabilización: políticas macroeconómicas (es decir, políticas fiscales y monetarias) para reducir el ciclo económico, y centrales en el marco económico keynesiano.

producto interior bruto (PIB): estimación de la producción de una economía, medida a precios de mercado y sumando todos los bienes y servicios finales que se producen y se comercializan por dinero en un período determinado.

rendimientos marginales decrecientes: cuando la producción aumenta de manera proporcionalmente menor que los insumos; en otras palabras, cuanto más se produce, más insumos se necesitan por unidad producida.

renta básica universal (RBU): el sistema en el que todos los ciudadanos reciben, de forma regular, una cantidad fija de dinero de forma incondicional.

revolución marginalista: se relaciona con las ideas incipientes del siglo XIX, centrales para el marco neoclásico posterior, que afirman que los individuos toman decisiones en función de la *utilidad* (ver más abajo) que les da una unidad adicional de un bien o servicio que consumen.

revolución neoliberal: el cambio en las ideas económicas que caracterizó las décadas finales del siglo XX y que volvió a colocar el libre mercado en el centro de las políticas económicas (ver *consenso de Washington*).

rigideces en los mercados: factores o intervenciones que reducen la capacidad de los mercados para autorregularse y, por lo tanto, reducen la respuesta del precio a cambios en la oferta o la demanda.

sexta extinción masiva: se han registrado cinco eventos de extinción masiva en los más de cuatro mil millones de años de vida en la Tierra. Hoy, los datos sugieren que, debido a la actividad humana, estamos experimentando el sexto (y probablemente el peor) evento de extinción masiva.

sistema mixto de mercado-estado: sistema económico en el que la asignación de recursos es impulsada por los mercados, pero donde el estado también tiene un papel activo. Es el sistema de

la mayoría de las economías desarrolladas en la actualidad, especialmente en Europa.

sobrepoblación: situación en la que la población de un territorio determinado (o la Tierra en su conjunto) supera la capacidad de ese territorio para sostener a esa población.

teoría del crecimiento equilibrado: teoría económica desarrollada por Ragnar Nurkse que propone que los gobiernos de los países subdesarrollados realicen grandes inversiones en varias industrias simultáneamente.

trampa de liquidez: (de la economía keynesiana), cuando la política monetaria se vuelve ineficaz debido a tasas de interés muy bajas combinadas con consumidores que prefieren ahorrar en lugar de invertir en bonos de mayor rendimiento o en otros fondos. La posibilidad de la trampa de liquidez se hizo evidente después de la Gran Recesión que tuvo su inicio en 2008.

utilidad: concepto (neoclásico) utilizado para describir la satisfacción que el consumo de un bien o servicio da a un agente específico. La idea de utilidad (junto con la de escasez) es fundamental para entender la determinación del valor en términos neoclásicos.

ventaja comparativa: capacidad de producir un bien o servicio en particular a un *costo de oportunidad* (ver más abajo) menor que un potencial socio comercial. Se diferencia de la ventaja absoluta, la capacidad de producir un bien o servicio más barato que los competidores. La distinción entre ventaja comparativa y ventaja absoluta es fundamental para comprender los beneficios potenciales del comercio.

Lista de autores



David Castells-Quintana (Bogotá, 1980) es doctor en Economía por la Universidad de Barcelona. Cuenta con más de diez años de experiencia escribiendo y publicando para la comunidad científica y el público general. Es experto en desarrollo y relaciones internacionales y un apasionado de la historia del pensamiento económico. En los últimos años ha investigado, enseñado y escrito sobre los principales desafíos de la humanidad, incluyendo la pobreza extrema y las desigualdades, el deterioro político y el colapso ecológico. Actualmente es profesor del Departamento de Economía Aplicada de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Más sobre el autor en su página web: https://sites.google.com/site/davidcastellsquintana/home

Todos queremos tener una vida próspera. De hecho, la búsqueda de la prosperidad ha sido una larga aventura para los seres humanos. Pero, ¿qué significa ser próspero? ¿Tener pertenencias materiales como ropa, muebles y electrodomésticos? ¿Joyas, coches e inmuebles? Queremos una gran variedad de cosas. También anhelamos nuevas experiencias, desde hacer deporte hasta ir al cine o viajar a un lugar nuevo. Además, normalmente lo queremos todo; y cuanto más, mejor. Y a menudo, no todo es suficiente.

En *La esquiva búsqueda de la prosperidad*, David Castells-Quintana resume, de forma breve y amena, siglos de pensamiento económico: desde las ideas de imperios y civilizaciones pasadas, el pensamiento económico de la época medieval, las lecciones de los economistas clásicos, el marxismo, la economía neoclásica y el keynesianismo, hasta la revolución neoliberal y las aportaciones más importantes de la época moderna. Todo para comprender mejor el significado de la verdadera riqueza, la forma en que trabajamos colectivamente para conseguirla, y los desafíos a los que nos enfrentamos en nuestra esquiva búsqueda de la prosperidad compartida y el bienestar individual.

Edicions UAB

CÓDIGO THEMA: KCA